POL GUASCH

Napalm en el corazón

«A veces pienso que estoy anotando el futuro. Me digo que, ante la incomprensión, queden las palabras. Alguien, quizá, las entenderá», dice el narrador de esta historia. Y, en efecto, Napalm en el corazón tiene algo de ejercicio de comprensión íntima de un pasado extremo y traumático, y de cartografía sentimental de un presente convulso en busca de alguna forma de liberación.

Situada en una geografía ambigua, la primera novela de Pol Guasch pone en danza a una pareja de chicos que han crecido en una zona militarizada, marcados por unas condiciones de vida precarias, por la intolerancia del entorno hacia su deseo y por unas familias tocadas por el desarraigo. La falta de perspectivas lo domina todo, pero aún mantienen la posibilidad de dejarse deslumbrar y hasta someter, de aferrarse a la militancia, tentar la violencia y seguir hablando una lengua que se deshace: la suya. La única alternativa es huir de esa tierra yerma. En su trayecto más allá de «el otro lado», cargando literalmente con el peso del pasado en forma de carta y de cadáver por enterrar, encontrarán respuestas diferentes a enigmas compartidos.

Montada delicadamente como un mosaico, escrita con precisión y belleza, *Napalm en el corazón* contiene una viva alegoría de las diversas opresiones que determinan tantas vidas, pero también de la fina línea que a veces separa a la víctima del verdugo.

Pol Guasch

Napalm en el corazón

Título original: *Napalm al cor*
Pol Guasch, 2021
Traducción: Rita da Costa, 2021

Ilustraciones cubierta: William Bouguereau, *Dante y Virgilio*, 1850. Óleo sobre tela, Paris, Museo de Orsay.

–

Revisión: 1.0
10/02/2022

LA SEPULTURA

Llegó el frío como siempre llega. Mira: una mañana te levantas y el suelo está blanco. Los días eran cortos y helados. Desde la ventana, las cosas se volvían pequeñas e insignificantes. Si la nieve aguantaba una semana, es que había venido para quedarse. Y así era: las primeras lluvias del otoño martilleando la tierra reseca, convirtiendo los caminos en ciénagas de un momento a otro, aislándonos de la ciudad; la humedad diluyéndose en una sequedad súbita que podía ser mortal; y la nieve, la nieve que señalaba el inicio de una etapa cuyo final no podíamos anticipar. Desde la ventana veía los árboles y estaban igual de lejos, igual de cerca. Cuando el viento se envalentonaba, rompía las ramas congeladas y arrancaba las hojas que aún no habían caído. Los zorros bajaban del bosque y entraban en las casas vacías. Animales calientes sobre el frío. En parte porque sabían que les daríamos de comer. Yo veía a Vita saliendo al porche para dejarles huesos y pellejos en un plato. Luego se acercaban y gruñían y se enseñaban los dientes unos a otros. Los que no llegaban al plato venían hacia aquí y esperaban delante de nuestra puerta. Yo les sacaba pan duro remojado en leche. Lo devoraban.

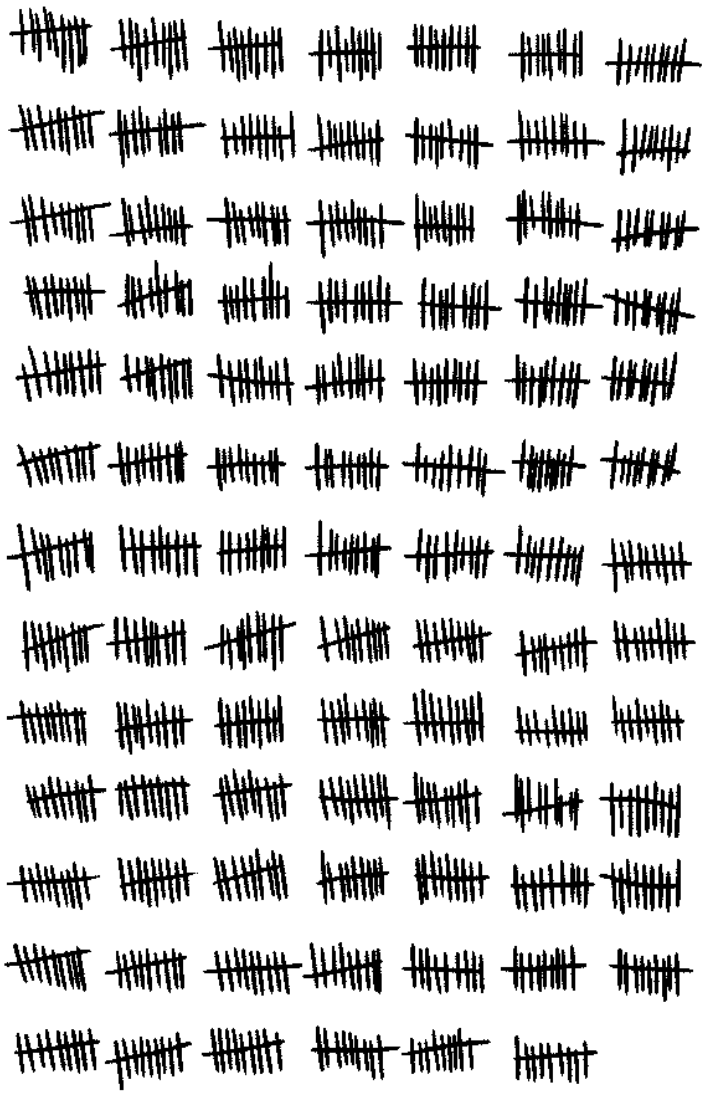
I

El reino del silencio, decía yo,
¿cuándo volverás del reino del silencio?

EIDER RODRÍGUEZ

LA EXHUMACIÓN

La nieve se había fundido sobre la tierra que latía como un mármol caliente y hervían los charcos de agua sucia. Brotaban las primeras dalias y el tiempo se alargaba barriendo las últimas pilas de masa congelada que se acumulaban en los márgenes de caminos y carreteras. Había un árbol, altísimo, que germinaba en los cortes tiernos donde se arremolinaba el pulgón, avaricioso, sorbiéndole la savia. Cada día era un pozo de vida que se iluminaba desde el fondo hasta la superficie y derramaba la luz hacia fuera: entornábamos los ojos para poder ver y nos saludábamos desde las ventanas escondiendo el cuerpo detrás de las cortinas. Solo nos veíamos las manos y, excepcionalmente, acechábamos los jardines descuidados. En las aceras se acumulaba una capa de polen fosforescente que recordaba el polvo que se deja en las esquinas para ahuyentar a los perros. Cada cual tenía una colmena, sólida y rebosante de própolis, en los arbustos de la entrada. Estorninos y petirrojos acudían a las colmenas y devoraban a las abejas, piando, y llevaban el pico meloso a las crías, que chillaban en los árboles. La paz no era una sensación, era un lugar: la hierba que debía de llegarnos por las rodillas, el correteo de los animales que intuíamos solo por el movimiento que dibujaban entre la maleza. Bestias que venían del bosque y se paseaban por el asfalto y amamantaban a las crías en nuestros porches. Leí en algún sitio que se habían visto lobos, en manada, paseándose entre las casas. Boris me lo dijo, más tarde: «He visto unos lobos enormes bajando del monte». Fue en la primera carta que me mandó.



Me repetía, en voz baja, «día novecientos»:

Boris, Boris:

El hombre rapado ha vuelto por casa. Yo venta del huerto y me lo he encontrado sentado a la mesa. Y me ha parecido ver a mi madre, a su lado, empequeñecida, como si su llegada la hubiese encogido. Sobre la mesa, tostadas y té. He alzado la vista: sonreían con los labios largos. Sin decir nada, he subido a la habitación. No he podido mirarlo a la cara: hablaban en la otra lengua. Mi madre con los ojos bien estirados de lo contenta que estaba y ese señor contándole historias, y la mitad debían de ser inventadas. Y ella, ella se las creía y asentía con la cabeza, mordisqueaba la tostada, asintiendo una y otra vez con la frente, escuchando las mentiras y tragando. Ahora un mordisco de esto, ahora un mordisco de lo otro, ahora un sorbo para ayudar a tragar otra mentira. ¿Qué mierdas entendería, Boris, si no la habla nunca, la otra lengua, si yo nunca la he visto hablándola?

Ya es el tercer día que viene. La primera vez traía la pensión de Vita, pero dijo que había llamado a nuestra puerta por error. Mi madre, al principio, lo observaba con prudencia y le hablaba sin abrirla del todo. Sacaba la cabeza por la rendija. Pero estuvieron un buen rato charlando y yo solo entendí algunas palabras. La segunda vez, ya sin excusa, apareció y pasearon los dos por el jardín: mi madre le enseñó el huerto y las gallinas, la vaca y la verja oxidada que lleva al bosque. Entre risas, iba señalando los árboles, las plantas y el monte, y él asentía. Y hoy es la tercera vez. Y ahora es mi madre la que asiente con la cabeza sin parar.

No me gusta, Boris. Tiene ojos como de animal. Y anda como un animal. Y huele como un animal. Y yo odio los ojos altivos como los suyos, las lenguas mentirosas, las piernas que corren hacia el mal y los hombres que hacen que los hermanos se peleen. Los odio. Y va pelado, como todos, porque así se lo dicen, y ellos lo hacen. Hombres que solo saben obedecer y luego van dando órdenes por ahí, y les dicen a los demás qué tienen que hacer y qué no, porque a los que les mandan no les contestan nunca, no se atreven. Pero ya lo sabes, Boris, que luego van por ahí dando órdenes con la metralleta como si fuese otro brazo. Seguro que eran así, también, los que le hicieron aquello a tus padres, Boris, estoy seguro. Seguro.

Te dejo. Aquí la vida sigue con el ritmo de siempre. Pero no tiene nada de lenta, sino una frialdad fría fría, como si el mundo siguiera congelado. Te

pienso y desde la ventana de mi madre veo el cuarto de las ratas. Cuando te añoro, vuelvo allí: al cuarto de las ratas, nuestro cuarto. A veces me entra el miedo de que no volvamos a vemos nunca más, como si corriera el riesgo de no volver a ser feliz a tu lado, y necesito verlo. Te quiero como se quiere a quienes hace mucho que se fueron o aún están por llegar, a quienes no has visto nunca o nunca han existido: Boris.

Tuyo.

Por cierto, Boris, hoy ha muerto el abuelo.

LA SEÑAL

Tanta luz fosforescente esa mañana, cuando encontramos círculos de peces flotando en el agua y bandadas de pájaros en el suelo, reunidos por última vez para morir juntos. Fue al día siguiente. Primero vino la explosión fortísima, la luz que durante horas salió de la Fábrica, empañando el cielo, y luego silencio. Un silencio implacable, invisible. Y los que no nos marchamos, en casa, encerrados, y a morirnos de aburrimiento contando las vigas y llenando los agujeritos de la carcoma con alfileres. Boris y yo empezamos a escribirnos. Quedaron cuatro tanques y unos pocos soldados que llevaban las pensiones a las ancianas, repartían las cartas y vaciaban las casas de la gente que había huido. Los veía borrachos, destrozando las habitaciones, rompiendo los cristales. A menudo arrastraban al interior de las casas a alguna mujer que no se había marchado y que salía horas después con la cara deshecha. Hablaban en la lengua que querían que habláramos pero no hablábamos. Cuando Vita volvió con su hermana, unos meses después, encontró las tumbas invadidas por la maleza. Lo primero que hizo fue arrancarla y acostarse sobre la más pequeña, hurgando en la tierra. Y a mí me dieron pena esas plantas feas que habían arraigado allí, porque los otros niños siempre me habían gritado «mala hierba, mala hierba», y yo las había visto crecer poco a poco, como un bosquecillo que brota en un parterre.

Lo he encontrado muerto entre las tomateras, y frío, frío como el cristal de la ventana por las mañanas cuando toco la película de escarcha que lo recubre. De tan flaco, he confundido su muñeca con una de las cañas. Y con el gesto tranquilo, como si hubiese muerto repitiéndose que ya había visto bastante mundo y que se iba en paz reanudando una de las tareas que menos le gustaba hacer y que más había repetido a lo largo de la vida, que era ayudar a crecer las plantas y cuidarlas para después poder recoger sus frutos. Las orejas grandes, como hojas con espinas: los pelos blancos y puntiagudos en el lóbulo, escalando el cartílago. La piel oscura, reseca por el sol. El abuelo, muerto: con el corazón destrozado, hecho trizas, añicos. De tanto esperar. Roto de tanto bombear. Novecientas noches ha aguantado. Novecientas mañanas idénticas. No he llorado. Cuando he entendido que las manos eran suyas y no astillas de caña seca, he visto también las manos que dibujaron una cruz sobre la cabeza de uno de los perritos que tuvimos: acababan de nacer, siete perros tan pequeños que me cabían de dos en dos en la palma de la mano, y yo jugaba con uno de ellos, uno de los que eran blancos con manchas negras en los ojos, y le decía: «Eres mío, pequeñín, eres mío», y se me cayó al suelo, pobrecillo, desde las manos, y aulló con un tono de muerte aguda que no había oído nunca. Como si le hubiesen arrancado el grito de la garganta con una aguja. Y el abuelo lo cogió mientras aún respiraba y lo cuidó durante semanas hasta que dijo que ya estaba bien y que podía volver con el resto de la camada. Pero antes de devolverlo se mojó los dedos en una pasta rojiza de color sangre que guardaba en un frasco y le pintó una cruz en la frente. Queríamos quedarnos con uno de los cachorros antes de regalarlos, pero no el que se había caído, que podía salir mal, repetía el abuelo. «Un perro solo sirve para tenerlo fuerte y que haga de guardián». Mientras tanto, lo sostenía en la mano. Al ver la muñeca seca del abuelo ha sido como si también hubiese muerto un pedazo de mundo antiguo, rojizo, de azadas y polvo terroso, que ahora quedaba a kilómetros de distancia, muy lejos, y del que no sabría decir apenas nada. Como si viera un film con un velo de escarcha cubriéndome los ojos.

LA LUNA

En las primeras cartas que me escribió, Boris decía que sacaba fotos porque no tenía palabras para explicar lo que creía que estaba pasando. Las revelaba en el piso de la ciudad, donde vivía, en un cuarto oscuro que había hecho su padre. Hacía tiempo que sus padres ya no estaban. Conserva un retrato arrugado de ambos que siempre lleva en el bolsillo. Dice que saca fotos para apropiarse de lo que la cámara congela. Para demostrar que las cosas han pasado. Para convertir en verdad las experiencias. Pero también porque eso de hacer fotos tiene un aura crepuscular, y Boris también tiene algo de crepuscular y elegíaco. Cada vez que retrata a alguien comprueba que el tiempo pasa y se siente muy importante, todo él, porque participa de la muerte de ese árbol, de ese gato y del rostro de sus padres, y así lo explica. Y a Boris, con ese eclipse que siempre lleva en la mirada, le pega mucho sacar fotos. Siempre medio presente y medio ausente, como una fotografía, tentado de partir hacia otra realidad. Anestesiante. Omnipresente.

Cuando el cabeza rapada se ha ido, se lo he dicho a mi madre: el abuelo ha muerto, está en el huerto. Y no hemos sabido qué hacer con él. Mi madre ha dicho que al río, pero Vita ha dicho que no, que el río no tiene suficiente fuerza, que solo es un afluente del Tet y no puede llevarse un cuerpo, que se quedará embarrancado en la parte menos profunda y habrá abuelo para rato, vendrán los animales y tendremos que ver cómo se ceban con él. Y como para cavar un hoyo profundo necesitamos tiempo y no lo tenemos, porque los cuerpos viejos tienen la carne más preparada para la muerte y en dos noches se pudren, Vita ha dicho que lo troceemos y lo enterremos en el huerto, para que sirva de abono, que Nuestro Señor lo entenderá y no nos lo tendrá en cuenta. Yo creía que no hablaba en serio, pero mi madre me ha mirado con esos ojos suyos de bala y he obedecido, sin poder dejar de preguntarme si se había enfadado conmigo o qué había hecho para herirla. Mientras serraba las muñecas delgaduchas, me pasaban las imágenes por la cabeza: de cuando cavamos la balsa juntos, yo con un cubo pequeño y él con la pala grande y la carretilla, llevando la tierra hacia el bosque —ahora el cúbito y el radio se resisten, rebeldes—; de cuando me contaba que su padre, al volver de la guerra con el cuerpo lleno de metralla, militó en un silencio permanente hasta que se murió sin haber abierto la boca ni un solo día —ahora la vértebra del cuello y la aorta, que mana a chorro—; de cuando estaba naciendo su hermano y él oía los gritos de su madre desde el jardín y vino la vecina, tosca y de sangre fría, y le dijo que iban a morir los dos, y el abuelo, pobre, no paró de llorar durante las dieciséis horas del parto pensando que su madre y el bebé desaparecían lentamente —ahora el gemelo finísimo, como la carne de pollo, y el peroné grueso, que rechina.

LA CRUZADA

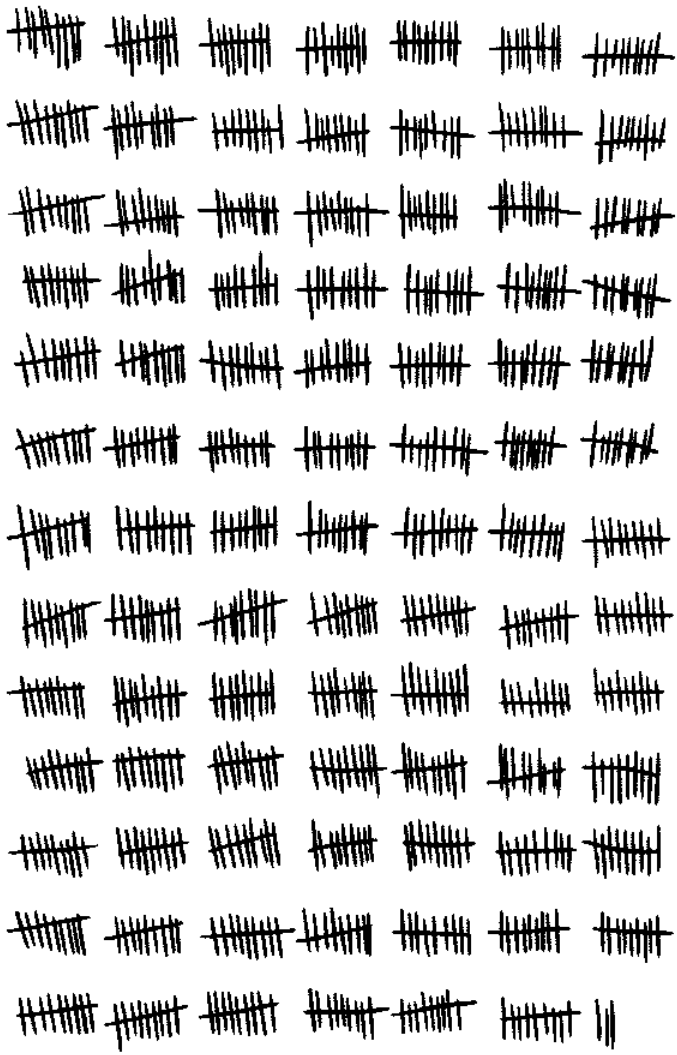
Me repugnaba estar unido a los demás no por voluntad sino por su odio, engominado, que me unía a ellos de un modo pegajoso. Los ojos de animal, las piedras, los cortes. Su imposición: que yo encarnara una idea, la que ellos me ordenaban. Su manera de deshacerme, primero, y deshacer mi mundo ilusorio, y rehacerme después en una carne ordinaria que sí aceptaran: musculosa, tensísima, animal. Mi cuerpo mutaba con la mirada ajena: menguaba, se expandía, reventaba. Mi cuerpo se hundía en un mundo para el que no había sido construido. Bajaba el tono. Hablaba en susurros. Y me acostumbré a hablar tan y tan flojo que solo me oían quienes me escuchaban con atención. Y Boris fue el único. Y, de hecho, prefería el silencio: cuando mi madre me dijo, escondiendo la rabia del mundo entero en la vena hinchada del cuello: «A mí no me importa, no se lo diré a nadie, te guardaré el secreto», yo me dije que cuando decimos que algo no nos importa es porque nos importa de verdad, que si no, no lo diríamos, y seguiríamos adelante, como si nada. Y así me venía a menudo el recuerdo de la primera vez que mi madre vio a Boris, como si en ese momento exacto descubriese quién era yo.

Mi madre y yo, y los ojos de Vita, ahora desde su ventana. Una neblina fina y las nubes manchadas por la luna sangrienta. «Has sido bueno», ha dicho mi madre mientras yo esparcía los trocitos de pellejo y los huesos astillados sobre los caballones. He puesto una esquirla debajo de cada planta, para que crezcan fuertes. Con lo miedoso que era el pobre abuelo, que habría querido estar cuanto más abajo mejor, cuanto más lejos de nosotros, mejor, cuanto más solo dentro de una caja de madera conglomerada, mejor. Y él, que de pequeño silbaba al volver a casa para que todos lo oyeran del miedo que tenía, se revolvería a trozos en el huerto, entre tijeretas y lombrices. Y sería su alimento. Y los haría crecer y criar miles de huevos diminutos entre las piedras. Y nacerían copias iguales de sí mismas, pero todavía más pequeñas. Y él se convertiría en una de ellas. Y luego nosotros fumigaríamos el huerto con aceite de ajo y volveríamos a matarlo. Sin descanso, pobre hombre. Matándolo una y otra vez; que desde que nació no respiró más que para morir, de tan delgado que era y tan poquita cosa. Muerto a trozos y a trozos enterrado. Y yo lo he sacado todo de mi padre —también la costumbre de caminar tan al filo de la locura que me quemaba—, pero no su cuerpo ancho y alargado; y soy como el abuelo: tan delgado y tan poquita cosa.

EL DESEO

Cuando Boris me hablaba de un país donde vivir, yo siempre me decía que llevaba dentro una nostalgia muy profunda porque añoraba algo que no había tenido nunca, y esa es la peor nostalgia que se puede tener. Y cuando hablaba de eso con los demás chicos al salir de clase era como si compartieran un odio y nada más —un odio que los unía, que los ataba—, y yo les veía las venas gruesas como mangueras por las que el agua corre a toda presión; y no lo reconocía: ¿qué dices, Boris? Con la voz más grave, como si hablara en público o delante de sus padres. Y lo notaba frágil, tan altivo, hablando del pasado hacia el futuro, dos tiempos que no existen. ¿Dónde estás, Boris? Y gritaban juntos: «¡Rabia, rabia contra la muerte de la luz!». Seguro que lo habían leído en alguna parte, no se lo habían inventado ellos, pero eso no lo decían. Solo repetían la frase, cada vez más fuerte. «¡Rabia, rabia, rabia!» también decían: «Mirad cómo un fuego insignificante puede incendiar todo un bosque. ¡Y la lengua es un fuego!». Y cuando me enredo en estos pensamientos, cuando recuerdo el tiempo en que Boris y los otros chicos iban por la calle repitiendo eso, me doy un poquito de lástima a mí mismo. Porque me recuerdo a su lado, burlándome con ellos de la otra lengua, aunque lo hacíamos a hurtadillas porque la nuestra era la pequeña, la absurda, la insignificante; burlándome de la pronunciación de otros chicos, de su incomprensión de nuestro mundo, uniéndome a todas las maneras que tenían de reírse de ellos. Y ahora, al echar la vista atrás, entiendo que solo lo hacía para sentirlos un poco más cerca, solo un poco, y para olvidarme un rato de las otras cosas con las que me tocaba cargar y que escondía en los silencios.

Desde la ventana reencuentro los caballones del huerto con un abono imprevisible. Como si la tierra fuese más negra. Un poco más muerta. Y las tomateras un poco más vivas, más tensadas, más gruesas. Como me pasa ahora mismo: a veces pienso que estoy anotando el futuro. Me digo que, ante la incomprensión, queden las palabras. Alguien, quizá, las entenderá. De algún modo, decido guardar lo que queda. Y cuando me canso y quiero salir fuera, viene mi madre y dice: «No salgas». Y cuando quiero abrir la ventana, viene mi madre y dice: «No abras». Solo me deja las llaves de vez en cuando, para que la ayude o para ir a ver qué pasa en casa de Vita, espiando de lejos. Pero mi madre siempre sale, y repite: «A mí ya no me pasará nada. Soy mayor». Pero yo también salgo, cuando no me ve, y cojo los caminos que empiezan al final de los matorrales y subo hacia el bosque. Y sé que ella sabe que salgo, que ando por ahí, que voy y vengo, pero siempre insiste en la fachada de las cosas y en las mentiras que, a fuerza de repetirlas, se convierten en verdades. A menudo dice también: «Ahora, la Tierra…», enmudece un instante y continúa, «se ha empequeñecido. Hemos perdido el sentido de la eternidad. Ya no sabemos dónde estamos». Y la escucho, y me entristece verla así, como si sangrara, cuando dice eso. También me replica cuando le hablo de Boris: «Quien solo ama una cosa, no ama nada». Y me lo echa en cara porque seguramente hablo de él como del principio de todo. Se duerme con saúco en la mesilla de noche, se despierta con la luz justo cuando empieza el día y baja las escaleras, contando, y antes de irse a la cama dice: «He subido tantos escalones», y los apunta en una libreta donde lleva la cuenta de los que sube y baja cada día. Pero luego dice que le da igual esto que está pasando, que tampoco piensa perder los años que vendrán viendo cómo se pudren los frutos en la tierra, cómo se llenan de gusanos y cómo después crecen más árboles allí donde han caído y se han abierto. Y mientras tanto mira las estrellas, en el cielo, y actúa en consecuencia. Vuelca en él todo lo que tiene que pasar, también las esperanzas. Memoriza las rotaciones de los astros, las coincidencias de los satélites, las fases de la luna. Para olvidarse de los demás, claro está, como si viviera sola, pero sobre todo para olvidarse de sí misma.



Me repetía, en voz baja, «día novecientos tres»:

Perdóname, Boris, perdóname.

De verdad que no quería herirte. Estaba rabioso porque lo tenía justo abajo, en la cocina, hablando con mi madre, mientras te escribía. Su olor subía escaleras arriba y se me atragantaba. Por eso te dije que seguro que eran así, los que le hicieron aquello a tus padres. Pero no lo sé, por supuesto, tienes razón, por supuesto que no lo sé. Había dejado la gorra encima de la mesa, pero se aferraba a ella con las manos. Yo lo miraba y pensaba: no puedes soltar tu mierda de gorra ni por un segundo, no sea que nos olvidemos de que te hemos metido dentro. Y cuando subí a la habitación me temblaba el cuerpo —las piernas y los brazos— porque no podía creer que hubiésemos dejado entrar a uno de los suyos en casa. Y ahora recuerdo cuando mi madre me dijo «escóndete y no salgas», señalando el baúl, la primera vez que vinieron los cabezas rapadas. Y han pasado las semanas, y con las semanas, los meses, y los años, y hoy solo me cabría una pierna en el baúl. Y ahora los tenemos dentro. Y ahora saben que mi madre no está sola, y que yo existo, y que no soy un niño. ¿Y ahora qué, Boris? Ahora, ¿qué?

He dormido un rato y he soñado contigo. Venías al bosque y estábamos juntos. El cielo se veía largo, deslucido y desmigajado, color de berenjena; también había una luz como de carne verde que atravesaba las partes del aire, y voces de música antigua —tan solo un leve eco de alguna voz poco conocida—. Luego estábamos en unas playas kilométricas engullidas por una fuerza inmensa. Y nosotros allí en medio, en el mar. A diferencia de otros sueños, este ha sido sereno y me ha llevado sin dolor al despertar: te quería como solo había pensado querer en la vida mucho tiempo atrás, antes incluso de conocer el nombre de las cosas. De pronto, desaparecíamos del mar y el horizonte era agua. Nada más que agua.

Al despertar, me ha vuelto a la mente ese hombre y he sentido angustia. Para airearme, he subido al monte, desde el que he visto la ciudad: ¡qué desierto de rascacielos! Te he imaginado en uno de esos edificios, pero hace tanto que no voy que no sabría decir en qué bloque vives. De vuelta en casa, sigo moviéndome como antes, pero con una congoja en el pecho que no puedo quitarme de encima porque no hago más que pensar en mi padre, y en el abuelo, en la vida antes de esto, en ti, en lo que me cuentas y no entiendo, y las cosas, ahora, las cosas se me hacen grandes, inmensas, y las entiendo todavía menos, y se cubren de nieve de un invierno implacable, pero resulta

que no, que sale el sol y las flores brotan, y la nieve se funde, pero yo no entiendo nada, Boris, no entiendo nada.

Dime qué opinas de todo esto.

LA DIGESTIÓN

Antes de morir, la vida nacía por todas partes —los peces migrando río arriba, a contracorriente; el final de la hibernación del oso y los bramidos resonando en el valle; las abejas a punto de reventar como balas de tanto polen —, la vida nacía por todas partes y de pronto se hizo de noche sobre nosotros, una noche clara y brillante que cubrió con una gigantesca burbuja de cristal las casas en las que vivíamos, y también el bosque, e incluso la ciudad más allá del monte, y dentro de ese caparazón la luz se multiplicó hasta cegarnos. ¿Quién lo levantaría? Habían talado la falda del monte por el otro lado, el que no veíamos desde casa, y habían cavado allí unas fosas, profundas como una garganta, donde echaban a los muertos. Unos hombres vestidos de blanco de pies a cabeza, y venga a tirar muertos dentro. Y unos palos, al lado, con banderas que debían de ser grandes como nuestra casa, y repetidas: cientos de banderas iguales. Mi madre y yo habíamos subido hasta allí, escondiéndonos detrás de los árboles, y desde entonces no había vuelto a la cima del monte. La ciudad inmensa, al otro lado, y media montaña pelada y abierta como un agujero negro que se iba tragando el paisaje. Mi madre y yo, congelados, veíamos cómo amontonaban personas allí dentro, pero también árboles que habían quedado raquíticos y enfermos, secos y rojos, también ropa y comida, y mucha tierra. Echaban tierra dentro de la tierra. Y más tarde supimos que tiraban a los hombres allí porque habían prohibido los entierros, que los vecinos del cementerio habían levantado unas barricadas a la entrada, les habían calado fuego y que allí no entrarían esos cadáveres, que nadie sabía de qué habían muerto.

Primera hora de la mañana. El cielo pesa sobre el techo. Me imagino una ballena que se remueve entre las tejas y el espacio que separa mi pecho de su vientre se borra. Ahora tengo a la ballena encima de mí. Entre mis pezones está su océano. Me he levantado. He saltado por encima de la verja del fondo del jardín, tan oxidada que el pestillo no abre. No he cogido nada, solo la ropa que tenía puesta y la navajita, porque mi padre me la regaló y siempre la llevo encima, y la agarro con fuerza entre los dedos cuando voy arriba y abajo para tener menos miedo. Mi madre siempre decía que algún día me contaría lo que pasaba en el bosque, cuando fuese mayor y pudiese entenderlo. Y nunca llegó a explicármelo. Iba tan concentrado pensando en el trayecto que, de repente, un revuelo entre las hojas me ha hecho blandir la navajita y apuntar al cielo, como si me defendiera de alguien que no sabía quién era. Había una lechuza que me observaba de arriba abajo. Me he visto a través de su mirada, inútil e inocente, apuntando con la navajita a algún dios, y he cerrado los ojos de pura vergüenza. Como cuando, de pequeño, llegaba a casa al atardecer y encontraba a mi madre cansada y le lloriqueaba: «Madre, la vergüenza», y ella me contestaba: «Hijo», y la miraba esperando la respuesta, «la sentirás siempre, y solo podrás vivir si te las apañas para que ellos sientan vergüenza cuando vean que tú le das vida a esa vergüenza, cuando vean que vives con ella como lo harías con otro brazo u otra pierna u otro ojo». La ballena entre los pezones: su océano.

EL NACIMIENTO

En el mundo real pasaba algo y yo no sabía qué era. Y siempre quería saber qué pasaba y no lo sabía, y mi madre ya entonces me advertía que me quedaría ciego si buscaba con demasiado empeño a dios allá arriba, en el cielo; porque no me sabía decir que era curioso y punto, cuando le hacía preguntas, y nunca tenía bastante, y siempre quería más. Aquí, en el mundo real, pasará algo y no sé qué será. Y siempre querría saberlo y no lo sé y mi padre ya me lo decía, mientras acariciaba una cuerda, que debemos estar siempre atentos porque el futuro nos da pistas, y solo hay que saber leerlas. Y si pienso en el universo de Boris, el que congela mediante imágenes, algo ha pasado, y siempre será así. Nadie podrá cambiarlo jamás. Ese es tal vez el motivo por el que saca tantas fotos y siempre va con la cámara arriba y abajo guardando el mundo, y siempre lleva en el bolsillo el retrato de sus padres cuando eran jóvenes, porque allí nunca envejecerán.

Y con la navajita en el aire, como el héroe de un mito antiguo perseguido por el patetismo que lo lleva hacia un final poco memorable, me he encontrado en medio del bosque. El silencio se ha dormido dentro de mí y la vastedad me ha calmado. ¿De dónde venía ese sueño? El mundo es inmenso, grandioso, con frutos oscuros y rugosos que cuelgan de los árboles y mosquitos del tamaño de una nuez que me orbitan las piernas. El daño del mundo ya está hecho. Las palabras se han espesado en mi mente. Las rocas, salpicadas de flores que se pudren, resinosas, y se secan como fósiles en la superficie. El corazón me ha latido en los ojos. El hormigueo en las manos. Y he visto los ojos, también, de los animales que se esconden detrás de las matas. Una oscuridad impaciente y cientos de puntos luminosos constelados entre los helechos. La crudeza del universo es tranquila. Y los animales me escuchan, y yo los escucho a ellos.

LA MIRADA

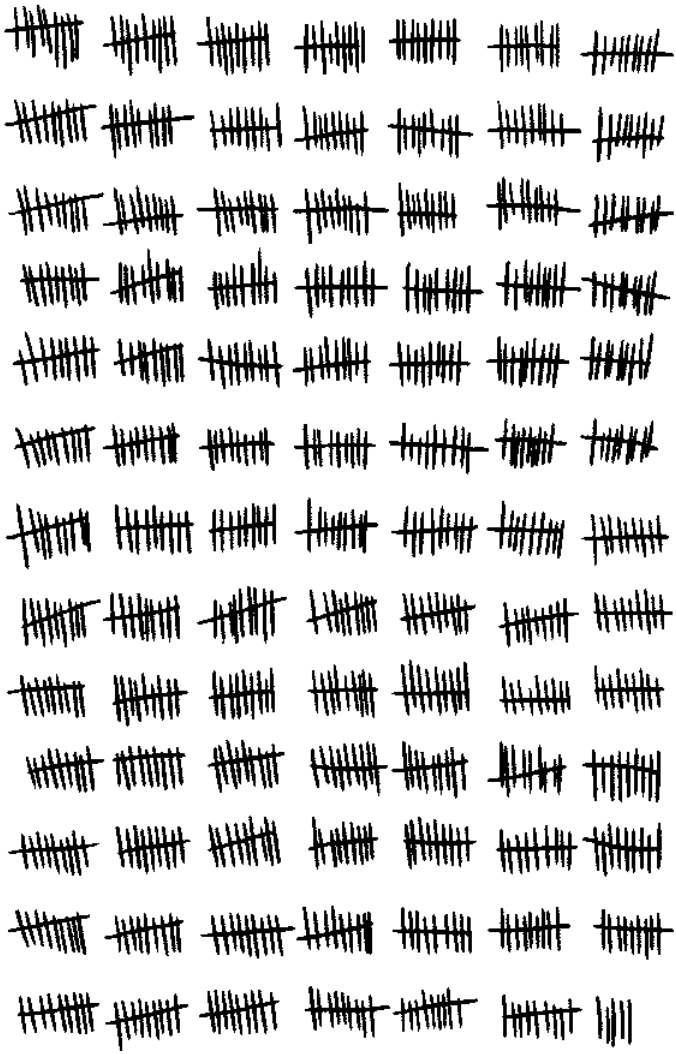
Con la mudez de los muertos, la presencia de los muertos y la acusación de los muertos, que hace temblar. Siempre lo mismo. Me cruzaba con él todas las mañanas, de camino a la escuela, cuando cogía la carretera que llevaba a la ciudad, y también por la tarde, al volver a casa. Siempre iba por allí porque los caminos y atajos del bosque todavía me daban miedo. Su busto me observaba con una mirada fría que me recriminaba la incapacidad de erguirme como él, todo un hombre, con aquellos brazos y aquella espalda rígida, los ojos en su sitio y el dedo señalando al frente, a otro país. No sabía quién era. Pasaba por delante de él, agachaba la cabeza y creía que así no podría reprocharme nada. Enorme. Un árbol, dos, de altura. Como si fuera un dios de oro. Delante de él siempre hacía más calor porque se reflejaba la luz, tanto que a menudo deslumbraba y fundía la nieve que se acumulaba a sus pies; y en verano era un infierno, y quemaba tanto que todos evitaban pasar cerca de él. La misma cara de la foto que mis padres tenían colgada en el comedor. Lo bastante pequeña para que no tuviésemos que mirarlo a los ojos, lo bastante grande para que no nos olvidáramos de que siempre estaba allí. Para mí no tenía nombre. Nunca recordaba qué ponía en la placa. Y siempre me olvidaba de su rostro. Yo, si pensaba en la cara de un hombre, era la de alguno de los que veía trabajar, llegar a casa, moverse por casa e irse de casa, y volver más tarde. La de mi padre, la del abuelo. Y, con el alboroto de los furgones que echaban a la gente, la derribaron como si hicieran algo prohibido. Muchas cuerdas y muchos hombres. Y cuando cayó no se rompió, pero la dejaron allí tirada, cortando la calzada de punta a punta. Como los árboles, que cuando se caen se quedan allí donde se han caído.

Y cuando he llegado a la cima del monte he imaginado que me veía a mí mismo desde la ventana, allá arriba, que veía un punto alargado en lo alto del cerro y que era yo mismo. Pero lo que no podía imaginar, desde la cama, era lo que ahora veía en el otro valle: no las cuatro casas donde vivimos nosotros, no; una ciudad que late dormida, las nubes que se ciernen sobre ella y un silencio permanente de vida hueca. Como si aguantara la respiración y en cualquier momento pudiera volver a la normalidad. Como si bastara que quien la hace vivir viviera allí, deshiciera el camino hasta cada casa y encendiera el fuego, y saliera humo de las chimeneas y alguien se animase a podar las matas de la entrada, solo que barnizaran la madera astillada y cambiasen las cortinas, pegasen los cristales y los limpiaran de nuevo. A un lado, las cuatro casas viejas y despintadas, rodeadas de verde y de la vida que se esconde bajo las copas; al otro, una presencia que levita entre los rascacielos y las paredes de cristal, relucientes, que se espejan las unas en las otras; un calidoscopio vacío y también la espalda de la montaña, talada, con las fosas tapadas; y un desierto con gente que nunca se ha conocido entre sí.

EL AMOR

Cuando mi padre vivía, empezamos a criar gallinas. Yo les puse nombre. Una de ellas se llamaba Pector. De las otras ya no me acuerdo, porque me fui haciendo mayor y dejé de bautizarlas. Lloré la primera vez que, al llegar a casa, al atardecer, una de las gallinas había desaparecido: «Cuando comemos a los animales», me dijo mi madre, «nos parecemos más a ellos. Tú serás el único de nosotros que no tendrá cara de Pector». Me miraba en el espejo y sonreía: las quería en silencio, a distancia. Las lavaba cada dos días, recogía las plumas que se les caían y las guardaba en una caja, les limaba el pico para que no se desgarraran la piel cuando se rascaban. Clarice fue la última gallina a la que quise: cuando la teníamos sobre la mesa, la devoré sin hambre, rezando. Con cada bocado, la sentía un poco más cerca de mí, me sentía un poco más cerca de ella. ¡Ay, Señor, aquello sí que era encontrarse! Miraba los ojos de mi padre, que cogía los muslos con los dedos y pasaba la lengua por la piel asada, y sentía el torrente de los celos subiéndome por el vientre, contra la bilis: la quería para mí solo. Años después, mi madre me decía que de Clarice solo me había quedado la voz, tan aguda. Y también la costumbre de mover manos y brazos sin parar, como si fuesen alas. Y también la mirada, recelosa, sobre todas las cosas.

De camino a casa, cuando volvía de ver la ciudad, no entendía adonde habría ido a parar toda aquella vida. Y me ha costado todavía más pensar en la vida de ahora, la mía. Esta casa. Esta madre. Este bosque. Boris. Estas cartas. Estos cerdos. Estos días. Este mundo, que de tan tranquilo se pudre. Un zorro me ha seguido, ágil, y me he sentado en un tronco que hay junto al río, pulido por los hombres y mujeres que en algún momento se han sentado en él. He empezado a enumerar ideas que no había pensado antes. Una, que no tengo la sensación de haber sido nunca un niño, y no sabría decir exactamente por qué. Dos, que me parezco cada vez más a mi padre. Tres, que hace tiempo que ya no pido no acabar del mismo modo. Cuatro, que si seguimos sin repintar la madera, la casa se caerá a trozos en un par de años. Las paredes, el techo, las cercas de uralita, los haces de cañas que hacen de contrafuerte. Al suelo. De todas, la que más me ha preocupado es la cuarta. Y he seguido pensando en otras cosas, con un poco de miedo del zorro, porque era la primera vez que veía uno tan de cerca y no sabía si seguía allí conmigo o ya se había ido.



Me repetía, en voz baja, «día novecientos cinco»:

Querido Boris:

Ha vuelto el hombre, hablando en su lengua, sonriendo como solo él sabe, enseñando los dientes blanquísimos. Me ha propuesto salir de caza una mañana. Dice que me enseñará a disparar y que es muy divertido, que es de lo más emocionante ver cómo corren los jabalíes cuando les apuntas y cómo los persiguen las crías, lloriqueando. Y tendrías que haber visto cómo se le iluminaban los ojos cuando explicaba que, en el momento en que salen tras la madre, es cuando disparas a los jabatos, uno tras otro, al vientre. Salivaba, Boris; sonreía feliz, imaginando a las crías despanzurradas. El llegando a casa, regalándoselas a mi madre, una ofrenda, ofreciéndolas como regalo de llegada al nuevo hogar: la mejor bienvenida a un nuevo mundo que empezaba en la cama de mi padre, junto a mi madre, dentro de mi casa. Y cambiaría la manta vieja y roñosa por otra hecha de piel de jabalí, pulida, encerada y finísima. La llegada que pondría la vida en su sitio: el cuerpo de mi madre, el jardín de mi madre, la lengua de mi madre.

Le he dicho que una mierda. Y mi madre me ha mirado asustada, pidiéndome con los ojos que parara, y he parado. Mientras tanto, ha cogido unas monedas que había sobre la mesa y las ha guardado en el bobillo de la bata despacio, sin que hicieran ruido, desafiando mi mirada. El hombre ha enmudecido de pronto, no ha sabido qué decir ni cómo reaccionar. Y yo he sonreído con todo el cuerpo. Tienes razón: no saben nada, solo entienden de ruido y furia. Se lo ha tragado, Boris, ¡se lo ha tragado!

Pero, al mismo tiempo, Boris, al mismo tiempo sus ojos me escudriñan, nos escudriñan; sus ojos nos transforman, y bajo su mirada interrogante nos convertimos en aquello que quieren que seamos. Y es difícil huir de algo así, es muy difícil. Cada mirada es su manera de entablar un diálogo, de sometemos un poco más, de preguntarnos algo a lo que no sabemos contestar, porque la respuesta solo la tienen ellos. Pero da igual: hoy lo que importa es que se lo ha tragado, que no lo ha visto venir.

Espero que te haga sentir orgulloso de mí, esto que te cuento. Te escribo y de fondo se elevan los gritos de Vita y las ancianas dos casas más allá, porque están de fiesta. Golpean las ollas y las botellas, y gritan. Como si celebraran conmigo lo que he sido capaz de hacer. Y la fiesta me va por dentro. Mientras te escribo se me abre el corazón como si tuviera una puerta, reventara y se hiciera muy grande, enorme, para que puedas entrar de

cualquier manera. Una puerta abierta de par en par que te espera, Boris, siempre. Por nosotros. Por esta lengua que hablamos, que es nuestra casa. Te ofrezco este corazón mío para que entres e instales en él tus muebles, y lo hagas tuyo: sus paredes carnosas son para ti.

Te echo de menos a cada momento.

EL ENTIERRO

Unos hombres que vinieron a casa y nos dijeron que teníamos que marcharnos es lo que recuerdo de los primeros días. Cuando llamaron a la puerta mi madre me señaló el baúl del comedor para que me escondiera dentro y me ordenó que solo respirara después de contar hasta diez, que cada vez que llegara al número diez podía respirar si lo hacía por la nariz y despacio. Controlaba con los dedos el tiempo que llevaba sumergido, sin ver nada, y cuando me notaba los pulmones llenos del todo, soltaba el aire. Oí fragmentos de la conversación en una lengua que no acababa de entender y a mi madre diciendo que estaba sola, que era viuda, que no tenía hijos, y que se quedaba. Por el agujerito de la cerradura vi por primera vez a unos hombres rapados revolviendo la casa, desganados. Al cabo de unos minutos se marcharon. Por la noche, mi madre se emborrachó con el abuelo: descolgaron la foto que presidía el comedor y la quemaron. El papel encendió las brasas. La luz les iluminó las sonrisas, que parecían diabólicas, de animal hambriento, rabiosas de felicidad. Las llamas lamieron las paredes metálicas de la estufa y reconocí el olor del barniz cuando se quema. Un último resplandor brilló en sus dientes de lobo. Después, las brasas se consumieron y mi madre y el abuelo se durmieron con la cabeza sobre la mesa, apoyada en los brazos. Con las mejillas y las orejas rojas, y las botellas vacías. Yo me fui a dormir sin decirles nada, pero antes dejé las botellas a la puerta de casa, sobre la nieve, para que no las rompieran si se levantaban desorientados a media noche.

LA FUERZA

Cuando mi padre se murió dejamos de hacer la matanza del cerdo. En casa, él era el único que sabía sacrificarlo. Se lo había enseñado Vita, cuando era joven y fuerte. Pero ella aún hacía la matanza, y lo celebraba con las ancianas que venían para la ocasión y la hermana de la cara rara. Me invitaba, cuando era más pequeño, y yo lo miraba todo en silencio desde un rincón. Antes de entrar en su casa me ordenaba que me limpiara bien el barro de los zapatos para no meterle dentro a los espíritus de la montaña. Yo le decía: «Señora Vita, que yo no voy a la montaña». Y ella me decía: «¡Que los frotes, hostia!». Le hundía un cuchillo en el cuello, el cerdo soltaba un gruñido seco y empezaba a manar sangre de una manera escandalosa, miles de ratas que le salían de la aorta. Le ponían un cubo debajo para recoger la sangre. Todo eran salpicaduras y grumos, y a Vita la sangre le chorreaba por las mejillas y las manos como si fuese suya. Repetía: «¡El silencio de Nuestro Señor tiene forma de caos!». Luego, con la sangre y pan seco, cocinaba unas bolas negras y grandes que guardaba durante el año, y que se reblandecían cuando las sumergía en el caldo, y estaban buenísimas porque sabían a la carne salada del cerdo. Yo creía que solo con verlo ya había aprendido a matarlos. Y más adelante le dije a mi madre que podíamos sacrificar uno nosotros también, y repetí todos los pasos en el jardín con el cerdo más viejo que teníamos. Pero le clavé mal el cuchillo y empezó a gruñir; y no paraba, y no hacía más que chillar, y parecía que sufría mientras le manaba la sangre de la garganta en un caudal generoso. Mi madre cogió la pala y lo remató a golpes mientras decía que no soportaba aquellos alaridos, y no paró hasta dejarle la cabeza lisa y resquebrajada como una hoja seca de otoño.

LA EDUCACIÓN

Desde entonces, cada vez que alguien pasaba por delante de casa, agachaba la cabeza, se santiguaba, miraba al cielo y hasta los había que escupían delante de la puerta, y luego mi madre fregaba la entrada con lejía, con aquella severidad suya a la hora de limpiar el suelo y los muebles, y las lágrimas rodándole por las mejillas. Miraban por las ventanas con indiscreción, preguntándose cómo había pasado, quién lo había encontrado, dónde se había matado. Yo sentí una gran pena, al principio, pero luego me dio por pensar que, si mi padre hubiera estado vivo cuando todo empezó, nos habrían expulsado porque a los hombres los reclutaban para el trabajo sucio y los ponían al servicio de las órdenes militares, y el resto de la familia tenía que abandonar la zona afectada. Su muerte nos salvó, en cierto sentido. Pero entonces no sabíamos que unos años después vendría todo aquello. No podíamos saberlo. Y mi madre venga a llorar, y yo que no, no podía creer que tuviera que cargar también con el peso de una muerte como esa.

Cae otra tarde. Otra. Y es ahora, mientras el sol gratina el suelo, cuando señalo en la columna de madera, con la navajita de mi padre, otro corte vertical. No como la semana pasada, que atravesaba nueve marcas horizontalmente e imaginaba los últimos nueve días desapareciendo de mi memoria. Los borro. Con el trazo alargado que los va tachando, los borro. Con cada marca que se acumula al lado de la anterior, los borro. Uno tras otro. Cinco más. Novecientos cinco días, desde aquello. Dentro de un tiempo, no quedarán más que huellas: cápsulas de una vida lejana. Los recuerdos se fijan con un nombre. El presente, es imposible. Oigo que se cierra la puerta: el cabeza rapada se va. Recuerdo que le he dicho que no, que no me iría de caza con él. Y que ha dado la callada por respuesta. Esa cara. Veo por la ventana la hilera de casas: cápsulas de una vida cercana. Dos más allá vive Vita, una abuela que es abuela sin tener nietos. Siempre lleva un pañuelo anudado para cubrirse el pelo y riega las tumbas que tiene en el jardín, cada una con una cruz enorme de madera agrietada que pinta de colores vivos. Hay tres cruces, y en cada una, una foto con un marco plateado que se va oxidando. La tumba más pequeña es la de su hijo, que murió a los dos años. A menudo dice: «Válgame Dios, ahora estaría vivo y podría alimentarlo». También dice: «Qué bobada, amo mi tierra natal y mis tumbas. Si no hubiese vuelto enseguida, ya estaría muerta». Y cuando habla, a gritos, como le faltan los dientes de abajo, lo pone todo perdido de saliva. Trabaja en el huerto con las manos, más grandes que la cabeza, y cuando se tapa la cara con las palmas es muy graciosa porque sus dedos son tan rugosos y gruesos que parece un gigante escondiéndose detrás de una roca.

EL CAMINO

Mi madre aún no había vuelto de comprar —iba a la carnicería con un bastoncito de madera donde le hacían una muesca por cada pieza que le ponían, y así llevaban la cuenta de los trozos que le debían a cambio del cerdo que les habíamos dado meses atrás. Dentro de nada encontraré a mi padre colgado como un becerro en medio del comedor. El atardecer respiraba como un pulmón viejo entre las cuatro casas agazapadas al pie del monte. Llegaré con el único deseo de desaparecer y abriré la puerta con el desánimo de un perro viejo. El abuelo había cogido las moras de las zarzas cercanas a la casa y estaba bebiendo destilados en el cuartel. Enfilaré el pasillo y, al llegar a la cocina, veré de lejos una cara asustada con los ojos abiertos: la de mi padre. Esa tarde había sido como las otras tardes y, por el camino, los animales se hundían en la nieve al huir corriendo de los humanos. Solamente intuiré su cuerpo, un saco de boxeo cansado; los pies desnudos; las manos dormidas. Boris y yo habíamos hablado durante mucho rato de camino a casa y, al separarnos, se me había despertado un dolor en el pecho. Me quedaré helado, solo los ojos relucientes y la luz anaranjada quemando la nieve. Estaba pensando, justo antes de abrir la puerta, en lo mucho que me gustaba y en que me estremecía de pies a cabeza cuando pensaba en él, pero al mismo tiempo me repugnaba que se juntara con los otros chicos y que pudiera ser exactamente como ellos. No recordaré nada más que la cara, que me volverá de ahora en adelante, los ojos brillantes y negros como huevas de pez salvaje. Iba murmurando, de camino a la cocina, un sinfín de imágenes que quería vivir con Boris. Cerraré y abriré los ojos para ver con más claridad; pero no. Cerré los ojos y los abrí, ansioso, explorando mi deseo con la mirada hacia dentro: era mi padre.

Beberemos y beberemos
y al que se ría de nosotros,
¡una tunda le daremos!

Desde la habitación se oyen gritos de las viejas que se reúnen en casa de Vita para cenar, hoy, que es un día especial porque acaban de matar el cerdo, que reparten entre todas y habrá de durarles todo un año. El suelo tostado se ve ahora negro, con las sombras de una luna llena. Oigo a la hermana de la cara rara gimoteando: «¡Adiós, cerebro, hasta mañana!», y los licores se deslizan garganta abajo, no parece que les escuezan, lo que sí parece es que se les llevan el alma, un poco más fuerte y rugosa, como sus manos costrosas. Vita sale al jardín y descuelga las fotos de las cruces de madera. Las lleva al comedor. Cantan juntas:

¡Bailemos! ¡Cuando me case, lloraré!
Habréis caído en el olvido.
¡Toca, acordeonista! ¡Toca, pichoncito!
No dejes a tu novia,
¡como hizo mi amado en la cama!

Y yo ruego: «Que no me deje solo, que no me deje, ¿te lo imaginas? ¿Qué harías?». Y una de las viejas repica la azada contra el suelo, y otra coge el garabato y lo golpea contra la olla en la que han hervido las patatas, y el griterío llena el aire. Cantan juntas. Y una dice: «¡Te has olvidado de esa que habla de la madre que pare a la hija enmedio del campo, hostia!». Y se hace un instante de silencio, como si se hubiesen muerto de repente, y luego arrancan juntas, con fuerza nueva, subiendo el tono:

Camina, camina, campo a través,
¡un hijo o un tubérculo, quién sabe qué es!

Se ha puesto a llover. La lluvia borra los árboles, las tejas, las siluetas en las ventanas. También las sombras de la luna llena. Ellas siguen gritando y yo me duermo con el vocerío de fondo.

LA SANGRE

Me debatía entre el miedo y la claridad de un destino que avanzaba evidente, y me preguntaba, noche y día, cómo podía deshacerme de aquella herencia que se iba complicando. Cuando iba con mi madre a la ciudad o venía gente a casa a traer algo, me decían: «Eres su viva imagen», y yo en la cola de la comida caliente, las manos frías y el hielo en los labios, intentando no enfadarme, no escupir a la vieja aquella que me pellizcaba el moflete y repetía: «Cómo te pareces a él, demasiado te pareces». Y yo mascullaba para mis adentros: «Cállate de una vez, vieja, olvídame, déjame en paz, come mierda, vieja, cierra esa boca vieja y arrugada», y la miraba fijamente solo para que viera cómo se me encendía un fuego en los ojos, y que era por ella. Al llegar a casa, ayudaba a mi madre a cortar las verduras, y guardarlas, a destripar el conejo, y guardarlo, a quemar los pelos de los cortes de cerdo, y guardarlos. Luego, cuando se tumbaba en la cama y se quedaba allí el resto del día, me frotaba los brazos con salfumán, los rascaba con fuerza y rezaba jurándome que no sería como él —una de las maneras en que me esforzaba por rehuir la condena—. Y al mismo tiempo lo entendía: porque aquí todo se alarga, se allana, se extiende como una alfombra interminable. Y a menudo la vida se vuelve así, demasiado larga. Y mientras me frotaba la carne desollada con las uñas comprendía que ser la viva imagen del padre es lo peor que le puede pasar a un hijo. Es como si escribiera: «Recuerda: la sangre no caduca». Pero mi madre no dejaba de rebuscar en mis ojos y mi boca, mirándome, comparando sus manos desgastadas —la señal de un tiempo que se va acabando— con las mías, y le costaba encontrar su rastro en mi cuerpo tan lejano, que era como un espejo deformante frente al suyo: enmudecía y desviaba los ojos hacia las manchas y arrugas de sus dedos viejos.

Por la mañana, con la niebla que todo lo cubre, Vita recoge las botellas de la víspera: otra hilera delante de la puerta. Cápsulas de aire. Como si las viejas no bebieran. Que si yo tragara la mitad de lo que se había pimplado cada una, tendría la garganta en carne viva. Se habrán marchado de madrugada. Aquí no hay nada que temer ni siquiera en la oscuridad; solo hay que controlar la sombra de los lobos, el rumor de su chapoteo en los charcos que ha dejado la lluvia. «La abuela se va de pesca. Sentémonos, amigos, así descansaremos antes de emprender el largo camino. Cañas de pescar: cogeremos las más sencillas. Hoy no habrá demasiados peces, no habrá nada después de la lluvia. El río estará nervioso. Pero ánimo, Vita, ¡ánimo! Venga, a pescar. ¡Dale, mujer!». Habla en voz alta porque no tiene con quién hablar y yo la oigo desde la habitación. Pasa por delante de casa y se va hacia el río, que bordea el monte y forma unos remansos tranquilos donde los peces se detienen a comer. Vuelve con el barreño lleno. Hoy, como siempre, cuando mira hacia mi ventana, me escondo detrás de la cortina porque sé que, si no me ve, me dejará algo de pescado en la puerta, y luego lo cogeré y podré cocinarlo, y me lo comeré yo solo.

EL TIRO

Y con esto de los escupitajos y mi madre frotando con aquella fijación, me ha dado por pensar en la hermana de Vita, la de la cara rara, y en la propia Vita, siempre a su lado. Porque antes de que la ciudad se vaciara y antes del aire enfermo, a ella también le escupían, y entonces Vita le dijo que no volviera a salir de casa. Y encerrada para siempre. Pero cuando la gente huyó y quedamos los excedentes, y creció la hierba y volvieron los animales del bosque, empezó a salir de nuevo. Después de encontrar los peces muertos, y los pájaros muertos, y las plantas muertas, mi madre decía que ella, tan frágil y extraña, no debería hacerlo. Y entonces por fin le vi la cara, que nunca había podido contemplar del todo, porque antes de que Vita la encerrara iba por ahí con un pañuelo que se la tapaba. Tampoco había ya salivazos en nuestra puerta. Y nadie pasaba delante de la ventana rebuscando alguna viga. Y mi madre ya no tenía que frotar. Ni que esconderse. Tal vez por eso venía siempre el cabeza rapada. No lo sé. Pero si estas cosas ya no pasaban no era por un motivo desconocido: simplemente ya no quedaba nadie. Y eso es lo que pasa cuando la gente desaparece: que también se lleva consigo su rabia de perro enfermo. Y ya lo decía el abuelo, eso, que el dios más fuerte y poderoso son los demás cuando te miran.

EL RITO

No su cuerpo: recordaba más bien mi manera de acercarme a él, de evitarlo, de huir de él y de temerlo por no saber cómo lo encontraría. Una metamorfosis permanente hacia alguien más difuso, más distante, más etéreo. Un día, al fondo del jardín, delante de la verja, inmóvil, hablando solo: todo él una cicatriz negra entre tanto verdor. Una herida en la intemperie. Una noche, tumbado en el mueble tapizado que teníamos por sofá, desnudo, sin saber qué hacía allí, ni qué había hecho para quedarse así. Un mediodía, totalmente rapado, cuando le vi el cráneo por primera vez y no entendí, tampoco, qué caminos lo llevaron a arrancarse la cabellera y enseñar todavía más los ojos enfermos: ¿acaso percibía su cerebro abatido que era mediodía, o de noche, o por la mañana? Una tarde subió montaña arriba y yo me levanté para seguirlo —los grillos enmudecían a nuestro paso—, y cuando llegó al río se pasó horas mirándolo, esperando como si el aire lo erosionara. Yo no lo entendía, y me lo explicaba diciendo que cuando la tristeza se cansa y desaparece, la tristeza es, entonces, el tiempo. Y mi padre llevaba el tiempo dentro. Y tras su muerte no echaba de menos tener un padre al que poder llamar «padre» porque nunca había podido pronunciar la palabra «padre». Y solo me quedaba un misterio arraigado de todo lo que no había tenido tiempo de entender porque era demasiado pequeño, y ni con el tiempo podría comprender esas cosas, porque el recuerdo ya era una forma imprecisa que se me había quedado mal grabada: cualquier reflexión, más adelante, se haría en torno a una mala copia.

Mi madre plantó maravillas
y me enseñó a cantar canciones de primavera
sobre el florecer de la esperanza.
¡Venid, venid, peces grandes y pequeños!

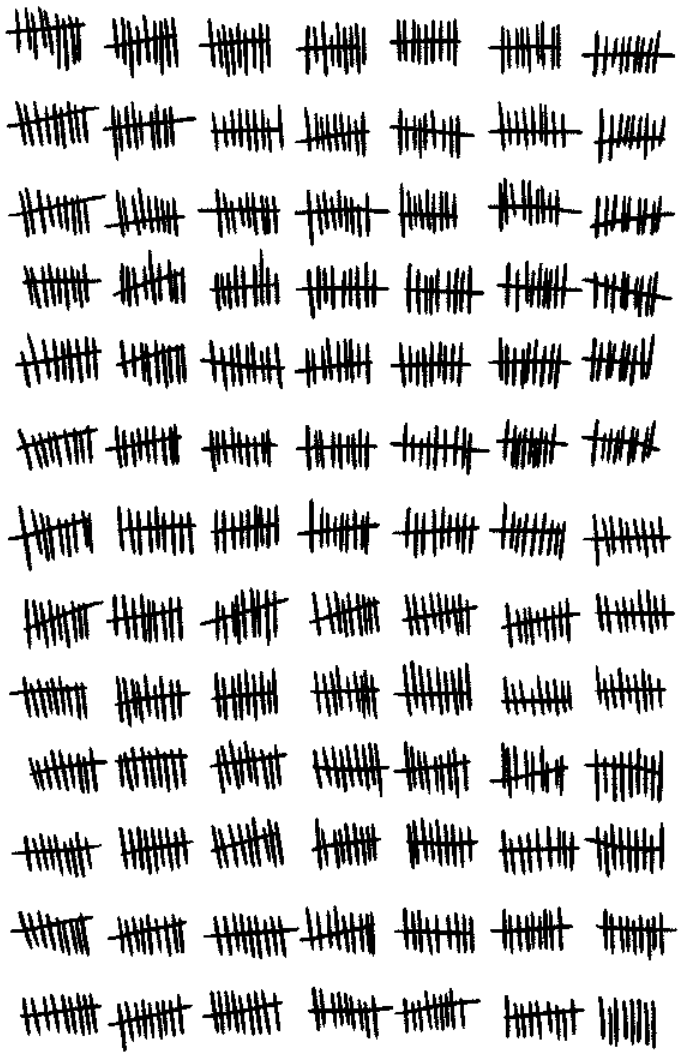
LOS EXCEDENTES

Mi padre condujo hasta uno de los campos de colza: un mar amarillo. Cuando el viento agitaba los tallos, parecía que lloraran. Se extendían hasta más allá de las casas, en la dirección opuesta a la ciudad y la montaña. Había enjambres de abejas que se movían como las nubes. Con aquellas plantas hacíamos un aceite que no era para comer, pero nos lo comíamos. Sembrábamos veneno y crecía trigo. Y del pan nos alimentábamos todos. Me dijo que me había llevado hasta allí para hablar de cosas de hombres. Al bajar del coche cogió una flor, la exprimió con las manos hasta que salió un líquido de entre los dedos prensados y dijo: «Esto es lo que hace un hombre». Llegaron unos amigos suyos. No sé si eran amigos o los hombres con los que solía beber. Lo que me pidió que hiciera allí no importa, ahora. Cuando volvimos a casa mi padre repetía que me había curado, y yo también lo celebraba: mi padre decía que me había curado y que debía estar contento. Se sentía complacido. Yo lo complacía. Un hijo sensato que da alegrías a su padre y a su madre. Pero las cosas, cuando no les haces caso, crecen más deprisa. Y cuando, andando el tiempo, mi padre veía que no iba por el buen camino, que aquel rito me quedaba lejos y lo olvidaba, me recordaba: «Cierra esa puerta con llave, debes tener el doble de cuidado con los vicios». Y es que cuanto más doblegas el cuerpo contra su voluntad más se rebela después, como se tensa una caña joven. Y con mi padre me pasaba eso: los recuerdos bonitos que guardaba de él siempre tenían una larga sombra que los oscurecía. Y los momentos que recordaba bonitos cuando la memoria me traicionaba no lo eran tanto si lo pensaba bien.

Por mi madre. Lo hago por mi madre. Aunque luego no se comerá el pescado, y tendré que guardarlo para cenar, y estará reseco y se habrá empapado en sus propios jugos, y hasta puede que alguna mosca se haya frotado en él. Pero no puedo no ir a pescar aunque ya me haya comido el pescado que me ha dejado Vita. Al llegar a la charca que forma el río justo donde se acaba el jardín, me la encuentro. Otra vez. Como si rebanara el día, y de uno solo hiciera tres o cuatro días distintos. No le he dicho nada del pescado —es un secreto que compartimos y que cada cual se guarda para sí—. Me ha preguntado por el huerto. Le he dicho que tampoco noto gran diferencia. Yo le he preguntado por las tumbas. Cómo es que ninguna parece la de su marido. Me ha replicado que ese hombre —el marido, pero ella lo llamaba «ese hombre»— habría podrido la tierra si lo hubiese enterrado allí, y los frutos de los árboles habrían crecido envenenados. Que era un borracho que se llevaba el dinero. «Solo sé hablar: ni escribir, ni leer. Así me castigó. Hasta que un día me escapé de casa y me fui donde la abuela. Me planté allí en un santiamén. Le pedí permiso para abandonarlo. Y me dijo que ninguna mujer de la familia había abandonado nunca a su marido. Me explicó que, si un ternero nace con algún defecto, si renquea, siempre será así, renqueará hasta el final. ¡Quién lo parió tan malparido, hostia!». Se ha reído como lo hacen las brujas y le he visto la boca negra, un túnel. Luego ha cantado una canción sobre los peces y la primavera que ya no recuerdo.

LOS ÁRBOLES

Encontré al hombre en el bosque como a mi padre aquel día: una cicatriz entre tanto verdor. Yo venía del estanque del jardín, donde había estado contemplando el movimiento del agua y la sombra del sauce llorón en la superficie, como una lanza que atravesaba la corriente circular, tediosa, de la vida solitaria y frondosa que vivíamos. Lo vi cuando subía por el sendero, de lejos, tan vegetal que se confundía con los pinos y las cortezas, la piel cuarteada y seca, oscura. Arrastraba la frustración con el equipaje. Y el cansancio. Acumulaba sin saber el motivo que lo hacía acumular, con la vida a cuestas. Eso sí, hecha añicos: algunos más bonitos y regulares, otros más afilados y cortantes. Cuando me vio, me llamó en mi idioma, pero con un acento que no había oído nunca —lejano, como si lo hablaran en un lugar donde nunca llovía—. Fue la primera persona que me preguntó por la puerta trasera de la Fábrica, cuando yo apenas sabía de su existencia. No supe contestarle; casi no entendí qué me preguntaba, porque una duda me había atravesado el cuerpo: ¿qué sentido tenía el paso de ese hombre por el mundo? Entonces la oscuridad empezó a moverse con formas suaves y brillantes.



Me repetía, en voz baja, «día novecientos ocho»:

Boris mío:

Tienes razón, tienes razón. Es cierto que esta es la oportunidad de hacer lo que me pides. Por ti y por mí. Y así no habrá ningún tipo de sospecha. Ninguna sombra. Me apasiona cómo lo explicas: creo que es posible. Te he hecho caso y hoy, cuando ha vuelto, le he dicho que sí, que podemos irnos a cazar cuando quiera, que conozco una zona tranquila del bosque a la que se llega siguiendo la parte menos caudalosa del río, y que es allí donde los jabalíes van a beber agua y a descansar con las crías. Si no hay novedad, iremos la semana que viene, cuando vuelva a visitar a mi madre. Saldremos bien temprano. El sol aún no habrá salido, para pasar desapercibidos: entonces sí, Boris, entonces sí que lo haré. Estoy convencido. Y lo haré como me lo has pedido, siguiendo los pasos que me has descrito. Por ti.

A veces pienso que eres una amenaza para mí, te lo tengo que decir. Pero otras veces pienso que no lo eres en absoluto, y que me gusta haber sentido, en algún momento, que eres una amenaza. Por b que me dices y por cómo b haces. Y por lo que vendrá, que no sabemos cómo saldrá. No sé ni por qué te escribo esto. Pero ahora mismo estoy nervioso y tengo pensamientos extraños porque no sé exactamente cómo haré todo b que me pides, y hay momentos en los que estoy muy contento y otros en los que estoy muy nervioso y otros en los que pienso que no, que no, y pienso que no debería hacerlo porque es una locura.

Pero tienes razón, el corazón no miente porque solo hablaba una lengua, y nuestras miserias, sin nombre ni palabras, no las tenemos dentro del pecho. Este corazón mío que se abre va siempre al mismo lugar, al mismo lugar de siempre, y en su interior no puede entrar gente como él. No pueden. Y no lo permitiré. Y esta casa mía es mi corazón, mi lengua, y esta casa mía no es la suya.

Tuyo.

Mi madre ya no está en este mundo: como si viviera en otro purgatorio donde los días se acumulan en una estantería, alta y ancha, y se conservan encajonados, sin contacto entre sí, sin memoria, y allí se deshacen, como mamíferos pudriéndose en nichos, consciente de que sus días no llevan a ningún lugar heroico ni a ninguna gesta memorable. Como si se repitiera que no vale la pena buscar nada, porque las cosas son todas idénticas unas a otras: lánguidas, pálidas, ajadas. Ante un cosmos deshidratado y lento, su apuesta es la de asumir el latido siempre con el mismo rostro. Pero con una fuerza de la que solo puede brotar la indiferencia, porque es absolutamente desesperanzada. Y ya se sabe que con la esperanza viene el fracaso, pero sin la esperanza se intuye la victoria. Y si lo explico así es para entender lo que antes no entendía. Primero, que su desánimo va en consonancia con su cuerpo anémico. De nuevo: fortísimo, porque no tiene ninguna esperanza. Segundo, que solo siendo así puedes aguantar media vida trabajando en la Fábrica. Ahora bien, lo que no recuerdo es si la Fábrica la ha hecho así o si ya era así antes de entrar allí por primera vez.

LOS CUENTOS

Vita siempre llevaba pañuelo, y cada vez que la veía no podía dejar de pensar en las mujeres que eran como una fila de Vitas con sus pañuelos, llorando, sacando las lágrimas que llevaban dentro, una tras otra, delante de los todoterrenos militares, que también iban en fila, y ellas lloraban porque se llevaban a sus hijas, y a algunas de ellas también las obligaban a marcharse, como a Vita y su hermana. Les decían: «No es seguro quedarse aquí». Y bien lejos, hacia fuera. Lloraban tapándose los ojos, de vergüenza y pena, y otras también dibujaban adioses tristes con las manos. Y, mientras tanto, unos hombres desenrollaban la bobina del infierno, que la llamaba mi madre, la alambrada que pusieron para que nadie volviera y que se oxidó a los pocos meses hasta deshacerse. Y a Vita la he oído repetir varias veces que cada cual debería poder vivir donde quiera su alma. Que la gente solo se muere de angustia, de nada más. Y que si quieres volver a casa, por muchas alambradas que pongan, volverás. Y ella lo hizo. Y también la he oído rezar a menudo: «¿De dónde soy? Mi casa es mi patria. Y en mi patria nunca me pondré enferma».

De la Fábrica no queda sino el edificio, esquelético, medio en ruinas. Enfermo. Si el viento sopla hacia las Rocosas y miro por la ventana, puedo intuirla. Solo la punta, porque la Fábrica penetra tierra adentro y se hunde en las entrañas del mundo. Desde fuera, antes, solo se veía la entrada, blanca y cuadrada, con una puerta por la que se metían las mujeres en fila india y sobre la que había escrita, en grandes letras negras, la palabra PUREZA. El aire humeaba y el río Tet, que pasaba por detrás, se volvía gris, y los peces flotaban en el agua, y los que no flotaban tenían tres ojos, o cuatro, o dos colas. Mi madre me había explicado que allí el tiempo era distinto, que la tierra lo engullía. Yo la acompañaba, nos despedíamos cuando aún le quedaba un buen trecho de camino y veía a las mujeres que entraban en fila una tras otra, esmirriadas y con la piel blanca, como si se hubiesen duchado con lejía antes de ir a trabajar. La piel se les fundía allí dentro, o bien se convertía en costra. Y si hacía un día de perros, con lluvia y un cielo oscurísimo, ellas no se enteraban, porque allí había otro clima. Y otro mundo. Yo ignoraba las historias del subsuelo. De hecho, mi madre no quiso contármelo hasta que el pueblo se quedó desierto; y siempre con la sensación de que solo me narraba un tercio aguado de la historia. Entonces, cuando solo quedábamos el puñado que somos ahora, más o menos, y la Fábrica empezaba a desmoronarse, me dijo que me lo contaría. Pero solo me explicó que gracias a la Fábrica había luz en las calles y en las casas, y que por eso podíamos tener una nevera, y una lavadora, y vivir casi como vivían en la ciudad. De la gente que entraba en la Fábrica por la puerta de atrás no decía nada.

LA PLAGA

Y Vita, enfadada, repitiendo la cantinela:

Si un tanque sale a pasear
para enseñarnos el caparazón
le tendremos que recordar
¡que lo aplastaremos como a un moscardón!

Así, inclinada, mi madre ha fregado los platos de la comida, moviendo el cuerpo con ímpetu, entregada a la tarea, mordiéndose los labios del esfuerzo, roja de la sangre que le late en la carne y raspando con el estropajo de aluminio el culo de una sartén vieja. Luego ha respirado cansada y se ha erguido de nuevo, recta como un junco, y ha seguido con la tarde. Medio contenta porque le he dicho al cabeza rapada que sí, que me iré de caza con él. La miraba igual que cuando volvía a casa de la Fábrica; al entrar se enderezaba y empezaba de nuevo: otra vida. Algún rastro dejaba atrás, delante de casa, en la puerta. Y volvía a empezar: otra vida. Cuando me explicó algunas generalidades de la Fábrica, yo tuve la impresión de que se abría un mundo que ya conocía: porque lo que pasaba allá abajo, en las entrañas de la ciudad y la montaña, se presentía de un modo que era imposible describir. Como cuando era pequeño y, después de que la entrada se tragara a mi madre, me acerqué desoyendo sus órdenes y vi un reguero de sangre brillante saliendo de la boca del edificio blanquísimo. Un rastro de caramelo azucarado. Volví a casa corriendo y lo que sentía por dentro no era un rompecabezas cuyas piezas encajan, sino más bien una ráfaga de viento que barre las hojas secas, el polvo del suelo, los insectos más pequeños y también a mí, asustado como un cachorro al oír por primera vez el aullido materno.

EL PRESENTE

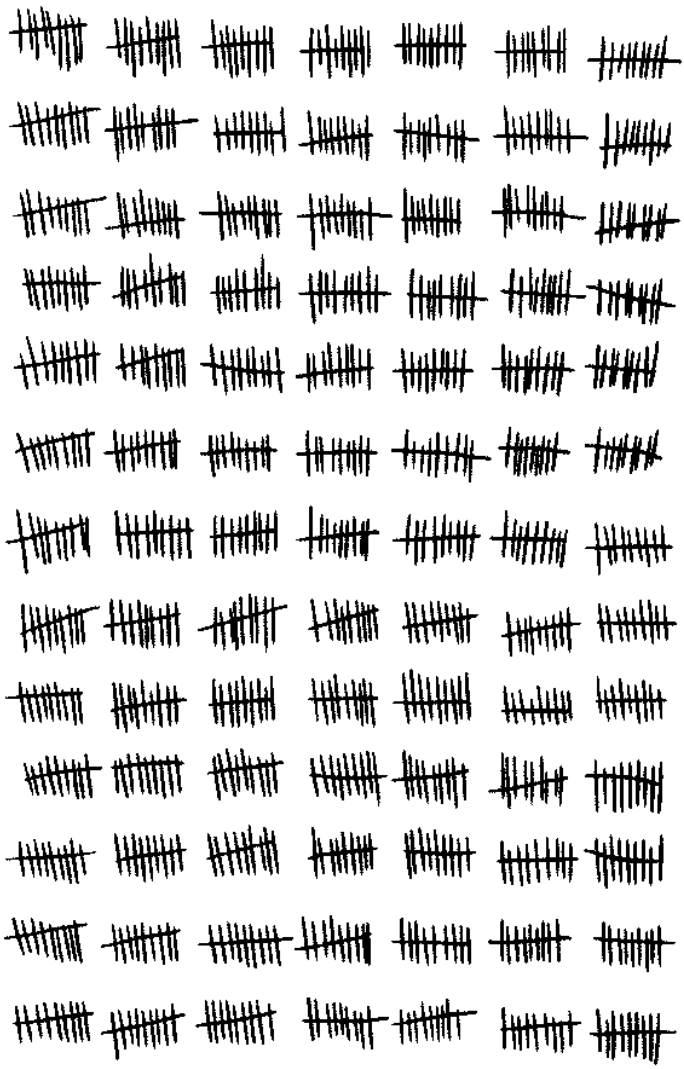
Cuando Vita volvió, se lo explicamos: igual, todavía, pero con menos gente. Los hombres mezclan el alcohol con dos dedos de agua, todavía, para que no queme tanto al bajarles por la garganta. Se intercambian las mujeres y les tocan las mismas carnes, todavía, en esa casa que funciona de taberna y donde cada mañana, en la puerta, se amontonan las botellas vacías. Oímos, todavía, las campanadas que vienen de la Fábrica y que antes anunciaban los cambios de turno de las mujeres. No han dejado de repicar nunca. Las oigo desde casa, todavía. Y de helarnos esperando en la cola un poco de comida caliente ya no queda nada. Ni siquiera está, ese edificio.

LA PRUEBA

Entre lo que me contó mi madre, el runrún de la gente, lo que vociferaba el abuelo, la verdad oculta que dominaba la ciudad, el murmullo del bosque y los animales, empecé a entender la Fábrica. Comprendí que cuando, de pronto, la noche se convertía en día, era porque había habido una equivocación: normalmente hacían esas subidas de energía mientras había luz, así la gente no las veía. A veces pasaba durante la noche. Pero no era habitual: no lo bastante como para que supiéramos sin lugar a dudas de qué se trataba, pero tampoco tan esporádico como para que no hubiésemos formulado una teoría propia, infundada y precoz, que circulaba entre la gente. También comprendí que si la ciudad estaba limpia, como decían los que mandaban, era porque había otra entrada a la Fábrica que quedaba justo en medio del bosque, en una cresta del monte poco frecuentada, un ángulo muerto tanto para los rascacielos de la ciudad como para las cuatro casas agazapadas en la falda de la montaña. Por aquella puerta entraba el combustible, por así decirlo, que no era líquido, ni negro, ni viscoso, sino hileras de personas que se metían dentro sin saber adonde las llevaban. Yo solo lo sabía porque Boris me había enseñado una foto de esas colas, de camino a casa. Era un atardecer cítrico en que volvíamos de la escuela, antes de despedirnos y de que yo siguiera el camino que me llevaba hacia las casas, y él volviera a su pequeño piso de la ciudad. Ese momento de la tarde en que lo absurdo de nuestra rutina nos abrumaba y ser niño, de repente, se hacía cuesta arriba. Me dijo que la había sacado su padre, que iba al bosque a menudo, vestido de colores oscuros, acompañado de otros hombres, y volvía al cabo de muchos días. Y luego pasaba muchos días más revelando las fotografías y estudiándolas, encerrado en la habitación. Y Boris le había cogido una del álbum y la guardaba en un libro para que su padre no la encontrara. Me dijo: «Secreto». Y en la foto, ciertamente, se veía una hilera de personas que no parecían personas.

EL VUELO

Un estallido de luz. De entre las paredes de hormigón macizo revestidas de blanco y protegidas por una armadura de hierro. Un estallido de luz tras un muro infranqueable para nada que no fuese una fuerza desconocida, mítica, como nunca se había visto. Era una noche que se hizo día de repente, con el resplandor que salía de la boca de la Fábrica. El cielo se iluminó y la luna, las estrellas, las constelaciones y las nubes grises desaparecieron. En un segundo, todo se hizo blanco. Al mismo tiempo, saltaron los plomos y las ventanas se llenaron de caras que miraban al cielo. Confluyendo en un mismo punto: ningún punto; una extensión de luz sin origen ni final; un mantel empapado en lejía que había cubierto el firmamento y se esparcía por todas partes. Como un embudo o un abanico abierto, la Fábrica se inculpaba. A quienes se le acercaron y la miraron fijamente, se les quemaron las retinas y nunca más volvieron a ver. Y, del mismo modo inexplicable, la luz retrocedió hacia el punto de partida, autoingiriéndose, y la oscuridad volvió a engullir el cielo, menos el entorno de la Fábrica, que seguía fosforescente. Cuando mi madre llegó a casa, de madrugada, no dijo nada: se cambió de ropa, se metió en la cama y se puso a dormir. A la mañana siguiente, silencio. Y la otra igual. Pero el rastro de un resplandor poco natural seguía tapizando el cielo; y lo cubrió durante diez días. Después, la historia de ahora.



Me repetía, en voz baja, «día novecientos diez»:

Boris: ¡lo he hecho, lo he hecho, lo he hecho!

Tiemblo. Había neblina y el sol aún no había salido. Temía encontrarme algún lobo, o al oso, o un jabalí. Da igual, estaba nervioso y tenía miedo.

Cuando ha llegado, mi madre aún dormía y yo lo estaba esperando en el porche, sentado. Puntualísimo. Le he dicho que me siguiera y, desde el jardín de atrás, hemos saltado la verja oxidada y enfilado el camino que sube hacia la izquierda. De repente me sentía en compañía del enemigo, a su lado. Pensaba que en cualquier momento podría pegarme un tiro y luego decirle a mi madre, cuando se levantara, que yo no me había presentado y que había estado esperándome durante horas en el porche sin encontrarme. Me hacía preguntas estúpidas y yo le contestaba con frialdad. Pero luego me ponía nervioso porque me daba pánico que sospechara algo y se me adelantara. Ha sido difícil, pero pensaba en ti y me tranquilizaba, porque me has dicho muchas veces que todo saldría bien si no dudaba. Y no he dudado. Eso sí que no, Boris, no he dudado ni un instante. Recordaba tus indicaciones, las repetía para no olvidarlas. Y me imaginaba cómo te entusiasmaría que hubiese cumplido tu deseo. Que yo, Boris, hubiese cumplido tu deseo.

Cuando hemos llegado al lugar, nos hemos puesto detrás de una peña grande desde la que veíamos el remanso del río. Él ha dicho: «Parece mentira que el río Tet, tan nervioso, pueda ser así». Un comentario estúpido. Hemos cargado los fusiles y hemos esperado a los jabalíes, que no llegarían porque nunca he visto jabalíes en esa zona. Pero él los esperaba, paciente. Le he dicho que iba a mear y, anclados cuatro pasos, de cerca, ¡pam!, le he agujereado el hombro y ha empezado a chillar como un cerdo. El eco del disparo ha resonado entre los árboles. Lo siento: no he sabido apuntar mejor. Cuando me he acercado para quitarle el arma, la ha cogido por el cañón y me la ha arrojado a la cara, y me ha tirado al suelo. Pero al cabo de un segundo ya le había arrebatado el fusil y le he devuelto el golpe, le he estrellado la culata contra la mejilla y ha lamentado haberse revuelto. Pero aun así me ha cogido el tobillo y no me soltaba, me tenía allí plantado, y empezaba a trepar por mis piernas: entonces le he metido dos disparos a bocajarro en los muslos, y la sangre ha empezado a manar a borbotones. ¡Cómo gritaba, el condenado! Se ha desmayado de tanto grito y tanta sangre. Lo he atado como me enseñaste. Pensaba en ti mientras lo hacía. Que me parta un rayo si no lo he amarrado como me dijiste: no podrá mover ni un dedo cuando se

despierte. Y he vuelto a casa.

He escondido los fusiles debajo de unas losas a la orilla del remanso, donde suelo ir a pescar, y me he bañado para quitarme el sudor, la sangre y los nervios. Aún no había salido el sol y la persiana de mi madre estaba bajada. Me he cambiado de ropa y me he puesto a leer en la habitación. Pero no podía concentrarme y he decidido escribirte.

Tiemblo. Te quiero. Solo puedo decirte que lo que siento ahora es como una hiedra trepadora que sube por la fachada y se va agarrando con sus raíces, fuera de la tierra, por las rendijas de los ladrillos. Y es fácil que crezca, facilísimo. Lo difícil es detenerla, frenarla, porque la cortes por donde la cortes ya ha echado raíces como pies de gato y rastrea la humedad que queda en los trozos de musgo y moho de la pared. ¿Cómo pararla? Pero al mismo tiempo suplico que no deje de crecer, que crezca siempre, porque llena los huecos y está bien que los llene —porque ya no me amarro solo a ti, sino al tú que no está presente, porque estas lianas pegadizas hacen que la repetición no sea siempre igual, que no caiga siempre en el mismo lugar.

Todo esto para decirte que ojalá estuviera contigo y no con mi madre, pero tampoco me quiero torturar ni deshacerme entre estas paredes compadeciéndome. Bueno, no me hagas caso y olvida lo que te digo, bórralo.

Siempre tuyo.

Lo he sabido por las escaleras y el rumor de cuando las sube y las baja: se ha levantado. Cuando me ha visto, ha puesto cara de no entender qué hacía allí. «No ha venido, madre, ¿sabes algo de él?». Y ha señalado mi mejilla para decirme que la tenía roja. Le bailaba la cafetera en las manos; ha cogido café con la cucharilla, que temblaba, y ha echado más fuera que dentro. Se le apagaban las cerillas, una tras otra. Las cogía y, cuando ya las había encendido, se le apagaban. Le he encendido el fogón. He pensado que parecía yo, unos minutos antes, escribiéndole a Boris con la letra torcida y el pulso a mil, a dos mil, a tres mil, con el corazón latiéndome como el de un conejo, en las córneas, los oídos, el sexo. Me ha dicho que no sabía nada de él. Y ha posado los labios en el reborde de la taza. Los próximos días saldrá al porche, muy temprano, y lo esperará durante toda la mañana. Se vestirá, se peinará y, con la ropa bien alisada, se sentará en la silla durante horas, con paciencia devota y acariciando las mejores esperanzas entre las manos. Esperándolo. Y no, madre, no. La observaré desde la ventana e intentaré entrar en su mente, escurridiza y nerviosa. Dentro de dos semanas ya vendrá otro hombre a traer las cartas y las pensiones. Sonreirá, cuando lo vea llegar con el uniforme que los iguala. También irá rapado. Nunca hablará nuestra lengua. Y no, madre, no: este tendrá los ojos azules y las cejas tan rubias que ni se verán apenas. Pero una cara fea con ganas, de lechón, con la nariz esponjada y blanda, y las mejillas caídas. Lástima, madre.

EL CALVARIO

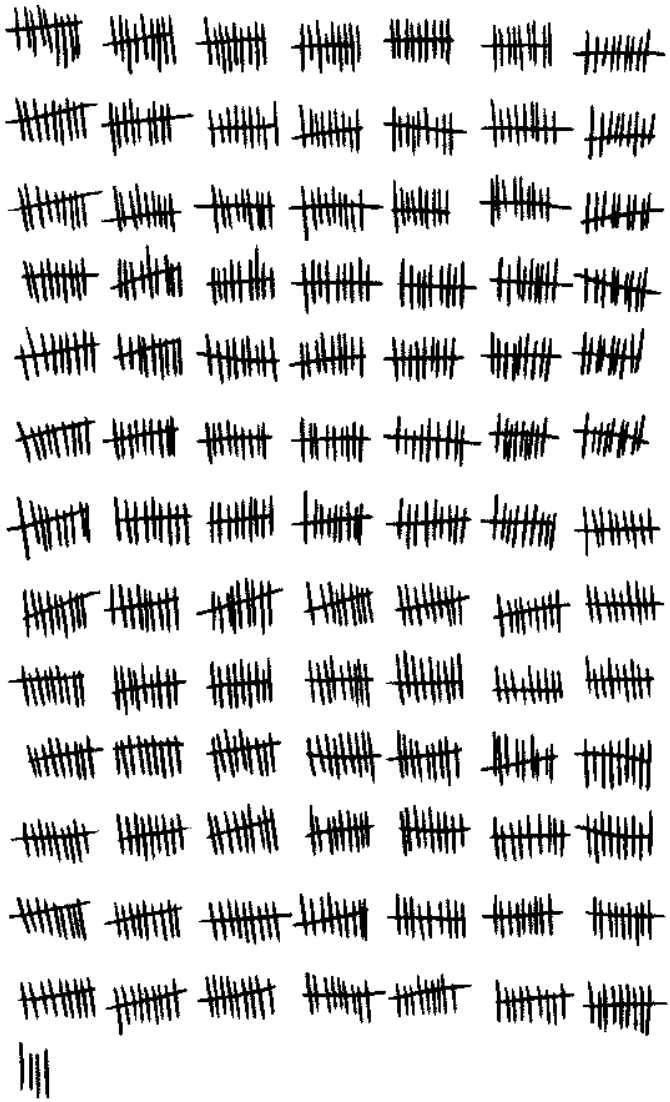
El primer edificio que precintaron fue la Fábrica: las mujeres, rápido, a casa, a empaquetar la ropa, cerrar las maletas y seguir a los maridos allá donde las llevaran. Y fue el primer lugar donde empezó a crecer la maleza, y el primer lugar que empezó a desmoronarse, porque nadie lo cuidaba y lo veíamos brillar de lejos. Y fue el primer lugar que sentíamos que nos unía, cuando nos quedamos solos: la Fábrica y nosotros. Pero solo se derrumbaba la fachada, que se caía a trozos y se deshacía al mismo ritmo que la cara de mi madre. Y se veía su esqueleto de hierro oxidado y hormigón armado. Pero nunca hemos podido entrar en su interior: las puertas, infranqueables; las paredes, tapias de metros de grosor. Ahora hay gente que va hasta allí de peregrinación en una romería eterna desde lugares insospechados: llegan y dejan flores en la entrada. Algunos pasan la noche allí, al raso. Otros, al llegar, acarician las paredes y se vuelven a casa, a cientos de kilómetros de distancia. Por eso me encuentro a veces con desconocidos en el bosque: buscan la puerta trasera. Yo nunca la he encontrado.

Mi madre se ha bebido el café, nerviosa, de un trago. Nada la tranquilizaba. Como si hubiese perdido el anillo de mi padre entre las hierbas del jardín, entre los caballones, y rebuscarlo implicara correr el peligro de reencontrarse con el abuelo o cualquier otro resto de un recuerdo antiguo. Ha abierto la puerta que da al jardín para salir fuera, con la taza vacía entre las manos. Ha dejado golpear la mosquitera. Desde la cocina, por el marco de la puerta, he visto a la hermana de Vita persiguiendo a nuestra vaca por el prado que bordea el jardín, con la lengua fuera y los ojos brillantes. La lengua y los ojos de la hermana, no de la vaca. La vaca camina impasible y sacude la cola entre las piernas, azotándolas para espantar a las moscas. Pasta hierba, imperturbable, muge y hace caso omiso de los gemidos de la hermana, que se le arrima y la acaricia, y le toca las orejas, y le busca las tetas, y le frota el sexo. La ha cogido por la cara y la ha mirado a los ojos: el encuentro de dos alientos tibios. Mi madre seguía mirando el fondo de la taza mientras la hermana de Vita le hablaba a la vaca en un lenguaje extraño que solo ella entiende. Y la vaca ha seguido pastando, indiferente. Y la hermana ha seguido hablándole y magreándola, acostumbrada también a la indiferencia. Mi madre ha cerrado la puerta con un golpe seco y la he oído caminar hacia el fondo del jardín: «¡Largo de aquí, maldita bestia!».

LAS LOMBRICES

Cuando le preguntaban a Vita si tenía miedo, contestaba: «Yo no le tengo miedo a nada, chavales». Luego rectificaba y decía: «Excepto al hambre». Cuando le preguntaban si se sentía sola, contestaba: «No queda ni un viejo, aquí. Estoy la mar de bien». Luego rectificaba y decía: «Alguno hay, pero son todos unos inútiles». Cuando le reprochaban que alguna vez hubiese intentado expulsarlos a golpes de pala, a ellos, que se limitaban a llevarle la pensión, contestaba: «Me entró miedo». Y le recordaban que había dicho que no le tenía miedo a nada. «Me entró miedo a que nos las tuviéramos de nuevo y me llevaran a otra casa donde el sol saliera por un lugar distinto». Y añadía: «A mí me lo destrozaron todo menos el alma. No sabéis que, cuando volví, cogí un puñado de tierra, Nuestro Señor es testigo, y dije que nunca más me movería de aquí. Y amén. ¡Un buen puñado de tierra húmeda! Que es una hermosura, esta tierra mía. Y que, sea como sea, es mía». Y es que no importa ensuciarse las manos, porque si te las ensucias luego te las puedes lavar.

Supongo que lo que nos une, a mi madre y a mí, no es la sangre ni el lugar, sino la desconfianza respecto al futuro, una historia común. También lo que me inspira cuando la miro: que quiero recordarla, pese a todo. Ha sido hoy: después de los años de duelo nos encontramos cara a cara, con el café en las manos, las manos que tiemblan, los temblores de todo el cuerpo, y el cuerpo que me sobrepasa por lo que acabo de hacer; y así es como recuerdo el vínculo que nos unía. Antes de todo. Pese a la destrucción, aún puedo ansiar ese amor. Y también es así como pienso, hoy, que he perdido el verdadero recuerdo de mi padre. Recuerdo la versión que tengo de él, de las cosas que hacía y las cosas que decía, de lo que significaba para mí. Pero no recuerdo el significado tangible de quién era, su presencia, cómo modulaba la voz, el color de sus ojos. Y he pensado, ahora también, que me acabará pasando lo mismo con mi madre. Que, tarde o temprano, me acabará pasando lo mismo.



Me repetía, en voz baja, «día novecientos catorce»:

Querido Boris:

Hoy he visto los ojos de un lobo muy de cerca. Me iba al río, a por agua para la comida: mi madre quería hacer caldo con los huesos de una gallina. Y allí estaba, bebiendo de los bidones que habíamos dejado para recoger el agua de la lluvia, sediento. Tal vez fuera una loba, no lo sé. Hemos estado un rato mirándonos. No parecía un animal. Y he entendido que yo, a él, tampoco le parecía un humano: me percibía como un animal largo y sin pelo. Me ha mirado, de verdad, y he intuido que me quería decir algo. Le he preguntado con los ojos «qué quieres qué quieres» y él me ha contestado, pero no he podido entenderlo, claro está. De verdad, te lo prometo. Nos hemos mirado tanto rato que no sabría decir cuánto tiempo hemos estado así. Te he creído, hoy, de aquel día que me dijiste que habías visto lobos paseándose por el monte y escondiéndose entre los zarzales. ¿Tú crees que saben que estamos aquí? ¿Sabrán que no les haremos nada, pase lo que pase? Mientras lo miraba he pensado que soy incapaz de vivir, que no sé lo bastante. Quizá porque he pensado eso y he distraído la mirada, el lobo se ha escabullido bosque arriba. Ha saltado por encima del cercado y ha desaparecido entre los matorrales y los helechos. Ni rastro.

He entrado la olla con agua y le he dicho a mi madre que, mientras el caldo hervía, me iba a ver si las trampas que había puesto en el bosque estaban intactas después de la crecida del río. Y he ido en busca del cabeza rapada. He seguido el sendero hacia la izquierda, húmedo, hasta encontrarlo. El bosque olía a vida. Entre las hojas se colaban rayos de luz que iluminaban los enjambres de mosquitos. Los pies resbalaban sobre las hojas que se pudrían. He mirado hacia el cielo, un techo de copas verdes, y los agujeritos por los que se escurría la luz eran como las grietas de una falla terrestre, plana e infinita. El mundo era la vida tranquila de una pecera. No había pasado nada: ni antes ni después de ese instante. La brisa mecía los tallos tiernos con calma. Y allí estaba él.

Tenía los labios amoratados, la ropa empapada, y apenas se movía. No me ha dicho nada: solo me ha mirado. Le he dado un trozo de pan. No sé por qué. Lo llevaba para mí pero se lo he ofrecido a él. Lo ha masticado, y cuando h había convertido en una masa líquida y pastosa, me lo ha escupido a la cara. Ha dicho que me mataría y entonces me ha dado miedo, por el gesto de furia con que me lo ha dicho. Parecía que fuese cierto, que fuera a

desatarse las cuerdas y matarme a puñetazos hasta que se me salieran los sesos. Seguro que tenía sed, pero no se lo he preguntado. Le he mirado las manos: cuerdas intactas. Y he desandado el camino. Entonces ha empezado a gritar pero yo he seguido adelante y cada vez sonaban más lejanos y más débiles, sus gritos. Y, unos instantes después, he dejado de oírlo.

El sol había salido y de entre las hojas empapadas se escapaba un vaho que subía por las ramas. El bosque lleno, pesado. Me he quedado un rato mirando las hojas. En el fondo, siempre he tenido la necesidad de entender el porqué de las cosas, aunque los demás se me hayan adelantado o me haya resignado con los silencios. Pero hoy, Boris, hoy había un orden natural que se extendía por todas partes: en sus ojos, cansados; en su voz, agotándose; en las hojas, una alfombra acuosa sobre el bosque; en el río, vacío de peces después de la lluvia. Y yo quería escucharlo, entenderlo. A veces es necesario tomar el destino en las propias manos, y eso he hecho, Boris. Después vendrá un invierno insondable y, luego, de nuevo, otra primavera, que no sabemos cómo será ni qué desgracias esconderá entre el brotar de las plantas, pero yo habré tomado el destino en mis manos. Y podré decirlo. Podré decírtelo.

Eres una fuerza.

LA INVASIÓN

Recordaba otra foto que me había enseñado, de cuando aún salíamos con los demás chicos y nos íbamos a fumar y beber al porche de la casa de alguno de ellos. Yo solo me sumaba cuando Boris me invitaba, muy pocas veces. Las ramas de un árbol se metían entre las rejas y la hojarasca caía sobre las sillas. Él cogía la cámara y hacía crecer la naturaleza, que no estaba viva, que era él el que movía las piedras y reproducía las montañas y multiplicaba los jabalíes con la cámara —¿dónde empieza él y dónde se acaba la cámara?—. Y aunque estuve a punto de escribirle que era hermosa y me traía muchos recuerdos —que no entendía nada de ese instante, que solo me obsesionaba y quería volver a él como fuese—, no lo hice porque cuando piensas una experiencia como bella, aquí, es porque la experimentas necesariamente de un modo erróneo. Nada puede ser hermoso, aquí. No ahora.

Cocinar nos distrae. De hecho, mi madre no para durante el día para no tener que notar el tiempo. Cómo sube. Cómo baja. Y más ahora, que tiene los nervios alterados. Me pregunta: «¿Crees que volverá? ¿Lo crees?». Limpia, cocina, barre la escalera, lustra el porche. Endereza las planchas de uralita. Arranca las hierbas que crecen en los márgenes. Hoy para comer ha preparado sopa de cebolla. Le hemos añadido los mendrugos de pan duro y el caldo de los huesos de gallina recocidos por tercera vez. Pero, como era vieja, aún deja gusto. De pequeño, cuando mi padre vivía, le echábamos de todo a la sopa, todo lo que teníamos. El vapor ha empañado la ventana y la he frotado con las manos para ver la montaña: nuestro decorado. He ido a buscar agua al río. En verano, la cogemos de allí. En otoño, de la lluvia; y en invierno derretimos la nieve porque el río, delgado como un hilo, se congela de arriba abajo. El caldo ha salido igual de transparente. Como si no lo hubiésemos tenido tres horas al fuego. Mi madre ha sonreído. No lo hace a menudo, pero cuando sonríe no logra esconder las penas detrás de la boca, como si supiera que toda alegría, en algún momento, acaba en tristeza. Hemos guardado a la sombra lo poco que ha quedado en la olla. Con el cierre de la Fábrica, nos quedamos sin luz. El primer verano fue fácil. En invierno sí que lo pasamos mal. Y así empezaron también los saqueos en la ciudad, los largos silencios, las sospechas, la ley ajustada a cada cual. Entonces mi madre hablaba más que nunca de la Fábrica: de cuando la construyeron, con los andamios, los ladrillos, aquellas escaleras y los alambres que atravesaban los árboles, que se encarnizaban con el paisaje, que lo herían. Y el resultado: la carcasa blanca que salía de las entrañas de la tierra, en medio del azul.

LAS MANOS

Había otra anécdota de Vita que todo el mundo contaba, y era que cuando la fueron a buscar un día para llevarla a misa —un carro de combate que recogía a las ancianas el primer domingo del año—, metió en una bolsa de fieltro los licores, que antes había enrollado en trapos para que las botellas no chocaran entre sí. Llegó el carro, lleno de Vitas con sus pañuelos. Avanzaba lentamente por los caminos y las carreteras. Vita se aferraba a la bolsa con ambas manos, protegiéndola como a un recién nacido. Con cada sacudida, cerraba los ojos e imploraba a las botellas que no hicieran ruido. El carro las dejó en la iglesia, y cuando Vita se encontró delante del hombre que bendecía lo que le llevaban, un individuo curiosamente musculado bajo la túnica blanca, le dijo: «Quiero bendecir mi licor ilegal. Dónde puedo hacerlo». Y el hombre le contestó: «No». Y Vita insistió: «El vino se puede bendecir, maldita sea. ¿Por qué no mi licor ilegal?». Y el hombre le contestó: «No está permitido, escóndalo». Y ella: «Todo está permitido. Se puede bendecir cualquier cosa». Vita no se tragaba lo que le contaban en aquella iglesia oscura; ella rezaba a otro dios, que estaba por todas partes y no tenía forma, y más de una vez, cuando nos habíamos encontrado en el río, me había confesado, orgullosa: «Soy una vieja y por eso rezo: es como si me volviera más sana, de repente, más fuerte».

Después de fregar los platos y tirar los huesos de la gallina, por fin, más allá del río, miro a mi madre desde la ventana de la habitación. Dice que después de comer necesita moverse, porque si no la tarde se le cae encima y remolonea como un animal. Tiene los ojos transparentes, con un velo que los cubre, y arranca las hierbas del jardín cansada. Siempre que miro por la ventana, la veo arrancando hierbas con los ojos empañados. Se agacha con una mano en la espalda y con la otra coge la hierba por el troncho y la extirpa con una fuerza que le viene del fondo de los músculos del hombro, raquítico. Luego va hasta el pimentero y se sienta un rato a la sombra —cruje la silla de plástico, que se abre, resquebrajada— y cruza los brazos por debajo de los pechos, sosteniéndolos. La tarde se ha ennegrecido y yo he ido viendo, desde la ventana, cómo la luz del sol le esbozaba sombras, ora a un lado de la cara, dibujándole la nariz larga y puntiaguda, ora al otro, perfilándolo más redondo y sereno. Me he preguntado hasta dónde puede llegar su dolor y si el dolor, el que ahora carga, puede aguantar este peso: no un árbol altísimo con las raíces profundas —el pimentero de casa, al que yo no he visto nacer, pero que me ha visto nacer a mí—, sino un cuerpo tan pequeño y minúsculo, de paloma frágil con muñones que recoge la piel sobrante de otros animales. He pensado: ¿a qué espera? ¿Qué trajina entre las manos? Quizá deja un espacio vacío entre ambas para que dios pueda entrar. Después he cerrado la ventana y me he tumbado en la cama. Como cada día al anochecer. Y escribo a Boris.

EL COLLAR

El hombre que bendecía lo que le llevaban a la ciudad venía a nuestra calle, cuando yo era pequeño, para montar un espectáculo. Y los de la casa azul, al cabo de la calle, lo miraban desde la terraza, medio escondidos. Lo repetía al comienzo de cada estación. Empezaba gritando: «Más vale vivir humildemente con los pobres que repartirse el botín con los soberbios». Ya entonces, yo entendía que lo decía porque nosotros éramos los pobres, y tenía que decírnoslo para consolarnos. Y luego, cuando acababa de gritar para nosotros, me acercaba a él y acariciaba la joya de oro que llevaba colgada al cuello. Cuando la cogí por primera vez, le pregunté qué guardaba en su interior, porque pesaba mucho. Con un equipo de quince hombres, instalaba un anillo de fuego en medio de la calle y se envolvía en unos cueros negros y relucientes para protegerse la piel y atravesarlo. Antes de arrancar la moto, que era muy pequeña, volvía a gritar: «Me encomiendo al Señor: mi vida depende de él». Después, cuando ya había atravesado el anillo y los amortiguadores habían resistido la caída contra el asfalto, se acercaba a cada uno de los niños que vivíamos allí, que eramos pocos, y nos tocaba la cabeza con las palmas de las manos juntas, y farfullaba: «Yo te bendigo». Y ordenaba a los padres que tuvieran más hijos, porque de lo contrario aquellas casas se convertirían en una ratonera de viejos. Y no se equivocaba, desde luego: cuando pasó aquello, la ciudad, las casas, el bosque…, todo era un establo de gente mayor y de gente cansada.

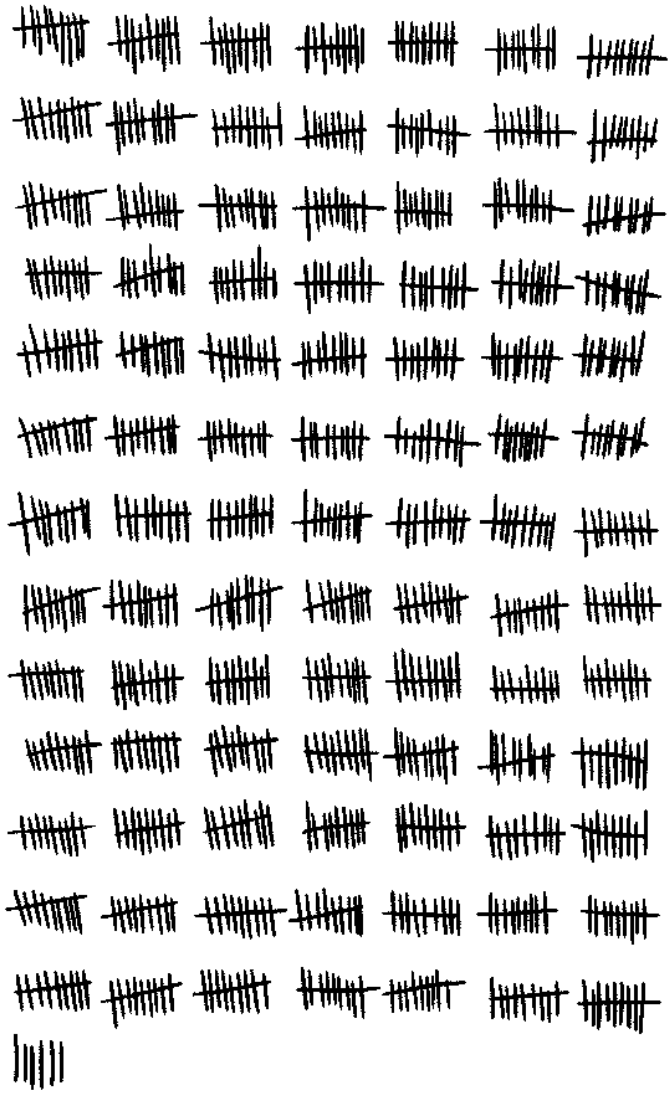
LA FERTILIDAD

No costaba entender qué insinuaba el hombre religioso que nos bendecía y nos confesaba. Tenía una frase que decirnos según lo que temiera que podíamos hacer. Si pensaba que desde ese rincón del mundo podíamos sublevarnos, nos decía: «El malvado recibe sobornos en secreto: intentará violentar el curso del agua». Y si sospechaba que uno de nosotros podía prender la chispa, sentenciaba: «Más vale toparse con una osa separada de su cría que con un loco en pleno delirio». Y si lo que temía era un descontrol espontáneo, recurría a la emergencia: «Arraiga en el mal y no te mantendrás firme; la raíz de los justos nunca será arrancada». Todos le creían, y esperaban su llegada cuando la nieve se fundía, o cuando la lluvia dejaba de perlar los tejados, o cuando el sol volvía a reinar. Me costaba entender por qué confiaban en él ciegamente, por qué volvía una y otra vez con aquella cantinela, «esta tierra se apellida *Oportunidad*», aunque nadie la hubiese conocido nunca. Antes de marcharse, nos recordaba: «No olvidéis que existe una sola imagen. No hay más. Fotografiar es peligroso». Yo imaginaba, claro está, que se refería a la que teníamos colgada en el comedor. Porque, por entonces, no había visto otra.

En la habitación releo cartas de Boris. Preferiría poder hacer como mi madre y cocinar, limpiar, barrer, abrillantar, pulir. Mover el cuerpo para no encontrármelo. Matar el tiempo. Matar la rabia. Releo las cartas de Boris e intuyo que él no vive las cosas como las vivo yo. Quizá porque no tiene a nadie más a quién querer aparte de él mismo, quizá porque le inquietan cuestiones que nada tienen que ver conmigo, ni con él, sino con el mundo. Nunca se ha sentido parte de este nosotros en el que me han rasgado y en el que la desdicha parece pegarse como el olor del ajo a los dedos. No sé quiénes somos este nosotros, pero llevo toda la vida arañándolo y me siento parte de él, ciegamente: los bastardos. Los contrahechos. Los enfermos. Demoníacos. Comerrabos. Enculados. Más tarde, he entendido que esta desdicha no es nuestra. Que es un gesto de fuera el que nos la impone: que cuando me encerraba en el cuarto de los barreños y la hilera de panes crudos, cuando entornaba las puertas para que se hiciera oscuro y se acabase el día, no me encarcelaba porque estuviera triste, sino porque ellos querían que yo estuviese triste. Y no es lo mismo. Que me escondiera en todas partes, como si no viviera del todo dentro de mí mismo. Y yo obedecía: y me subía por las fosas nasales el olor del salvado crudo y las carnes en adobo. Y el silencio: ese amor cuyo nombre no osaba decir.

EL CASTIGO

Y cuando Boris me escribía hablando de algo más que de las fotos, decía que solo necesitaba el cuarto de las ratas y un país donde vivir. Y yo solía contestarle que entendía lo que decía del cuarto de las ratas: ¿dónde, si no, nos habríamos encontrado durante tanto tiempo? Pero lo que no entendía era lo que decía del país. Y él venga a insistir en que ya lo entendería algún día. Que si eres una rata no quieres vivir en una ratonera, ni en ese puto cuarto, me repetía, sino en el campo o a la sombra de un gallinero, para cascar los huevos y comértelos, gelatinosos. Imagínate a una rata con la boca goteando, amarilla y feliz. Ahora imagina una ratonera: un largo pasillo sin salida. ¿Lo entiendes? Y yo no lo entendía, porque Vita siempre atrapaba a las ratas que se le comían los huevos y las colgaba delante de la puerta para que las demás ratas las viesen muertas y les diese miedo entrar y zamparse los huevos. Y cuando encontraba alguna serpiente la cortaba en trocitos y hacía guirnaldas que tendía sobre la cerca. Y si nos pasaba lo mismo a nosotros, ¿qué? Boris, ¿y si había una Vita en ese país imaginario?



Me repetía, en voz baja, «día novecientos dieciséis».

Boris:

Si me lo pides, no te escribiré más y dejaré de dar rienda suelta a mi sentimiento. A menudo pienso que me desahogo demasiado, cuando te escribo, o que me expongo más de la cuenta, y que no te toca a ti leer estas cartas. Bueno, hasta aquí.

Hoy he subido a visitarlo de nuevo, antes de nuestra cita en el cuarto de las ratas. He cogido el camino de siempre, he caminado por el bosque de siempre, he visto los árboles de siempre. He sido el mismo de siempre. Pero el relámpago es más rápido que la vista. Y el olor es más rápido que el trueno. Una pestilencia oscura: a huevo agrio, al chiquero de los cerdos, a cuando mi madre venía de trabajar en la Fábrica y el hedor entraba en casa de forma permanente, y ya podías abrir puertas y ventanas que no había manera de expulsarlo. Como una nube, avanzaba hacia mí Y he dejado de seguir el camino para seguir ese olor, una pista. De lejos, he visto una masa carnosa, sin apenas forma, amarrada al árbol. No lo he reconocido. Me he acercado. Había ropa hecha jirones alrededor. Según me acercaba, he identificado unos puntos blancos que eran los huesos. Tenía dentelladas por todas partes: la carne, desgarradísima. Me he acercado aún más, pero las moscas me daban asco y no quería que me tocaran con las patas manchadas de sangre y las trompas rezumando el líquido putrefacto. Tenía la cabeza caída sobre el pecho y me he agachado para buscarle la mirada: y no la he visto, porque le habían vaciado los ojos. ¿Habrán empezado por ahí, devorando las partes más tiernas y gelatinosas del cuerpo? ¿O habrá visto cómo los bichitos le iban deshilachando la carne y se iba desangrando lentamente?

Es más: ¿quién se lo habrá comido? ¿Los jabalíes? ¿El oso que vaga hambriento después de la hibernación? ¿Los lobos? ¿O una manada de mapaches violentos con los dientes pequeños como la sierra de un cuchillo de pan? Los lobos, los lobos. ¡El lobo! ¿Tú crees, Boris, que quizá fue el lobo que vi el otro día el que lo devoró entero? ¿Ese que me sostuvo la mirada un buen rato en el jardín, que vino hasta mí, y no había tocado una gallina, ni una vaca, ni nada? ¿Era él, que lo estaba esperando? Un lobo que solo come carne así, que sea dura y fibrosa, nervuda, difícil de masticar; que cueste separarla del hueso, y seguro que cada mordisco es un desgarro tremendo que lacera la carne, y ya oigo sus gritos, Boris, ¡ya los oigo! Y me coge un no sé qué desde la cabeza que me baja por el espinazo y me llega a los dedos de los pies

y me llena de una savia humana, Boris, una savia que pocos deben de conocer, verde y espesa y primigenia, más líquida que la sangre, más rápida y brillante, brillante, más brillante que la sangre. ¡El lobo!

Está listo, se acabó. Adiós para siempre, cabeza rapada. ¿Hueles la buena suerte? Hemos cambiado el rumbo de los acontecimientos, ¿y para qué b hemos hecho, si no para cambiar el rumbo de nuestro destino, conjunto e inseparable, Boris? De pronto, nuestra soledad, que se había convertido en un aguijón físico contra nosotros, que había hecho enfermar este vivir yo conmigo mismo y tú contigo mismo, de pronto duele menos. Y es esta savia de la que te hablo. Es esta luz que ahora nos corre por las venas. Es este salto vertical hacia b abierto, hacia b celestial que hay en b tierra, en el bosque. ¿Qué vendrá después? ¿Qué nos espera ahora?

Me ha encantado el rato que hemos pasado en el cuarto de las ratas. Te echaba mucho de menos. Guardo el sobre que me has dado como un tesoro, una reliquia: gracias.

¡Te abrazo tanto, Boris!

(Se me eriza el vello de frío y de dolor cuando pronuncio tu nombre: Boris).

Tuyo.

Nos hemos visto en el cuarto del segundo piso, el de las ratas. Han pasado semanas desde la última vez que nos vimos. Hasta hoy, solo cartas. Y ha llegado sudado y polvoriento, caminando desde la ciudad por los atajos del bosque. Lo llamamos el cuarto de las ratas porque la primera vez que entramos, poco después de que la casa se quedara vacía, había unas ratas con los ojos rojos y la espalda pelada que se habían enredado las colas y chillaban. Cuando entramos en el cuarto, se quedaron petrificadas, haciéndose las muertas. De las cuatro casas alineadas en el valle, contra el mundo, solo había una realmente grande, con amplios ventanales y terrazas donde ponían jaulas con pájaros de colores que desaparecían al llegar el invierno. La casa azul. Desde la ventana de mis padres los veía, gorjeando y moviendo las alas cuando hacía calor: con el pico rojo y afilado. Ahora los techos dorados se oxidan de viejos, con candelabros entretejidos de telarañas, y bajo el polvo se esconden los muebles lacados de oro satinado.

EL UNIFORME

Desde entonces vivir se convirtió en sobrevivir, que es la peor forma de estar vivo. Y amar, para mí, en saber estabilizar un deseo irrealizable. Empezamos a acumular en los jardines listones y planchas de madera, retales de uralita que ahora hacen de puerta de las jaulas, e hicimos con nuestros muertos lo que la fuerza nos permitía. Por moneda, la palabra: abrir la mano y que no te la agujereen. Las visitas de forasteros se redujeron a los envíos y las pensiones, que repartían los cabezas rapadas. Pero a veces también venían unos hombres que vestían de gris oscuro en vez de verde, para que no los confundiéramos, y cogían lo que teníamos a mano para estudiarlo. Decían: «Esto es ciencia», y veíamos cómo se llevaban una lechuga, unos cuantos huevos, una garrafa de agua del riachuelo, bolsas que llenaban de aire. Decían: «Tenemos un equipo especial», y nosotros los dejábamos hacer sin preguntarnos si les creíamos o no.

Cuando nos hemos encontrado, hemos fumado y no hemos hablado demasiado. Boris ha abierto su destilado y ha bebido, me ha ofrecido y le he dicho que no. Cada vez que nos vemos, la botella es más sencilla y el alcohol más peleón: lo noto por el gusto amargo de su boca. Él pensaba en silencio y yo lo miraba. He querido preguntarle cómo ha estado desde que nos vimos, pero no lo he hecho. De lo que nos escribimos por carta no hablamos, pero de todas formas me ha dolido que no me haya dicho nada del cabeza rapada, de lo que había hecho por él, de mi esfuerzo. Y más ahora, que venía de verlo y de comprobar que estaba muerto. Discutir con Boris es a menudo la única manera de arrancarle alguna palabra —solo una palabra, Boris, por favor, una única palabra—, pero hoy no me he visto con fuerzas. Callar: su manera de huir. En el cuarto de las ratas siguen puestas las cortinas que colocaron los dueños de la casa, de terciopelo granate, ahora grisáceo, cubiertas de ceniza. No nos hemos dicho nada, solo hemos estado juntos y yo lo he abrazado y luego él me ha dado besos de esos que suele dar él, tan fuertes que casi me atragantan. Se ha quitado la camiseta y yo la mía, porque nunca nos quitamos la ropa el uno al otro, y le he cogido los brazos, que son fuertes, no como los míos, pero con unos granitos rojos en la parte de atrás que me gusta acariciar; y le he besado el vello, que es escaso, y eso a mí me gusta. Me coge del pelo con mucha fuerza, y cuando me agarra pienso en cómo folian los animales, porque también lo hacen así, con este vigor y sin hablarse, y cuando se miran a los ojos los abren tanto que parece que se comuniquen con la mirada. Porque si una rata nos viera, a Boris y a mí, pensaría que somos dos animales jóvenes que están aprendiendo a trotar, que cuando se encuentran no quieren decirse nada porque solo quieren tocarse y tocarse, y golpearse, torpes, y bramar grave, como fieras.

LA CONTINUIDAD

Que mi madre hubiese trabajado en la Fábrica. Que mi padre hubiese bebido siempre, con la muerte en el culo de cada botella. Que la casa en la que vivíamos fuera una pila de maderas, planchas de hierro y amianto, polvo y pelos de animal salvaje. Que la montaña separase mi calle de la ciudad, donde existía otra vida más ancha. Que unos metros más allá estuviese la casa azul, limpia y grande, pero con la puerta siempre, siempre, unas casas más allá. Que comer significara pescar, y sacrificar, y cosechar, y plantar, y cosechar, y volver a plantar. Una y otra vez. Que mi cuerpo no alcanzara nunca la posibilidad de cumplir el deber de los demás, ni el deber que me imponía a mí mismo como un castigo. Que yo fuera otro plato a la mesa, y donde comen dos no comen tres. Hasta mi respiración era agresiva por las cosas que me hacían ser de una manera concreta. Pero hay hechos que no se pueden cambiar. Y esos hechos yo no los podía cambiar: ser pobre me equiparaba al resto de los pobres, pero vivir estas cosas me distinguía de los de la ciudad y de los que había más allá de las Rocosas, y de los otros chicos que vivían en todos los países del mundo que entonces podía imaginar.

Tampoco nos quitamos el polvo el uno al otro, al acabar. Porque, cuando acabamos, estamos los dos llenos de polvo, con el sudor que lo disuelve y escuece al escurrirse por los arañazos de la espalda. A veces me asusta esta forma suya de quererme. Tan bestia, él, y yo, que me limito a dejarme llevar por lo que me hace, por cómo me coge con los brazos, cómo me balancea, me sube, me baja, me gira de espaldas y me pone de cara. Los dos sudados y en silencio. Debemos tener cuidado con los cristales rotos que hay en el suelo y nos tapamos rápidamente porque el frío se cuela por las ventanas, que ya no cierran. Después volvemos a fumar y nos decimos pocas palabras. Me ha contado que en el bloque donde vive ya solo quedan cuatro personas; y que, aunque haya pasado tanto tiempo, hay gente que sigue marchándose. Y que, aunque haya pasado tanto tiempo, siempre hay alguien que vuelve. Hemos oído el chirriar de una puerta y unos pasos que avanzaban por los escalones. Alguien hablando. Estaba oscuro. Nos hemos acurrucado en un rincón, al lado de un cofre rojo y dorado. La puerta se ha abierto despacio: los pasos de alguien entrando. Y yo con los ojos cerrados, murmurando a dios en voz baja, ahora, tan cerca y tan lejos de casa.

LAS ONDAS

Cuando el ruido se ensuciaba y las voces se embarullaban, mi madre soltaba un suspiro de cansancio. Y yo le decía que no se desesperara, que teníamos que seguir intentándolo. Los dos sentados alrededor de la mesa, sin luz, cuando ya se había hecho de noche y el frío entraba por debajo de la puerta. La había encontrado mientras registraba las primeras casas vacías —eso es lo que le había dicho a mi madre—. La había sacado de la casa azul, la primera vez que Boris y yo nos vimos allí a escondidas. Él se había llevado las latas y los frascos de cristal, y también algunos utensilios de la cocina. Yo me llevé la radio a casa. Era muy pequeña, solo ocupaba media mesa, y mi madre se sorprendió porque decía que, de niña, cuando sus padres la llevaban a la taberna, las radios eran como armarios, como colchones apoyados contra la pared. La poníamos por la noche. A veces alcanzábamos a oír unas voces claras, pero no las entendíamos porque hablaban en la otra lengua. Y a mí me extrañaba porque a mi madre le cambiaba la cara después de escuchar la radio, como si entendiera lo que decían. Y venía al día siguiente y me decía: «Volvamos a probar». Y lo intentábamos de nuevo. Y a mí me gustaba encenderla y buscar las voces, porque era de las pocas actividades que hacíamos juntos, pero no comprendía por qué se empeñaba en intentarlo cada noche. Cuando me iba a dormir, soñaba que lo hacía para estar más rato conmigo, y que eso la alegraba. Más adelante la radio dejó de funcionar y la quemamos una noche de ese invierno.

Un hombre esmirriado, andrajoso, se le marcaban las costillas bajo la piel escamada, como si estuvieran a punto de perforarla, y hablaba solo, loco perdido, como si conversara con otra persona; y también respondía por su interlocutor, con una voz más aguda: ora se enfadaba, ora reía, ora le gritaba con los ojos grandes, y entonces nos ha visto en la esquina, medio vestidos. Primero ha sentido vergüenza. Y yo me he reído por dentro porque era él quien se había sentido atrapado y no nosotros. Pero luego ha montado en cólera y ha transformado la vergüenza en rabia, ha abierto los ojos como los abría cuando se cabreaba con el colega inexistente y ha arrugado la frente. Yo he seguido rezando con los labios y he confiado en que Boris se moviera. Me encomendaba a él, como si de él dependiera mi vida, pellizcándole los brazos para no gritar. Pero Boris guardaba silencio. Boris, Boris, Boris, di algo, yo qué sé, lo que sea, pero hazlo. Y el hombre se iba haciendo grande, nos gritaba más aún y nos llamaba putas y bastardas, decía que nos quemaría vivos porque éramos contagiosos y estábamos enfermos, que teníamos el cerebro podrido, y que nos mataría. Yo rumiaba. Boris guardaba silencio. El hombre se nos ha acercado. Me he levantado y he ido hacia él despacio. Le he estrellado la botella de aguardiente en la cabeza, tan fuerte que se ha oído cómo le resquebrajaba el cráneo. Y he pensado en la rama gruesa de un árbol cuando se parte.

EL PROGRESO

Mi padre me llevó al bosque. Hacía días que no se afeitaba, y cuando lo veía así siempre me parecía un poco loco, porque intuía su cansancio y las ganas de beber bajo los ojos. Antes de irnos me dijo que cogiera mi dinero, que me enseñaría un secreto que nadie más sabía. Yo llevaba lo que había ahorrado de cuando cuidaba el jardín de los dueños de la casa azul, un hatillo que cargaba entre las manos y asía con fuerza para que no se me resbalara. El bosque entonces era para mí un verdor impenetrable que me daba miedo porque era un riesgo, y un pozo, y se me helaba la soledad en medio de la naturaleza, y era tan frondosa que siempre temía que me engullera y me disolviera, y que luego no quedara nada de mí. Aparté una mano del hatillo para cogerme a mi padre. Me aferraba a su camiseta y tiraba de ella. Llegamos a un lugar umbrío, lejos de casa. Él cavó un agujero no demasiado hondo con las manos. Siempre llevaba las uñas un poco largas y sucias. Sus manos servían para cavar, y para agujerear, y para faenar como hacen los hombres. Me dijo: «Te explicaré cómo hacer crecer la planta del dinero».

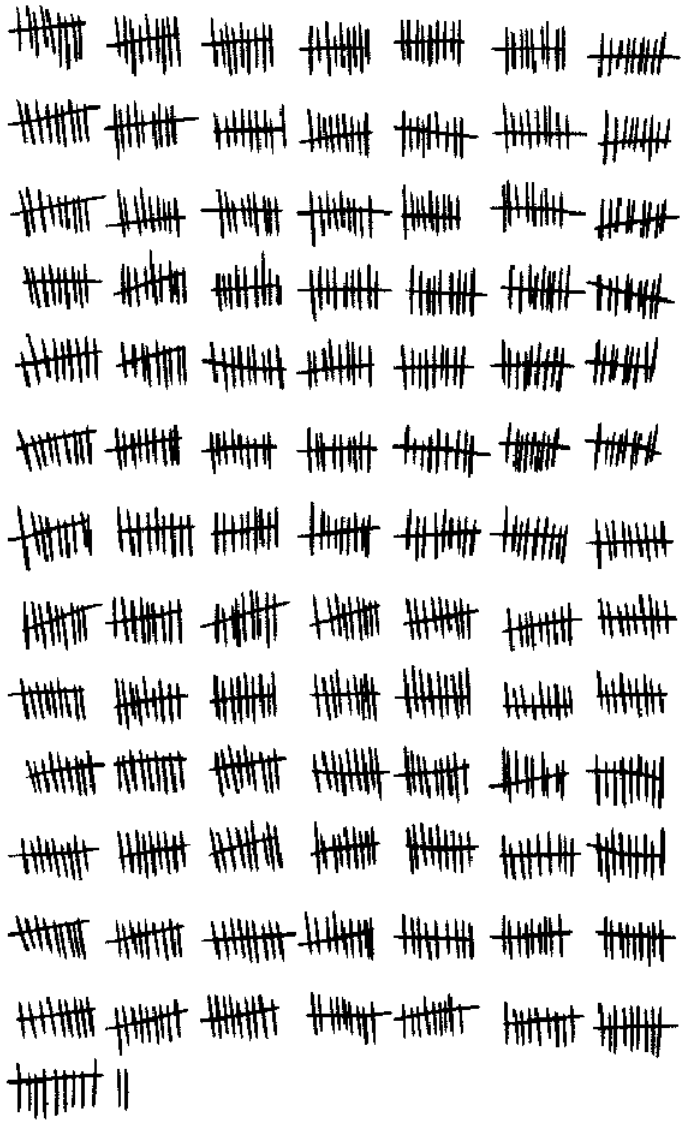
El ruido del hueso al ser aplastado: una huella sobre la nieve en nuestra soledad, el crujido; y el fuego, después, crepitando en la hoguera, el tronco que se contrae con la llamarada y rechina. Ni un ay ha soltado el trapero. Ni una señal de miedo segundos antes, ni una muestra de dolor en el momento del golpe, ni una última palabra justo después. Se ha desplomado en el suelo verticalmente, en caída libre. Y su cuerpo pesaba tan poco que no ha hecho ningún ruido al derrumbarse. Boris se ha quedado helado. Se ha levantado y me ha cogido del brazo. Hemos salido a paso lento porque ambos hemos comprendido que nunca más volveremos al cuarto de las ratas. Hemos bajado por la escalera, de mármol blanco y cubierta por una alfombra hecha jirones que resbalaba a causa del polvillo, y antes de salir por la ventana de la cocina Boris me ha dado un sobre. Que lo abriera en casa. Nos hemos despedido con la mirada, sin saber cuándo volveremos a vernos. Él ha pisado un cristal y hemos sonreído a la vez, porque ha sonado exactamente igual que el cráneo reventado del hombre.

LOS FRUTOS

Me dijo: «Dame el dinero». Y yo se lo di. Dejó el hatillo en el fondo del agujero y volvió a taparlo. Olía a hierba, a humedad y a lombrices. Me dijo: «Recuerda dónde lo hemos plantado». Miré alrededor, buscando una referencia para orientarme, y conté los árboles, me fijé en las rocas, en el suelo alfombrado de hojas podridas, en las copas, y me puse nervioso porque pensé que no sabría volver allí. Me dijo: «Dentro de un par de semanas, cuando vengas, habrá brotado la planta del dinero». Aquellos días soñé con la planta. Era como una esparraguera pero más gruesa, de la que colgaban monedas; y cuando la moneda crecía, el tallo cedía, se doblaba y se hundía entre las otras hojas delgadas. Volví al bosque. Con miedo, pero convencido de que me esperaba el doble, el triple de las monedas que habíamos plantado, cientos de monedas brillando, goteando de las ramas del arbusto, como el agua. Encontré un agujero. No quedaba más que el trapo, al fondo, desanudado y sucio.

Nada más llegar, he subido a la habitación de mi madre, el único lugar de la casa desde el que se puede contemplar. He visto uno de los loros, verde lima y magenta, con la cola imperial y los ojos grandes. Pero no: un mosquitero haciendo el nido en el canalón de desagüe e incluso un rosal silvestre que sobrevive entre helechos y matorrales, que justo empieza a florecer —cómo estallan los árboles en flores cuando saben que van a morir—. En los muros solo hay hiedra seca. Con el sobre en las manos, he pensado en los dueños de la casa, que se marcharon a toda prisa. Entonces la casa azul ya tenía las cornisas oscuras y el jardín descuidado. Ya no me encargaban que lo cuidara. No habían tenido hijos. Y la mujer, además de triste, parecía cansada de aguantar a los padres de él, las visitas indiferentes de los desconocidos y de tener que sonreír siempre delante de los demás. Y más tarde sin los loros, mirando hacia el jardín como si quisiera resucitar las plantas con la mirada. Y, ahora, la casa hecha trizas, llena de ratas y con la cabeza del hombre aquel goteando sangre. He abierto el sobre.

He abierto el sobre. Hay varias fotos de Boris. ¿Cuándo había ido hasta el mar? ¿Y cómo, con quién? ¿Por qué no me lo había dicho? ¿Qué eran esas rocas, y esa agua que las salpicaba? Sabría decir dónde se tomaron algunas de esas fotos. Y otras las había hecho conmigo: una en el jardín de la casa azul, desde la ventana de la cocina por la que entramos; un animalito atropellado en la cuneta, sin enterrar. Y del cielo, cuántas del cielo, de nubes deshilachadas, de estrellas y del sol desplomándose en el suelo. Y muchas más. Muchas. Las cojo con cuidado porque hay una parte de mí que sabe, desde el instante en que me ha mirado a los ojos y me ha dicho: «Ten», que me estaba ofreciendo un regalo envenenado, como si en vez de fotos el sobre contuviera hojas de afeitar. También su memoria a punto de explotarme en las manos: ¿y qué haría yo con tanta sangre desconocida? Porque él tiene su recuerdo y yo el mío, y juntos no tenemos nada. Boris y yo solo compartimos una declaración: la que dice que nos contamos la vida por carta, nos encontramos en la casa azul y nos queremos como animales. Decidimos qué es importante y el resto se queda fuera. Ni un recuerdo.



Me repetía, en voz baja, «día novecientos veintidós»:

Querido Boris:

¿Cómo estás? Yo bien, pero pienso a todas horas en el momento que tendré para escribirte y poder contarte qué hago y cómo me va todo. Y hoy, por ejemplo, es martes, pero parece que haga una semana que fue domingo, y no. Mi madre dice «anteayer» y yo pienso ay, no puede ser que anteayer fuese domingo, pero sí que lo fue, y el tiempo se me pasa así, como un mapa sin coordenadas. Y a tantos desconciertos y malentendidos del cerebro se suman otros, y de pronto he empezado a confundir hasta el absurdo dos palabras: tú y yo. Y eso, ya lo sé, viene de andar dándole vueltas a lo mismo todo el rato, y a lo mejor me vendría bien salir y trabajar en el huerto o bajar al río y bañarme, y no obsesionarme siempre con las mismas cosas. Pero no sé hacerlo de otra forma.

Te diré que hoy he vuelto a ver al lobo, tumbado en el jardín, tranquilo. Plateaba bajo la luz de la luna que enfocaba la hierba, más tierna que nunca, pero que al mismo tiempo parecía una alfombra de alfileres brillantes tendida sobre el terreno. Sus ojos eran de cristal y yo me veía, convexo, reflejado en su iris: la cabeza inmensa y el cuerpo alargado y curvo. Y no estaba solo: lo acompañaba un cordero blando, suave, que descansaba la cabeza en su vientre. Hay corderos en el bosque, Boris, se habrán escapado de alguna granja y han llegado hasta aquí. El lobo sacaba la lengua y se la restregaba al cordero por la frente, le lamía los ojos y le limpiaba las legañas, y luego le repasaba las orejas y se oía un sonido como de vacío cuando se la metía por dentro. Y entonces el lobo cerraba los ojos y repetía con la otra oreja.

El cordero respiraba despacio, el vientre le subía y bajaba a un ritmo estable que se ha alargado durante las horas que los he estado mirando. Solo en algunos momentos se movía el lobo, y el cordero lo entendía, porque se levantaba primero y el lobo se enroscaba sobre sí mismo buscándose la cola, y después de tres o cuatro vueltas volvía a acostarse. El cordero, mientras tanto, lo miraba impasible, y cuando el lobo volvía a tumbarse, se dejaba caer de nuevo sobre su pecho; como si le dijera: firma mi muerte con tus dientes.

Mañana te escribo más. Te pienso, Boris. (A ti te quiso tu nombre, ¡y tú lo escogiste!).

He encendido la luz. Sobre la mesa, polvo. He aprovechado la oscuridad para escribir a Boris y contarle que he visto al lobo y al cordero abrazándose: cómo se lamían y se miraban a los ojos, y se reconocían la mirada mutuamente. Cómo se sabían el nombre el uno del otro. Él no sabe que es mentira, que me lo he inventado todo. No era un lobo, ni tan siquiera su sombra: solo quería hablarle de nosotros dos. De cómo lo quiero. Ya tengo ganas de que nos vayamos, como me prometió hace mucho tiempo.

Es un trozo de cielo, lo que me ha caído encima. El ruido de una cremallera en altavoz. Dos mil cremalleras corriendo a la vez. Y los gritos de mi madre, avisándome: contra todo pronóstico, los últimos tanques se van, y ha llovido toda la tarde. Hemos subido a su habitación y desde allí, asomados a la ventana, los hemos visto en fila, blindados y gruesos, con una boca alargada que no abrían pero que podrían abrir, y se arrastraban como orugas dejando atrás las últimas casas. No rezumaban ningún rastro visible: ninguna baba que se apergaminara sobre el asfalto, solo una sensación de amplitud entre los pulmones. Nadie lo oía, pero celebrábamos a gritos la partida de esos cuatro tanques que se iban ordenadamente hacia un lugar incierto, más allá del bosque y la ciudad. Hemos mirado al cielo y hemos dado las gracias en silencio, luego hemos mirado la tierra y nos hemos despedido de ellos con las manos inmóviles. Esa huida ha sido como arrancarse una costra. Y cuando hemos perdido de vista el último tanque, nos la hemos rascado con furia hasta hacernos sangre en las piernas. Ojalá volviera así, con esta fuerza, la vida de antes. Mi madre ha llorado y yo he sabido que no era solo de alegría, que también le apenaba decir un adiós tan pequeño al hombre rapado que ella creía que se marchaba, sin dolor ni recuerdos. He sonreído, observándola de reojo, contento. No hemos aprendido gran cosa, durante este tiempo; tampoco hemos entendido nada. ¿Quién nos traerá las cartas ahora?

II

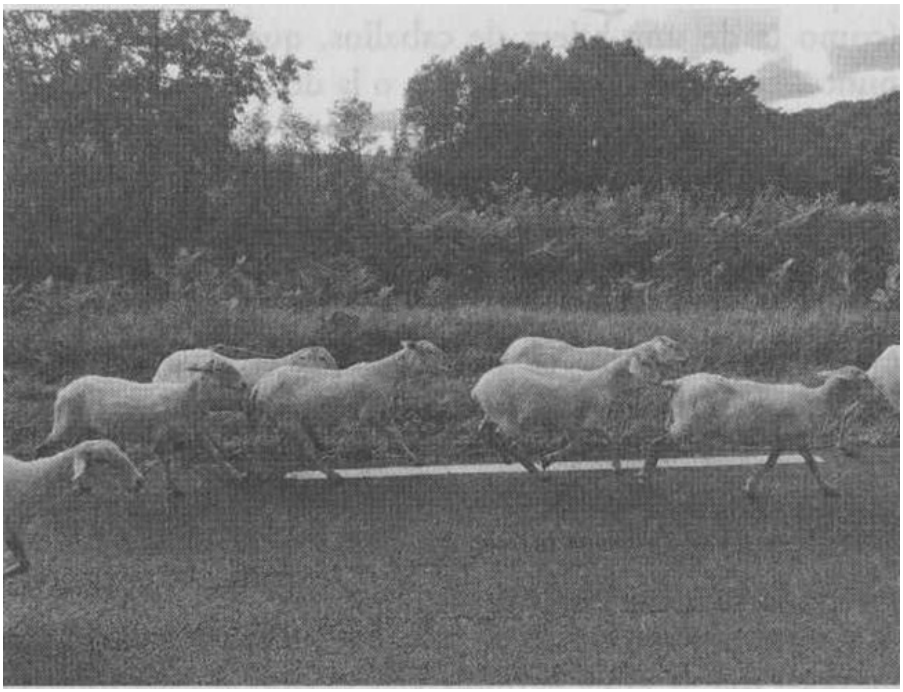
Nadie puede sustituir a nadie.

FIONA APPLE

LOS ANZUELOS

Dejé las fotos en el sobre y lo guardé doblado en el bolsillo. Quizá para presentarme como íntimo y cercano lo que me era extraño, en los momentos de nostalgia (como la de una hilera de caballos, que no había visto nunca, comiendo calladamente; o la de las ovejas corriendo carretera abajo, sin rumbo); tal vez para presentarme como exótico y lejano lo que me era familiar, en los momentos de duda (los jardines descuidados; mi cuerpo sobre una roca, mirando al cielo; los árboles que caen en el bosque cuando el viento se anima). Boris había grabado esas imágenes contra los deseos de la gente y yo las llevaba conmigo porque eran, al mismo tiempo, un trozo de biografía inacabada. Y porque una foto siempre apunta que luego vendrá otra, y luego otra, y otra más; y eso es lo que yo necesitaba repetirme: que nada se había acabado. Por vanidad, por sentimentalismo o por no olvidar mi odio: no sé si quería conservarlas por miedo a la desmemoria o para no dejar que la rabia se nublara. Y es que, si cada foto era una historia, su acumulación era lo más parecido a la experiencia del recuerdo, una historia sin final. De vez en cuando, hundía las manos en el bolsillo y las acariciaba con los dedos. Aquí hay algunas:

LA HUIDA



Es un trozo de techo, lo que me ha caído encima. Un fragmento de cielo raso que se ha descolgado, húmedo y blando, de este viejo piso lleno de goteras, y se me ha desplomado sobre la cara, esparciendo el polvillo blanco y el yeso deshecho sobre la cama. Me he despertado sin saber dónde estaba, desorientado a causa del golpe, que era lo más parecido a estamparme contra una pared sin manos. Boris se ha despertado con mi grito y me ha pedido que me callara, que a qué venían esos gritos. Preparo café para los dos mientras él se vuelve a dormir. Por la ventana, desde esta altura, se ve el monte por la parte que vaciaron, que ya se va amalgamando con el resto, aunque todavía queda su rastro, porque no hay árboles de tronco grueso ni el verdor de las copas que se ve desde casa de mi madre. Una ciudad que no es nada. Me rodean edificios altos, revestidos de cristal, mirándose y señalándose entre sí, acusándose, y con fisuras, espejos rotos que multiplican los otros espejos y proyectan la luz hacia esta ventana nuestra. Como si los edificios estuvieran allí solo para iluminarnos, para alimentar nuestra pasión animal, ahora enraizada en la ciudad. El aire que grita. Una ciudad que no es ninguna parte.

EL MURMULLO

Todo el mundo quiere ser feliz. Todo el mundo quiere ser feliz. Todo el mundo quiere ser feliz. Y hay quien se lo dice al espejo, sosteniéndose la mirada, y hay quien tal vez cruza los dedos para que no le pase nada malo o reza para que no le venga ninguna tristeza. A eso daba yo vueltas sin parar, como un mantra fútil para no dejar la bolsa en el suelo, dar media vuelta y volver a casa. Había metido dentro un par de calcetines, las pocas camisetas que tenía, la navajita de mi padre y un anillo que mi madre me había regalado de pequeño. El verde ya quedaba lejos, verde oscuro, verde negro, verde blanco de la niebla y verde gris de la noche que daba paso a la madrugada, y verde amarillo de la primera luz del día que empezaba a salir. Y yo me repetía todo esto, y a ratos no tenía que repetírmelo porque me sentía seguro como un pájaro que migra, sin miedo, que no siente nostalgia, ni pena, ni nada, porque lo que hace es profundamente instintivo, una huida sin plan alguno. Y en otros momentos tenía que volver a repetírmelo, y me decía «la felicidad es…», y luego no, luego un convencimiento primitivo y animal que me empujaba hacia otro lugar, sin mirar atrás, en busca de otro verde que lo tiñera todo.

Boris toma el café como absorto en una idea superior y yo lo miro recién levantado. Los pelos como alambres por los que corre la luz. No me acostumbro a verlo así, medio dormido, ni a acostarme con él por las noches y no dormir solo; pero me gusta ir a la cama acompañado, cogerme a él y luego desasirme, medir la distancia que nos separa en la oscuridad y saber que hay alguien más en la habitación. Sí que me gustaría explicarle en voz alta lo que me pasa en voz baja por dentro, pero me conformo con mirarlo y escucharlo cuando explica cuáles son los siguientes pasos. Ha dejado la taza y se ha asomado a la ventana, y lo he seguido. Ante nosotros, este agujero donde estamos, inexcavado, que antes llamábamos civilización: ahora sin nadie. El recuerdo no es, en el fondo, distinto de una ciudad. Y a ratos no sé si echo de menos el jardín, el río, los animales, las maderas, la vaca y la hermana de Vita tocándola, el paisaje verde y oscuro desde las ventanas, las casas viejas desmoronándose…, no, no, mentira, mentira. Mentiras.

LA INVASIÓN

También controlaba la parte de camino que iba dejando atrás y me prometía que, cuando quedara menos trecho de carretera para llegar que trecho de carretera para volver a casa, no me permitiría dudas, ni vacilaciones, ni nostalgias. La calzada se empequeñecía y luego se ensanchaba, solo veía los dos metros que tenía delante —a ratos más estrechos, a ratos más amplios— y me entretenía recorriendo con la mirada su anchura, que iba mutando. Y mientras tanto pensaba que, si hace unos años, con mi padre todavía vivo, las casas bien pintadas, la ciudad llena y la hermana de Vita encerrada en casa, si hace unos años me hubiesen dicho que me vería así, deambulando en plena noche, habría pensado que el cerebro, maldita sea, que el cerebro tenía un ejército de diminutos aliens en una recámara y que salían para construirme la vida más difícil. Y que esos extraterrestres microscópicos, con unas agujas casi invisibles también, como una araña dentro del cráneo devorándome los centros nerviosos, me habían taladrado el cerebro para que pensara chaladuras tristes y solitarias, como por ejemplo que una noche, dentro de muchos años, me descubriré en una ciudad desierta yendo a un piso que no recuerdo dónde queda; y que la ciudad se me presentará desnuda y muerta. Y al levantar la cabeza tenía cientos de rascacielos delante, y no sabía dónde estaba ni por dónde empezar a buscar.

Después del café y de recogerlo todo, con las bolsas colgadas de la espalda y los brazos, lo he seguido y hemos dejado atrás el piso, el bloque y la ciudad. Hemos subido hasta la cima del monte, y entonces he contemplado el mismo paisaje que había visto con mi madre años atrás, cuando descubrimos a escondidas cómo enterraban tierra dentro de la tierra, el mismo paisaje que había visto no hace tantas semanas, en lo alto del cerro, mirando hacia la ciudad y las casas del otro lado. Y, más al norte, las Rocosas, y algunas minas destripándolas, como si hubiesen robado la vida a esas montañas tan altas y puntiagudas. Desde aquí, con Boris a mi lado, un horizonte es una estepa brillante, azulada y maquínica; y el otro horizonte un verde salvaje y descontrolado. ¿Por dónde empezar? Si callamos y abrimos bien los ojos, alcanzaremos a oír el ruido que se esconde bajo el silencio de la ciudad dormida, y también el latido de algunos animales que se escabullen entre la maleza. Por suerte, la mayoría de las cosas que vemos desde aquí nos sobrevivirán. Luego hemos emprendido el descenso y hemos pasado por la explanada donde el lobo devoró al cabeza rapada. Ni rastro. No le he dicho nada a Boris, y hemos seguido bajando hasta llegar a la verja del jardín de casa.

LA VOZ

Llamé a una puerta. Sin respuesta. Llamé a otra puerta. Sin respuesta. Llamé a otra puerta. Sin respuesta. Llamé a otra puerta. Sin respuesta. Me fui de ese bloque porque, poco a poco, empezaba a convencerme de que me había equivocado y entré en el bloque contiguo. Los portales de entrada al edificio estaban abiertos en todos los rascacielos, bien porque se habían roto, bien porque ya no había portales. Subí hasta la tercera planta y probé suerte, una vez más, en cada uno de los pisos. Sin respuesta. Sin respuesta. Y, a la tercera puerta, sin respuesta, pero un leve rechinar después de que llamara, alguien que se levantaba de la silla. Luego, unos pasos lentísimos. Después, el murmullo carnal de dos brazos que se movían y el ruido metálico de las llaves repicando. «Soy yo, Boris». Y, entonces, un vendaval que demolía la quietud, que rompía aquella tensión lenta y ensayada, y, finalmente, el abrir de la puerta rozando el suelo, rugoso y sucio, y la cara desencajada de Boris preguntándome qué hostias hacía yo allí.

Entrarnos por el jardín, saltando al otro lado de la verja oxidada. El huerto está seco. No están las gallinas ni el cerdo, solo la vaca, tranquila. Los caballones se deshacen y los tallos, deshidratados y oscuros, yacen sobre la tierra. El verdín cubre el estanque como un velo, y en la superficie hay zapateros que se mueven ágiles, y renacuajos: este charco de agua caliente como el origen del mundo. Boris me ha seguido: hace tiempo que no ve este jardín y he supuesto que no lo ha reconocido, tan descuidado. Un zorro pequeño, al vernos, ha corrido hacia la carretera principal, cruzando el camino enlosado que bordea la casa. He levantado los ojos del agua, donde me veía reflejado. Las malas hierbas nos llegan a los gemelos. Las moscas se han enjambrado alrededor de nuestros brazos. La mosquitera está abierta y el viento la golpea contra la puerta, con golpes secos que hacen rechinar la madera. Con cada topetazo, parece que la casa vaya a venirse abajo, dejando un vacío en este rinconcito triste de barracas amontonadas. Cuando he pisado los tablones gastados de la escalera, he oído a mi madre ordenando: «No saltes, que los vas a romper», y yo, de niño, dando saltos con los ojos serios y sosteniéndole la mirada, y ella acercándose despacio, y yo saltando todavía más fuerte: ella avanzando paso a paso, yo saltando cada vez con más rabia.

LA DEUDA

Me dijo que, antes que nada, pasaríamos por casa, porque a qué venía eso de huir sin decir nada, y que si uno tiene una madre es para decirle adiós cuando se marcha para siempre. Yo no me imaginaba que cruzar el bosque, el monte y la ciudad fantasma para presentarme en su piso implicaría tener que marcharnos al cabo de tres semanas. Seguía a Boris igual que había seguido, hace unos años, a los que me llamaban bastardo y malnacido; igual que, descarrilado, los acomodaba y me convertía en su diana, su lecho y la presa perfecta, un pajarito desplumado que tenían delante, con la piel fina. Sin victimismo ni penurias: era yo el que me entregaba, con una antorcha en la mano que nunca osaba arrojarles y un estuche con cuchillas en la otra que les ofrecía, dócil. Dijo: «Primero pasaremos por tu casa». Y yo lo seguí. Creía en él, tal como creía en el bosque, en la muerte de mi padre, en mi huerto y en el cuarto de las ratas. ¿Adónde? Dijo: «Primero pasaremos por tu casa». Y yo lo seguí.

La casa desprende un olor que no sabría identificar. La galería, desierta: gotelé blanco, las sillas de mimbre, los cojines raídos, los marcos rojos de las ventanas. La figurita de cerámica de una leona, sobre la mesa, con las dos patas de delante levantadas, rugiendo, me ha mirado con sus ojos de cristal, girando el cuello. Me he frotado los párpados para ver mejor y, cuando he vuelto a enfocarla, tenía la cabeza en su sitio, inmóvil. En su lomo se abre una ranura alargada y regular; dentro de ese corte, papeles y sobres acumulados —he leído la caligrafía de mi madre, la verticalidad de los palos que escribe para las letras cuando suben y bajan—. El calor de la estancia ha petrificado los muebles. Las persianas están bajadas, y por los diminutos rectángulos entran cuchillas de luz. Esta claridad concentrada ha sembrado el comedor de granitos de maíz. He doblado la manta que hay sobre el sofá, he ahuecado los cojines. Le he pedido a Boris que suba la persiana. El polvo cubre los trastos: ligero, un polvo nuevo, joven, que se ha depositado estos últimos días. He deslizado un dedo por la mesa y me ha quedado la yema cenicienta. Un polvo inocente. Como si la vida aún respirara en la casa que, de pronto, me ha resultado lejana. Y el polvo la vuelve aún más viva, y la casa espira y, con cada espiración, suelta un aliento que se acumula lentamente sobre las cosas. Pero esta casa todavía no añora: como si me estuviese esperando.

EL PUNZÓN

Se intuían los pezones duros bajo la ropa. Los picos congelados de dos montañas nevadas, muy altas, desconocidas: no la punta de nuestro humilde cerro, sino más bien la cima de un seis mil escarpado, con trozos de hielo deshaciéndose y desgajándose de la roca. Se intuían, puntiagudos, bajo la blusa blanca y parecían aún más frías y difíciles, esas cimas. A lo mejor me lo pareció porque estaba fría: tenía las mejillas frías, los brazos fríos, los párpados fríos. Me imaginaba a una persona que se había acostado sobre la nieve y se había dejado enterrar por los copos que seguían cayendo. Y hacía calor en la habitación antiquísima de Vita: entrar después en su casa había sido como trasladar nuestra existencia a otra vida ancestral, lejana. No tenía puertas, separaba las habitaciones con mantas colgadas de las paredes. No tenía camas, dormía sobre haces de paja que cubría con gruesas sábanas de esparto. No tenía fogones, cocinaba sobre el fuego que encendía cada mañana y apagaba cada noche, antes de acostarse. Hacía calor. El calor me mareaba. Y era su frío, el que emanaba del cuerpo tendido, lo que le solidificaba los pezones, dos diamantes que rayaban la tela queriendo escapar de la carne, rasgar la ropa y huir cielo arriba. Era mi madre la que estaba fría, y no la habitación, después de unos días muerta.

Hemos dejado atrás el comedor y hemos visto la escalera oscura, una gruta larguísima. No he querido subir: el mundo quedaba fuera. Hemos cruzado el pasillo y he abierto la puerta que da a la calle: hierbas altas, más allá del porche, y pámpanos grandes de plantas desconocidas con flores pequeñas de especies silvestres. Algunas amarillas, algunas blancas, algunas moradas. El zorro ha vuelto a escabullirse entre los matorrales. En el porche está la silla de mi madre, donde durante tantos años esperó a que mi padre llegara —incontables tardes en el mismo porche: una imagen que no se erosiona con el tiempo— y luego esperó al cabeza rapada, que nunca volvió —el bosque se lo había comido y no quedaba sino la cuerda reseca y pelada de aquella aventura que me enciende al recordarla—. Hemos bajado a la calle. El asfalto quema. Vita ha salido de su casa, me ha mirado con una cara extraña y, cuando ha visto que Boris venía detrás de mí, me ha clavado otra mirada distinta, de sospecha. Ha gritado: «¡Ven!».

LA EXTRANJERA

Pensaba: «Hoy ha muerto mi madre. O quizá ayer, no lo sé». Me lo dijo Vita: «Tu madre ha muerto». Pero eso no quería decir nada, claro. Pensaba: «Tal vez fue ayer. O tal vez ha sido hoy». Hacía calor. Ella tenía frío. Acostada en un catre en casa de Vita. Le toqué las mejillas, los párpados. Los tenía fríos y azules. La cara de un blanco enyesado, pintada con un poco de lila en los labios, un poco de azul en los párpados, un poco de gris debajo de los ojos. Un maniquí. Intenté recordar la última vez que me había visto. No lo sabía. Intenté recordar la última vez que la había visto. No lo sabía. Me inventé un instante. Trasladé un recuerdo y lo convertí en nuestro último encuentro: ella en el jardín, arrancando hierbas. No. Demasiado tiempo. Pero ¿cuándo la había visto, después de aquello? No lo sabía. ¿Primera noche de duelo? ¿Segunda noche de duelo? ¿Tercera noche de duelo? No lo sabía. ¿Cuarta noche de duelo? No lo sabía. Estaba entero, todavía. «Hoy no ha muerto mi madre. Hace días que murió. Quizá ayer. O anteayer, no lo sé. O quizá haga una semana. Hoy no ha muerto mi madre». El polvo fresco de la casa. Las hierbas altísimas del jardín. «Ayer no murió mi madre. Quizá haga una semana. O quizá dos. No lo sé». Me lo dijo Vita: «Tu madre ha muerto. Es cierto. Entra. ¿Qué demonios haces con él? Está dentro. Pasad». Yacía alargada detrás de la manta colgada que hacía de puerta. Mi madre. Y tenía los pezones duros del frío. Vita me dijo: «Ten, esto es para ti».

HIJO tengo derecho a decir cosas:

nací en silencio, sin gritar
viví en silencio allá donde iba, hablaba mal
primero donde nací, allí,
me dijeron «calla, no es así como tienes que hablar»
me corregían las palabras, me corregían las frases
me decían «insultos no, palabrotas no,
a los mayores no se les habla así»
yo les decía por lo menos hablo mi lengua materna
VUESTRA lengua
los engañaba para contentarlos:
les decía palabras que no entendía

luego, una vez aquí, me dijeron
«calla, hablas demasiado como ellos»
y señalaban con el dedo más allá de las Rocosas
me decían «esta palabra se dice así,
eso aquí no quiere decir nada»
me decían «esconde ese acento del infierno»
me decían «te lo digo porque quiero lo mejor para ti»
los engañaba para contentarlos:
les decía palabras que no entendía

cuando leas esto, habré muerto en silencio

he vivido toda la vida esperando un dios un milagro
no sé decirte gran cosa por si acaso: no lo esperes no llega
los recuerdos son balas solitarias en la noche
pero también pueden ser luz contra la sombra
crecí sin pensar que debía guardar para mí
todo aquello que estaba viviendo
más tarde, sin recuerdos, de algún modo dejé de vivir
intentaba hacer las cosas no para matar el tiempo:
quería hacerlas
decía «creo en esto, quiero hacer esto» LO HACÍA
intentaba hacerlo

y las hacía olvidando el resto: olvidaba olvidaba olvidaba

el legado de mi lengua: dolor
crecer hablando para que te digan que no,
y que no, y que no, y que no
huir de ella, después, y añorar el dolor añorar ¿qué cosa?
a mis padres, les diría:
me habéis dejado el legado de vuestro dolor
en silencio me escondía detrás de las palabras que no decía
desde el silencio escuchaba la indiferencia
con que los mayores hablaban de cosas indiferentes
aprendí a mirar fingiendo que escuchaba
los miraba no escuchaba

en casa hacer una casa y vivir dentro
mi casa la casa de tu padre
durante años he visto cómo los frutos se abrían en el jardín
cómo se pudrían y de ellos brotaba un nuevo árbol y,
en él, otro fruto
otro fruto que volvía a caer meloso y se abría,
y de él brotaba un nuevo árbol
y así han pasado los años la nieve el sol más nieve más sol
el sol la nieve más sol más nieve
mi vida ha sido una larga espera
nunca esperarás tanto como he esperado yo
esperé durante muchos años y no pasó nada
siempre el mismo porche
siempre el mismo bosque
ahora verde, ahora amarillo, ahora marrón, ahora nada
esperando toda la vida a un hombre
lo mismo: toda la vida esperando una idea
lo mismo: toda la vida esperando ¿qué cosa?

nací lejos de aquí
no sabía que nacer lejos de aquí significaría «esperar» siempre
nací, me marché y amé
no sabía, entonces, que me equivocaba
de pronto: hacer una casa y vivir dentro
contrariamente a lo que dicen,
el error no es la antesala del hallazgo
equivocarse es un abandono
acertar es un abandono

en silencio comprendí que mi error
me perseguiría siempre
que, si me había equivocado,
tal vez fuera porque el error era yo

[aquí frases ilegibles]

Sus ojos resplandecen con las llamas, y el reflejo se agita en su rostro. Me noto las mejillas ardiendo, muy, muy calientes, los ojos me palpitan fríos y el resplandor también debe de moverse sobre ellos. Bajo el fuego, la madera chilla. El zorro, desde el otro lado, medio escondido, lo observa con curiosidad. He visto cómo en la mirada de Boris bailaban los colores rojos, naranjas, y las puntas blancas y azules y lilosas. La madera chillaba cada vez más, y he oído también cómo se desplomaba una viga o reventaba algún mueble: la bisagra de una puerta, la pulpa de una estantería, el estallido de un cristal viejo. Boris me ha puesto una mano en el hombro, en el gesto más íntimo de cogerme y decirme que todo irá bien. Para él, un abrazo. Para mí, una palmada sostenida en el tiempo, alargando la caricia de la despedida. Y por eso, cuando me ha puesto la mano encima y la casa de mi madre —¿mi casa?— ardía como un bosque, he pensado que quizá sí irá bien. Una llamarada ha agujereado el altillo y ha salido enfurecida por el techo. Con las ráfagas de viento, el ardor del fuego se me pega a la frente, a los pómulos. El viento alimenta las llamas y la madera chilla todavía más. Si esta casa es la memoria —¿la mía?— y cada listón de madera un recuerdo, estamos demoliéndolo todo sin tregua. Sería demasiado fácil decir que siento el fuego dentro de mí. Pero es que siento el fuego dentro de mí.

Boris ha arrancado el coche. Los dos en silencio. El ruido del motor hipnotizándonos. Nos hemos alejado de la calle sin salida, de ese rincón del mundo, con la misma inseguridad de la madre que deja al hijo dormido en la cama, en su habitación, y tiene ante sí la noche, igual de oscura e insospechable. Vita me ha dicho que mi madre había muerto tranquila. Hacía unos días que no la veía salir y lo supo enseguida. En la cama, como un cachorro caliente. Y que había dejado esa carta, larguísima, en la mesilla de noche, para que la encontraran, pero que la tenía escrita desde hacía mucho: correcciones por encima, diferentes tintas, y una letra grande y después más pequeña, y luego grande otra vez. Boris enfila una carretera que no sé adonde nos lleva. Por el retrovisor vemos el humo, como un aviso del lugar al que no debemos volver. Con esta carta, que sujeto entre los dedos rígidos, como si no hubiese en el mundo un lugar más seguro para guardarla, mi madre dice más cosas que en los últimos meses. ¿Y si la iba escribiendo aquellos días, cuando yo la veía arrastrarse por el jardín y descansar en la silla? ¿Por qué no me lo contó, entonces? He gritado «mamá» y Boris me ha dicho que no me oye. Y me he vuelto, en ese instante, para mirarla a los ojos y preguntarle «mamá, mamá, mamá, mamá, mamá», pero ella sigue acostada en el asiento de atrás, rebotando con los movimientos del coche. Mi padre se murió antes que ella, sí, pero no entiendo nada de todos modos: es la primera vez que se me muere mi madre. Y los problemas se me han agolpado, todavía más difíciles y grandes e inabarcables: lo que había sido un deseo —huir— se convierte ahora en una obligación —enterrar—. Cómo aprender de nuevo a vivir, me he preguntado.

[aquí dos frases ilegibles]

tú me dejaste una cicatriz
el vientre de arriba abajo y una raya
no ha habido un solo día que no haya pensado en ti
delante del espejo
la mano bajo la tela
la textura como una cordillera en medio del cuerpo
como si no quisieras nacer bien pegado a mí
y un tajo largo para expulsarte
no lloraste
te cogí con las manos y dije ¿esto?
¿por qué no llora? ¿no debería llorar?

[más fragmentos que no se entienden]
contigo un trozo de mundo que se acababa
un mundo entero
quería que llorases, que dijeras que no al mundo
NO NO NO
no no
no lloraste pero te cogí entre las manos y lloré yo
porque ya notaba que se me acababa
un trozo de mundo un mundo entero
habría querido que te quedaras dentro
que no te hubiesen expulsado
que me hubiesen dejado cargarte sin sacarte
que no me hubiesen hecho un tajo de un lado al otro
y que si salías, si decidías salir, llorases pero no
pero ya lloré yo

creciste
no quería dejarte lo que me habían dejado a mí: dolor
yo quería darte vida ¿¿cómo?? mientras tanto crecías
cada día me acariciaba la cicatriz
delante del espejo la mano bajo la tela
la textura de la corteza de los árboles sobre mi vientre
pensaba qué le dejaré, qué le dejaré, qué le dejaré

nada no podría dejarte nada

no podría dejarte nada, aunque quisiera
el huerto, los animales, esta casa en ruinas pero no
tienes que quemarla quemarla
ni rastro de las paredes, de los muebles, del techo
y tú tienes que marcharte
primero: porque no puedes quedarte aquí
segundo: porque yo no quiero quedarme aquí
no en esta casa no en este jardín
solo te pido entiérrame lejos de aquí

¿Y si nos topamos por el camino con otra alambrada que no esté oxidada, que no se haya deshecho, alta y puntiaguda? Boris ha seguido conduciendo. Unas horas antes había llenado el depósito con viejos bidones de gasolina que mi madre guardaba debajo de un trapo viejo y pegajoso. Yo lo miraba sentado sobre el capó, como mirarías al cirujano que te abre el cuerpo sin anestesia. Notaba el olor a caramelo dulce del líquido y el ruido del vacío al caer dentro del metal. El bidón le temblaba entre las manos. Como me temblaban a mí las piernas cuando dejé atrás la casa y fui hacia él. Dos espacios desconocidos, el suyo y el mío. Y qué estúpido, yo, creyendo que podríamos irnos de allí caminando, atravesando los días por caminos sin fin. Dejaba un bidón y cogía otro. Tiraba al suelo el que había vaciado, de cualquier manera, sin acompañarlo. Como si fumase un cigarrillo tras otro y tirara las colillas con angustia. Mirar a Boris era un reflejo empañado que me devolvía a mí mismo: el coche. Había querido pasar por casa para coger el coche. Y notaba cómo me rozaba la alambrada a mi alrededor, erizándome los pelos, rasgándome la piel, como si Boris me rodeara y no pudiera salir de allí. Pero lo que también me resulta incomprensible es verlo conducir, serio, y pensar que querría compartir con él todas las cosas del mundo que puedan compartirse en todos los lugares y de todas las maneras posibles.

EL EPICENTRO

Condujimos durante días en línea recta. Por las ventanillas, el paisaje iba cambiando. Cruzamos unos campos vastísimos llenos de árboles frutales dispuestos regularmente y mujeres uniformadas que recogían los frutos: llevaban el pelo recogido en una malla. Entonces Boris me dijo que habíamos dejado atrás la zona afectada, pero apenas había gente. Alguna casa a pie de carretera donde hombres solitarios vendían gasolina a los pocos coches que pasaban. Nadie hablaba. Nadie preguntaba. Les dabas monedas y te llenaban el bidón. A veces nos decían que los billetes eran demasiado antiguos y que si queríamos gasolina teníamos que darles comida o hacer lo que nos ordenaran. Así pasamos los primeros seis días, alejándonos de la humareda y de la calle estrecha y del bosque ancho y de lo que habíamos vivido, que allí se quedaba para siempre. Ya no se veían las Rocosas sobre el horizonte. Las perdimos de vista el primer día del trayecto. Mientras Boris conducía, yo le pedía que repitiera qué pasaría cuando aquello se acabara. Y pese a no saber nada de lo que nos esperaba, habíamos configurado, poco a poco, una historia que nos amansaba. Boris la desgranaba: «Viviremos cerca del mar. Viviremos en un lugar donde veremos las olas, la arena, las rocas. Tendremos un trozo de tierra y no trabajaremos nunca. Solo en nuestro huerto. Tendremos dinero. También conejos de todos los colores. Plantaremos glicinias, rosales, camelias, geranios y tilos. Los árboles y las plantas que no aguantan el invierno ni las nevadas de las Rocosas. Echarán raíces y nos sostendrán por abajo. Las mañanas se harán largas bajo el sol y las tardes serán tranquilas. Nos bañaremos en el mar y dormiremos, sin frío, dejando que la brisa nos seque». Yo lo escuchaba cerrando los ojos, apretando las manos, como si tuviera las rodillas en el banco de madera y su voz fuese la homilía. Y aquel olor de incienso y humedad, de iglesia abandonada, era ahora el de la carne pasada de mi madre.

La he mirado, cuando Boris ha preguntado: «Aquí ya está bien, ¿verdad?»; porque yo veía un agujero triste al lado de la calzada, en medio de una llanura infinita y seca. Pero Boris lo veía como el lugar ideal para deshacernos de ella de una vez y así viajar más ligeros y gastar menos gasolina. Mi madre me ha dicho que no, que allí no, que en esa estepa no, que cada punto podía ser cualquier punto, y enterrar es dejar a alguien en un lugar que no puede ser cualquier lugar. No solo por si algún día vas a buscarlo, sino también para que el muerto sienta que descansa en un espacio único y definitivo. Y hay personas que son más únicas después de muertas que mientras viven, porque entonces encuentran su lugar en el mundo para diferenciarse de los demás. A otras se las entierra en cunetas, o en las fosas donde tiraban también tierra, y morir es tan gris como ha sido vivir. Aunque la vida no haya sido nada gris para ellos, pero sí para los demás. Y, al final, lo que dicen los demás de ti es lo que eres, aunque no quieras. Le he dicho a Boris: «Seguimos».

LAS TUMBAS

Nos hemos despertado con el cielo húmedo, sin escarcha, porque el frío está en el aire congelado que corta la cara y las manos desprotegidas, y todavía no se ha acumulado en el suelo. La aguja se había encallado en la luz roja de la reserva, por encima del volante. Habíamos tenido que decir que sí, que entrábamos. Necesitábamos la gasolina. El primer anochecer también fue gélido y nos cogió desprevenidos: cuando llegamos con el coche y bajé para comprar los dos bidones, la sequedad de la estepa no dejaba entrever que las noches serían glaciales y húmedas. Sabemos que estamos lejos de casa: allí, cuando hace frío hace frío, pero cuando hace calor hace calor. Aquí, cuando el sol se pone y comparte cielo con la luna, alguien rocía el cielo con un vapor gélido que se te mete en los huesos y te los hiela que con un golpecito ya se te rompen. Y hemos empezado a recoger fruta de madrugada, cruzando los dedos para no caernos y partirnos un brazo o una pierna de lo rígidos que están. La granja por dentro es inmensa. Hay animales en unos establos viejos, pero la mayor parte de la extensión son campos interminables de unos árboles frutales robustos y puntiagudos. Para coger la fruta tienes que separar unas cáscaras que te hacen sangrar los dedos y, una vez que las has separado, tienes que extirpar el fruto que se agarra al tallo espinoso. Para desprenderlo hay que sostener el tallo, y el dedo te sangra más todavía, por las yemas. No nos dan guantes. Nadie dice nada. Unos perros alargados con las orejas puntiagudas, los muslos fibrosos y el pecho anchísimo nos vigilan. Hay veinte o treinta. También algunos hombres que nos apuntan. Arranco un fruto. Cuando cae al cesto hace un ruido sordo.

EL JUEGO

El hombre me dijo que eran demasiado antiguos, los billetes, que ya no servían. Se podía deducir por su acento que había aprendido nuestra lengua hablándola, repitiendo siempre las mismas palabras, como una canción. Le expliqué como pude que necesitábamos la gasolina para seguir adelante. Mamá. Pensaba «mamá». El hombre me miraba sin escuchar. Tenía una cara moldeada, los átomos se unían sin adherirse, derramándose unos al lado de otros sobre dos mejillas grasientas. Era corpulento y se plantó delante de mí cruzando los brazos peludos. Bajo la frente ancha colgaba una nariz redonda, y a ese cuerpo tan grande y bien proporcionado se le sumaba una sensación de ligereza, y en los músculos voluminosos nacía una finura atractiva que molestaba mucho. Pensaba «mamá». Me repitió: «¿Sí o no?». Y le dije que sí, y en el instante concentradísimo en que se puede decir «sí» vi los colores de los microbios en mi madre, sus formas de tubos finísimos y ensortijados, las bolsas rebosantes, las espinas que les envuelven las paredes, las membranas gelatinosas y los flagelos alargados que hacen que se muevan. Mamá. Todo esto dentro de mi madre y en mis ojos, delante de un desconocido, en una granja, en una cuenca de no sé dónde, entre montañas medio perdidas, en esta región de lengua extraña.

Boris, tres árboles más allá. Lo he mirado. He pensado en mi madre, tumbada en el coche, y nosotros sin poder salir de aquí desde hace días. Por un par de bidones de gasolina. La alambrada del horizonte levita por encima de su cabeza, una corona de espinas. La verdadera corona de espinas. El chico de al lado tiene una cara tosca y cuadrada, pero esconde bajo la nariz unos labios amables mientras recoge fruta con una agilidad sorprendente. Es muy joven. Hace días que me fijo en él. Tendrá un par de años más que nosotros. Me he arriesgado y le he preguntado desde cuándo está aquí. «Calla». Uno de los perros nos ha ladrado. Hemos seguido cogiendo fruta y acumulándola en los canastos de plástico que rezuman sangre. Me ha buscado con los ojos: «Dos años», moviendo los labios sin proyectar la voz. Habla nuestra lengua. Nos entiende. He seguido mirándolo: «¿Has venido solo?», y me ha contestado: «No, iba hacia el norte de las Rocosas con mi hermano». Lo ha señalado, unos árboles más allá. Le he dicho: «Nosotros también venimos de allí», y he mirado a Boris, que destacaba entre la confusión de los demás hombres por su piel tostada. Se le han nublado los ojos: «Me llamo Yo», ha dicho. Le he confesado que queremos marcharnos, pero el amo nos ha ordenado que sigamos unos días más. «No saldréis de aquí». Después, silencio. Y hemos seguido recogiendo fruta.

LA JOROBA

Primero nos enseñó la habitación. «Dormiréis aquí». Lo seguimos afuera. El horizonte se abrió como un desierto manchado. El suelo era dorado y había cientos de árboles con el tronco viejo, rugoso y lleno de espinas. Un ejército de hombres recogía sus frutos. Camellos en la llanura. Cada árbol, un alfiler. Camellos que habían olvidado su nombre pero no perdonaban, con una rabia dentro que asomaba en sus ojos y en la manera de mover los brazos y coger los tallos, de secarse los dedos ensangrentados en la ropa. Cada hombre, una semilla en la estepa. De la que nada brotaba. Y estaba convencido de que aquellos árboles tenían unas raíces largas que bebían el agua a gran profundidad. Se acercó a uno de los que tenía cerca y tocó el tallo sin cogerlo. Con el dedo, señaló una bola marronosa y dura como una nuez. «Dentro está el fruto que tenéis que coger». Nos dio un par de cestos. La sangre de los hombres, cuando caía al suelo, se mezclaba con la arena y se convertía en barro. La parte indefensa de mí dijo que sí. Cada boca, una herida. Sin haberlo intentado, ya había aprendido a extirpar el fruto y lanzarlo al canasto. Pensaba «mamá». Empezamos a trabajar. La luz de la tarde se reflejaba en las cáscaras, las espinas y el suelo de cobre, y el paisaje resplandecía como un lingote de oro.

He seguido mirando a Boris de lejos, con Yo a mi lado. De fondo, se oye susurrar en la otra lengua. Los perros ladran y enseñan los dientes cuando crece el murmullo. El coche, mi madre, los asientos. Le he dicho a Yo: «Nos escaparemos dentro de tres noches». Me ha contestado: «Imposible». El sol brilla a través de las espinas de los árboles: en cada una, una estrella. Tenía esperanza en las próximas horas: huir. Y terror, a la larga: perderlo todo para siempre. Perder, ¿qué? Yo ha señalado a un hombre que cogía las esferas carnosas con una sola mano. «Le cortaron la otra cuando intentaba huir». Delante de ellos: los reunieron en círculo, lo plantaron en el centro y se la segaron con un hacha. Un corte limpísimo. Y luego, a los perros. Me he imaginado la cara de Yo, con los brazos alargados alrededor de su hermano; y, de fondo, el murmullo de aquella lengua medio incomprensible. Y la cara del hombre, viendo cómo los perros roían su mano arrancada. Su carne viva devorada. ¿Cómo acoger una vida dentro de otra vida? ¿Cómo entender una lengua dentro de otra lengua? «Hay un lugar, al final del campo, donde tiran a los muertos. Dicen que allí no pasa corriente y se puede saltar el muro. Pero llegar hasta allí es imposible». Se lo he vuelto a repetir: «Nos escaparemos dentro de tres noches. Indícanos el lugar». Yo ha enmudecido. Ha seguido cogiendo fruta, ahora más deprisa, apretando los dientes —oía cómo los limaba, nervioso, y le chorreaban gotas de sangre por el brazo, que no se molestaba en limpiar—. Ha lanzado un puñado al cesto con fuerza. Me ha mirado y ha vuelto a mover los labios sin voz: «Iremos con vosotros».

EL ESTABLO

Minutos de silencio hasta que el sueño los atrapó. Todos los hombres dormidos en los catres, con la cara serena de pronto, como si el alcohol que les daban por la noche, antes de acostarse, les hubiese borrado la fatiga. En la habitación debíamos de ser veinte hombres. Había perdido la cuenta de los días que llevábamos allí. A mi lado, Yo respiraba agitadamente, contra el ritmo de los demás. A Boris y a mí nos hacían dormir en habitaciones separadas. Igual que a Yo y a su hermano. Una claridad nos iluminaba. Y, desde la cama, veía el contorno de los hombres delgados, medio desnudos y tapados con mantas de lana, como vacas que respiran profundamente, sin miedo. Como si lo hicieran siguiendo el mismo compás, sedados. Y parecían vacas por los huesos puntiagudos que se les marcaban en el hombro, como la que teníamos en el jardín, la misma que siempre magreaba la hermana de la cara rara. Pensé que Yo respiraba como yo, con un ritmo distinto, con ímpetu. Me levanté y me acosté en su catre, de lado. Se volvió y en voz muy baja me preguntó si yo tampoco podía dormir. Su voz no rompía la calma de la noche. Le brillaban los ojos, y en su rostro no había la menor señal de cansancio. Y yo, delante de él, sí que me notaba las flaquezas: el cuerpo asqueado, el tedio que me abrazaba el ánimo, y una crudeza familiar en todas las cosas que pensaba. Quizá me faltaba costumbre, no lo sé, o quizá esta compañía.

EL PRADO

Durante el rato compartido antes de dormir, en su cama, Yo me habló de unas Rocosas que yo no conocía. El lugar del que venían su hermano y él. Me dijo que, desde ese otro lado, no eran oscuras ni puntiagudas, sino redondas y con árboles que crecían en ángulos imposibles, y cabras de cornamentas larguísimas que desafiaban las alturas. Dijo que las recordaba verdes y con vida, con luz. Y yo no, no podía pensarlas sino grises, escarpadas y nubladas. También me habló de las casas en las que vivían, y de pronto el mundo se me ensanchó, y las imaginé a vista de pájaro, como si fuese un águila que las sobrevolaba, y me iba diciendo que eran amplias y altas, con jardines cuidados y azoteas batidas por el sol. Y desde el cielo dibujaba hileras de casas como la casa azul, pero de colores y formas distintos, y con gente dentro que no estuviera triste como lo estaban los señores ricos de mi calle. Y qué difícil de entender que todo eso quedara al otro lado de la pared de roca. Y qué inútiles, de hecho, las Rocosas, si cuando todo pasó a ellos también los obligaron a abandonar su casa. Y qué curioso, pensaba, que habláramos la misma lengua pese a la distancia. Como si fuese un jarro de agua que al volcar hubiese esparcido gotas por distintos lugares. Y antes de quedarme dormido del todo llegué a pensar que las historias, como esta que Yo me había contado, siempre se pueden reescribir. Pero la memoria, no. Y el sueño, claro está, el sueño acabó atrapándonos como a los demás.

Hemos avanzado en la oscuridad, esquivando los catres, confiando en que fuera nos esperaban Boris y el hermano de Yo. Los hombres duermen con cara de enfermos y las botellas vacías, algunas en las manos, otras en el suelo. Al abrir la puerta, ha entrado una claridad plateada en la habitación. Fuera, la luna está casi llena. Entre los árboles hemos intuido dos siluetas. Nos hemos acercado. Yo nos ha dicho: «Seguidme». El hermano nos ha clavado una mirada atenta y nos ha saludado con labios temblorosos. La luna reluce en la hoja del cuchillo que Yo sostiene. Nos ha preguntado, mientras avanzábamos sigilosos hacia el fondo: «¿Sabéis qué hacen con la fruta?». Ha continuado: «Dicen que hacen fármacos para quienes huyeron de las Rocosas y las ciudades de alrededor cuando todo pasó». Hemos seguido caminando, atravesando las sombras. Al fondo ya se distinguía un muro cuando nos ha enfocado una luz. Hemos empezado a correr, esquivándola. Deprisa. Más deprisa. He oído silbar una bala. Hemos corrido más deprisa todavía. De pronto, el sonido de un disparo. Me he vuelto y no he visto a Boris. Otro disparo. He seguido adelante, corriendo sin parar. La luz persiguiéndonos como si dios nos señalara desde el cielo. Corría. Hemos cambiado de dirección, entre los árboles. La luz persiguiéndonos. Corría. Nunca había corrido tanto. He seguido a la silueta que tenía delante. He supuesto que era Yo. Corría. Las ramas puntiagudas de los árboles desgarrándome la piel. La tierra respirando bajo mis pies. Corría. La luz nos ha perdido entre los árboles. Hemos llegado al muro. Y solo he visto dos figuras.

EL DISPARO

Once años. Corría. Nunca había corrido tanto. Una pedrada. Deprisa. Más deprisa. Miré atrás para ver cómo de lejos los tenía. Otra pedrada. Corría. Gritaban: «¡Corre, esqueleto!». Gritaban: «¡Ya puedes correr!». En el horizonte veía mi casa y el bosque. Mamá. Pensaba «mamá». Gritaban: «¡Ya puedes irte al bosque, que te meteremos un palo bien largo por el culo!». Corría. Temía resbalar en las hojas que tapizaban el suelo. La montaña: una ciruela pudriéndose, amarilla y naranja y marronosa. Yo corría. Del mismo modo que un ciego dice que para él los colores son como dios, desconocidos y deleitables, a mí se me fundía el deseo de aquellas carreras, sudando, y a fuerza de correr no entendía nada pero intuía que ese deseo mío no era abstracto, sino concreto: correr siempre, tener fe, mucha fe, como la del ciego que dice «rojo», y dice «azul», y dice «verde», y huir, huir siempre. Y también que el hábito no aligera el sufrimiento pero sí que, a fuerza de repetirlo, hace que uno se acostumbre a correr, y a correr más todavía. Como mi madre, que de tanto trabajar en la Fábrica tenía las yemas de los dedos curtidas y podía sacar las bandejas del horno sin manoplas. Pero las durezas también se calentaban, aunque ya no le quemaran. Y mis piernas también se fatigaban. Y todo mi espíritu, mi ánimo, también se rendía ante los demás. Yo corría. Veía la casa, no demasiado lejos. Pensaba «mamá».

He visto la cara de Yo. La claridad le resalta el relieve, haciendo que su rostro se parezca más a la corteza de un árbol que a la cara de un chico: le define la nariz aguileña, las cuencas de los ojos profundas, la mandíbula estrecha y el mentón afilado. En blanco y negro. Como bañados por un aerosol de platino. He mirado la otra sombra: Boris. Se me ha ensanchado el pecho, al verlo allí y saber que el disparo no lo ha tocado. Yo sostiene el cuchillo con una mano e intenta controlar las exhalaciones con la otra sobre el vientre. Por donde hemos venido corriendo se acerca la luz amarilla y redonda, buscándonos. Unos perros ladran. Y en mi interior bulle un torrente de agua, salpicándome, y siento pena y alegría a la vez, porque Boris está conmigo pero Yo ha perdido a su hermano en tan pocos segundos; la luz se nos acerca y el cuchillo inservible que sujeta entre los dedos ridiculiza aún más la escena. El final se ha ido escribiendo lentamente, con la fuerza del suspense en tres cuerpos que se han vuelto flácidos de pronto, frágiles como animalitos con los huesos tiernos y verdes. En este instante, Boris y Yo me parecen extremadamente pequeños, con la cara inocente y los ojos muy vivos todavía: son niños. Yo ha dicho: «Saltad por aquí», y ha señalado una pila de arena que se alzaba al lado de un profundo hoyo. Apesta a pozo y a animal viejo. Me ha dado el cuchillo y me ha dicho: «No lo pierdas». Y ha añadido: «Corred, diré que solo estábamos nosotros dos». No ser como el resto de los hombres de allí seguramente es esto: acercarse al amor en contra de la luz, hacia el cuerpo tendido de su hermano, en contra de la vida. Boris y yo hemos saltado. Me he grabado el nombre de «Yo» y la mirada atenta, temblorosa, de su hermano.

Al otro lado del muro no huele a pozo ni a animal viejo. Hemos salido de la granja gracias a una montaña de tierra sacada de una fosa. Hombres dentro de la tierra. Tierra dentro de la tierra. He caído de morros, el muro es altísimo. La tierra, a este otro lado, es gruesa y húmeda, granulosa, de cuando las lombrices la remueven y hacen con ella bolas grandes y esponjosas. Gruesa y húmeda. He cogido un puñado. La he estrujado con fuerza. En la palma la he notado compacta, dura, como un puñado de cemento. ¿Cómo entender una lengua dentro de otra lengua? Boris ha caído sobre las dos piernas. Lo he seguido, corriendo. ¿Cómo acoger una vida dentro de otra vida? Ha ido hacia la entrada de la granja. La puerta estaba abierta. Ha salido al cabo de pocos segundos con dos bidones y hemos ido corriendo a buscar el coche, sin mirar atrás.

LA META

Once años. La tierra allá dentro era gruesa y húmeda, granulosa, por las gallinas que la picaban y removían y amasaban con su mierda. Gruesa y húmeda. Los oía gritar: «¡Dónde estás!». Cogí un puñado. La estrujé con fuerza. En la palma la notaba compacta, dura, como un puñado de cemento. Gritaban: «¿Dónde estás, maricón?». Gritaban: «¡Cuanto más te escondas, peor será cuando te pillemos!». Allí dentro estaba oscuro. Como cuando me encerraba en la habitación de los panes crudos. Había ido por el sendero enlosado hacia el jardín de atrás y me había escondido en el gallinero. Las gallinas, que mi madre decía que hablaba como ellas. Amigas. Su voz y su batir de alas: mi voz y mi forma de mover manos y brazos cuando hablaba. La pluma, que decían los demás. Cobardes, que decía yo. Uno de ellos se acercó al gallinero y les dijo a los demás: «Seguro que está aquí», y oí los pasos de uno de los chicos acercándose, trinchando las hojas secas a cada paso, y yo sujetaba la tierra prensada en la palma para arrojársela a los ojos si me descubría, o quizá solo para contener el miedo que me atenazaba; y luego oí crujir la madera de la cerca del gallinero, donde se apoyaba, y la voz de otro espetándole: «Qué dices, imbécil, se habrá metido en el bosque, el muy hijo de puta». Y se fueron hacia el bosque. Oí sus pasos cada vez más lejos y cada vez más débiles. Cómo saltaban la verja oxidada. Cómo movían los brazos rozando las caderas. Cómo los cubría la sombra de los árboles. Abrí los dedos de la mano: la bola era de un marrón oscuro y tenía manchas blancas y grisáceas. Se me deshizo en las manos, y vi que se me escapaba entre los dedos tal como se me escurrían los años por el cuerpo. Aguanté allí dentro hasta la noche, respirando despacio, como me había enseñado mi madre en el baúl.

Al abrir el coche, un hedor a pelo quemado. Tan penetrante y sólido que podría cortarse con el cuchillo. Me he preguntado qué hacemos, Boris y yo, en una vieja carraca, con mi madre repudriéndose, atravesando la noche con dos bidones de gasolina robados. La violencia: nuestro certificado de nacimiento. Dejando atrás una herida abierta de cientos de kilómetros de radio. La violencia: recorre la longitud de nuestra piel. Nuestra piel: sin costuras, solo un recuerdo terrible de años de aislamiento, de una lengua hendida, de un exilio en casa —con los días presiento que la revolución no empieza en casa, no, empieza en el cuerpo—. Nuestra tierra: un alambre de espino. La montaña: un cementerio forrado de verde. Nacer: revolcarse en el barro, el polvo y los pelos de los animales, en el comedor, y que luego te limpien con el agua de la lluvia. Hablar: revivir una lengua que se muere. Vivir: sostenerse entre los vendavales. Y amar, para mí: acercarme a un cuerpo igual que el mío sin saber si será veneno o jarabe. Y siempre es veneno. Amar: dormir con la puerta abierta, y mis tesoros de barro sobre la mesa.

Conducimos en silencio. Cuando intento hablar, pienso en la mano de Yo ofreciéndome el cuchillo y enmudezco. Desde la carretera hemos visto campos de árboles frutales, de los que dan las nueces que hemos cogido, que ahora ya no son solo árboles y nos persiguen con las espinas, se desenraízan y se acercan a nosotros para arrinconarnos y clavárnoslos, uno a uno, hasta hacernos sangre. Los he mirado, tan bien dispuestos, tan poco naturales, con el tronco robusto aunque sean jóvenes, recién plantados. Y con las ramas abarrotadas de frutos, hasta las más delgadas. Son puntitos en el horizonte. Campos y más campos de esos árboles. De lejos, cada uno es una espina. Y cuando los teníamos delante, con las manos llenas de heridas, cada árbol eran miles y miles de espinas. Así me imagino yo el infierno. No fogoso, ni rojo, ni llameante. Me lo dibujo puntiagudo y contrahecho, lleno de tierra y lombrices, y diminutos agujeros en las paredes por los que corre el aire, que no es caliente ni frío, sino pesado y denso, como una nube que no es blanca ni esponjosa. Unas grutas que tienen raíces por vigas, vestigios antiguos por columnas y bolsas de petróleo por mares sin peces. El infierno me lo figuro así: terroso, lleno de barro, enlodado. Y con esos árboles. He mirado a Boris. Nos he visto allí atrapados, bajo una idea que no habíamos previsto. He pensado que, de algún modo, cada uno de nosotros ayuda al otro a vivir y que, en algún momento, cada uno de nosotros tendrá que ayudar al otro a morir.

Me he permitido darle un beso, ahora que han pasado unas horas y la granja queda lejos. A veces la prudencia es inteligente, porque Boris ha vuelto la cara hacia mí, ha bajado el mentón y se ha dejado hacer tranquilo. Ha sido como descansar un rato; como una exhalación un poco más larga que en vez de ir hacia fuera va hacia dentro, hacia el pecho. Pero justo en ese momento en que nos hemos besado he sentido la inesperada vigilancia de una mirada ajena y me he dado la vuelta, atemorizado. La manta había resbalado y dejado la cara de mi madre al descubierto. Nos ha mirado con los ojos cerrados pero inquisidora, las mejillas duras y la frente lisa, asumiendo la derrota; la lengua reseca por fuera, expulsada de la mandíbula, larga como la de la vaca que paseaba por el jardín. Bajo los párpados, los ojos deben de estar inyectados en sangre, mapeados de rayas rojas, ciegos. Con la misma cara de asco de una tarde de hace muchos años. Con las mismas arrugas que se le dibujaron en torno a los ojos y las comisuras de los labios cuando nos vio. Con una decepción similar en los pómulos, cuando entendió lo que estábamos haciendo. Me he sentido descubierto, desmantelado. Como si el beso la desnudase a ella, allí tumbada, o le recordase lo que descubrió y no dijo a nadie, solo a mi padre, y que tuvo que digerir ella sola: una procesión interminable, una úlcera que se le abría en las paredes carnosas de los órganos y la agujereaba de arriba abajo. Sorprendidos por su rictus espectral que ha sobrevivido a la culpa y el juicio, dejando abierta para siempre la posibilidad de que se levante, congelada y blanca, y nos señale otra vez con el dedo.

LOS OLORES

Nos escondíamos entre los árboles, los que quedaban detrás de la verja, junto al prado. Lo hacíamos instintivamente, y al mismo tiempo sentíamos el calor y el sudor de la travesura, un gusanillo que se iba haciendo grande, muy grande, y que nos seducía los músculos cuando nos fallaban por el esfuerzo y por ese movimiento tan maquínico y carnal. Nos pasábamos el gusanillo, y cuando uno dejaba de sentir el nervio exaltado lo sentía el otro, que decía: «Para, para», y el otro decía: «No, no»; y yo miraba al cielo, encorvando la espalda, y me fijaba en las copas de los árboles, que se movían borrosas con el movimiento arriba y abajo, y solo pedía que nos taparan a los ojos de dios, que siempre nos vigilaba, que ocultaran aquella malicia inocente; Señor, que solo buscamos un poco el meollo de este gusto tan simple y natural, Señor, que no hacemos nada malo. Era feroz, como el nacimiento o la muerte de las estrellas, una explosión entre tanto verde y la vaca por allí paseando. Flotaba en el aire un aroma espeso que yo siempre deseaba coger, poder guardar en un frasquito y olerlo después, por la noche, en la cama, antes de irme a dormir. Desenroscar la tapa y meter la nariz dentro y vivirlo de nuevo. Que me creciera el bosque en el cerebro, árboles altísimos y copas frondosas dentro de la mente. Otro techo. Y con los ojos cerrados poder sentir una vez más ese río derramándose y subiéndome por las fosas nasales, como los salmones contra corriente, y que desembocara en la ribera enlodada de mi paraje imaginario, con el cuerpo de Boris desnudo embistiéndome por detrás con golpes suaves y fuertes.

LAS CORRESPONDENCIAS

Y es que el cielo me lo imaginaba así. No algodonoso, ni inmenso, ni azulado. Me lo dibujaba espeso y carnal, rebosante de verdor y de hojas secas por el suelo, de arañazos y caricias, de unos ecos que no fuesen cantos, sino gemidos y bramidos de hombres y animales. Unos pasillos de luz natural, como las columnas que se colaban entre los claros de los árboles, con el olor de la lluvia sobre la hierba fresca y cagadas de pájaro, y hormigas cargando insectos muertos, y la mirada indiscreta de algún animal que olisqueaba. El cielo me lo figuraba así: la perspectiva que se me abría estando boca abajo, con la claridad que daba perder la vista, donde cada brizna de hierba fuera tan grande como se me presentaba acostado. Y vi una sombra. Volví la cabeza. Mi madre blanca y su cara desencajada. Articuló un gesto de incomprensión, como si se hubiese encontrado de pronto ante un fenómeno que no podía comprender: la casa en ruinas, o el bosque incendiado, o el hijo muerto. Con los brazos tensos sostenía el cesto y un par de bolsas cargadas de comida. Llevaba unos trozos de carne que me parecieron rosados y brillantes, hojas verdes que sobresalían por los agujeros de las asas, y también vi un paquete de chocolate en polvo, que compraba una vez al año y hacíamos fiesta en casa por la tarde. Mi madre preparaba un bizcocho y lo mojábamos en las tazas, y nos pasábamos los meses siguientes evocando aquella tarde. Allí plantada, sin decir nada ni cambiar el gesto. Boris y yo abotonándonos los pantalones y poniéndonos la camiseta delante de ella, como un castigo. Boris yéndose por el jardín, mirando al suelo. Yo delante de mi madre, pensando que nunca desaparece la probabilidad mínima del desastre. Y, delante y detrás de mí, esa tierra en la que me habían pasado todas las maldades, y en la que también me habían pasado todas las cosas buenas.

Después de un túnel, la carretera ha subido hacia arriba, hacia la superficie, y la luz que nos ha golpeado, bañándonos la cara, me ha despertado de golpe. A este otro lado, la carretera se extiende como un hilo de coser, envuelta por un bosque de árboles gigantes, tan altos que no se ve dónde acaban: se elevan directamente hacia el cielo y juraría que algunas copas atraviesan las nubes. «Boris, ¿dónde crees que acabaremos? Quiero decir, ¿cuándo pararemos? Yo qué sé, por ejemplo, ¿qué haremos con mi madre?». Boris, al igual que yo, no ha sabido qué decir. Supongo que por eso ha preferido no responder y seguir en silencio. También es verdad que resulta muy difícil tener cosas que decir. Me ha mirado y ha amagado una sonrisa fatigada, a medio camino entre la preocupación y la lucidez de una salida segura. Estos árboles nos cubren y, a la vez, crean la sensación de que hay un entramado de raíces muy gruesas que nos sostienen por abajo. Que, como el acero que se mezcla con el hormigón en los cimientos de las casas, unas ramificaciones incomprensibles para nosotros nos mantienen en un orden natural, igualmente corrupto y frágil.

El silencio de Boris. Mi silencio. Buscando por todas partes lo incondicional y resulta que solo encontramos cosas: las palabras se me van muriendo dentro y ya no sé cómo decir «árbol», ni cómo decir «cielo», ni cómo decir «esto no me gusta» o «esto me gusta». Pero con Boris a mi lado hay palabras que no hace falta decir. Por ejemplo, la palabra «amistad» o la palabra «querer». No hace falta que las diga porque no son palabras, esas palabras, para mí. Boris siempre repite que él es igual de libre en una plaza que en una cárcel, como lo es ahora en este bosque; que nunca dirá la palabra «libertad» porque la libertad no es un nombre. Y siempre lo hace, Boris, eso de decir frases que ha leído en alguna parte y va y las dice, y más tarde confiesa que no se las ha inventado él, que las ha leído no sé dónde y ahora no lo recuerdo. Me mira de reojo mientras lo escucho, y descubro en su mirada algo más atávico que estos árboles, más animal que los lobos que corrían por el jardín de casa. Y le creo, porque Boris me ha dicho muchas veces que a mí nunca me mentiría. Y así las palabras se van espesando, y nos crecen en la boca, como de goma, sorbiéndonos la saliva. Por eso, tal vez, decido callar, mantener de mala gana el silencio conocido.

Más allá del parabrisas y del capó oxidado, en algún lugar más al fondo de la carretera y donde desaparecen las líneas discontinuas, se llega a un final. Los árboles se desvanecen y el bosque queda segado por un corte transversal. Nos hemos ido acercando a ese punto despacio. Entre los troncos nos sentimos protegidos. Hemos charlado. Yo se que compartir estas confidencias nos une y asienta nuestra relación sobre una base más amplia, más fuerte. Me ha hablado de sus padres. Y me ha subido el placer aquel, el que siento cuando Boris exhibe un trozo de vida que no es tan opaco. La claridad naranja del sol se escurre entre los pilares vegetales. Ha hablado. Él, de pequeño. A esa edad precisa en que los adultos creen que entiendes el mundo a medias pero lo entiendes mejor que nunca: cuando el pelo te crece más deprisa y te vas a dormir con los músculos flagelándote mientras crecen. Organizaban reuniones en casa, sus padres, e invitaban a hombres y mujeres a cenas que se hacían en silencio. Y hablaban en susurros. A Boris le decían que se quedase en la habitación, pero más adelante, según se iba haciendo mayor, lo dejaban cenar con ellos y lo mandaban a dormir cuando tenían que hablar de cosas serias, como decía su padre. Aquellos hombres y mujeres, me ha explicado, iban llegando a casa escalonadamente a lo largo de la tarde. Los primeros, después de almorzar. Y cuando llegaban los últimos empezaban a cenar. Boris aceptaba la incertidumbre como un misterio que sabía que descubriría más adelante: siempre en un futuro que no llegaba. Desde la habitación oía las voces: tan pronto se encadenaban como se soltaban, y se confundían en un baile que no sabía cuándo iba a terminar. El piso, tan pequeño, se llenaba como cientos de peces que nadan en una pecera. Como no podían abrir las ventanas, se formaba una nube de humo espeso en el comedor. Y por la mañana aún quedaban rastros, la fina bruma que empaña el cielo azul al día siguiente de una noche larga.

Aquella mañana, sus padres —y todavía la neblina de humo: la huella en el aire de una palabra prohibida— llevaron a Boris a la cocina y lo sentaron en una silla. Los tenía delante, de pie, y le parecían más viejos que nunca. Y es que hay gente que envejece de golpe y no sabes si son tus ojos, que han cambiado la forma de ver sus cuerpos, o es que realmente se han rendido en cuestión de días. Y los tenía allí plantados, con la neblina ciñéndoles las caderas, hablándole. Y él tenía que asentir con la cabeza, con la seguridad de los niños cuando tienen miedo pero saben que la verdad de los padres debe ser su verdad. Y también me ha dicho que le dieron un sobre con unos papeles y unos mapas repletos de indicaciones y señales, pero entonces ha cambiado rápidamente de tema, como si se hubiese equivocado.

Hemos llegado al corte. Un paisaje se acaba y empieza otro. De nuevo se ve el cielo: las nubes como las copas de los árboles, pero blancas. Boris ha frenado de golpe. Mi madre ha caído del asiento, sobre las esterillas enfangadas y con el brazo retorcido, como la pata invertida de una gallina. Me ha dolido solo de verlo. La vida ya escapada por los ojos. Vuelve de nuevo con la corporalidad, afirma su presencia descompuesta en el mundo regresando al cuerpo a sacudidas, recordándonos que sigue aquí vigilándonos. Muerta pero viva. Nuestra conversación le ha entrado en la carne; aquella luz, bajo los árboles, la voz de Boris, más tranquila que nunca. Su brazo me rozaba la espalda. Lo he tocado y era de una textura plástica —como cuando encontramos al perro del abuelo muerto en el jardín, días después, y hundí los dedos en su cuerpo y la carne era de plastilina; apreté los músculos con el dedo, notándolos duros, y al presionarlos con insistencia se movían con la fuerza de mis manos y luego volvían a su sitio, blandísimos—. Boris me ha dicho: «No te muevas». Como un muñeco de cera, el perrito. Boris me ha dicho: «Vuélvete despacio». Como si, habiendo muerto, fuese imperturbable y no hubiese nada en el mundo que pudiera cambiar su forma. Boris me ha dicho: «Para». Y ahora la carne de mi madre es igual: un simulacro. Le he estirado el brazo y la he tapado con la manta; no podía subirla desde el asiento delantero y con la espalda torcida. Me he reincorporado y lo he visto. El frenazo de Boris, su mandíbula desencajada, los hombres apuntándonos. Boris me ha dicho: «Quieto».

LA PROMESA

Sus padres quemando papeles y fotos, recogiendo la ropa en bolsas de basura, arrancando las páginas de algunos libros. Las mañanas se deslizaban amarillas, con luz de albaricoque; los mediodías avanzaban con el cielo como un río antes de llegar al océano; y los atardeceres se alargaban rojos y neblinosos. Boris vivía con extrañeza la forma en que el tiempo se movía: tan quieto y desigual. La felicidad de esos días se apagaba y encendía sin explicación, sobre todo porque consistía tan solo en seguir, en continuar. No se trataba de buscar nada, sino más bien de mantenerse inmerso en una situación que no le pertenecía y que tampoco lo tenía en cuenta. Se tumbó en la cama y se durmió. La noche lo llenó de pesadillas: había ruidos, y una serpiente gris y escamada que se enroscaba a su alrededor, que luego aparecía con tíos cabezas, la lengua bífida, y luego volvía con tres cabezas, y lo ceñía cada vez más, con cuatro cabezas, y en el sueño cada momento era un día entero, cinco cabezas, y veía pasar los colores: primero amarillo, luego azul y luego rojo. Las escamas le rascaban la piel, la deshacían, y su carne se endurecía, y las serpientes pasaban a ser entonces sus brazos, piernas, dedos. Y se despertó con la presencia del reptil aún en los músculos, y hacía un día claro, la luz volvía a ser de albaricoque, como las otras mañanas, y como todas las que habrían de venir. Salió al comedor y se los encontró en medio del salón, tirados en el suelo; su madre con los ojos abiertos y su padre con las manos sobre el cuchillo clavado en el corazón. Quiso arrancarlo pero se detuvo al ver que, si tiraba, manaba más sangre de la herida. Y se quedó allí horas, mirándolos.

Detrás de los cuerpos se alza una valla metálica coronada por una alambrada oxidada. He mirado a la izquierda: nada. He mirado a la derecha: nada. Después de los árboles viene el desierto. Los hombres que custodian el vacío. Que nos apuntan. Debe de haber unos diez. No se les ve la cara. A unos doscientos metros hay un cuartel sin puerta. Y, al lado, una barrera gruesa impide el paso hacia el otro lado. No es un uniforme lo que visten, sino caparazones fibrosos que les protegen los músculos. Bajo las protecciones, una malla negra les recubre el cuerpo; solo se perfora en los ojos y la boca. La cabeza la llevan revestida con un casco ligero que simula otro cráneo. Como una hiedra, se adhiere a la frente, a los pómulos y al mentón. Calzan botas sucias de barro fresco que aún no se ha hecho tierra. A la derecha brilla el agua de un riachuelo que baja con las riberas enlodazadas hasta la frontera. Se han ido acercando a nosotros, despacio, y sus pasos han chapoteado en el fango, como si caminaran sobre la luna, lentísimos, y cada vez que levantaban una pierna hacían mucha fuerza porque se les quedaban los pies pegados al suelo; y yo he imaginado cómo debían de estar las ruedas del coche, enterradas en el agua sucia, y también he imaginado que acelerábamos sin que se lo esperaran y que las ruedas, encalladas durante unos segundos en el lodo, les salpicaban los ojos, la cara, las protecciones, y justo cuando iban a disparar el coche salía del hoyo y con un ruido estridente nos alejábamos de ellos, reventábamos la barrera y seguíamos más allá. Que no solo sufríamos la historia, sino que también la hacíamos, y no nos dejábamos vencer por esa fuerza invisible que tienen las raíces gruesas.

Boris ha levantado los brazos y ha apoyado las manos en la nuca. Yo lo he imitado. Con esa malla que les cubre la cara, no he podido saber si la silueta que se ha acercado a mi ventanilla era hombre o mujer. Tenía los ojos azules y nos liemos mirado fijamente mientras abría la puerta —la ha abierto tan despacio que el chirrido ha sido como un pájaro piándome al oído—. Con el rabillo del ojo he visto que otro hacía lo mismo con la puerta de Boris. Ha corrido un aire fresco por el pasillo que han abierto y se ha levantado el tufo de mi madre. Y también imaginaba así a los hombres que les habían hecho aquello a los padres de Boris: infinitamente sustituibles, acorazados bajo una malla negra. «De dónde venís». «De las Rocosas», ha contestado Boris sin apartar las manos de la nuca. «¿Adónde os dirigís?». ¿Adónde nos dirigimos? Boris ha dicho: «Hacia el norte», y yo me he vuelto hacia él y lo he mirado sin entender aquel convencimiento. Y Boris ha abierto la guantera y ha sacado unos papeles en los que había anotaciones y círculos, y unos mapas con carreteras subrayadas en fosforescente. He visto en el mapa los desniveles, circunferencias que se iban haciendo cada vez más anchas en torno a un punto; el color azul de los ríos, las sombras que se formaban en las zonas montañosas, el verde de los bosques y el marrón homogéneo del desierto. Algunos nombres me sonaban, aunque no supiera ubicarlos. Han ordenado a Boris que se bajara del coche. Le han dicho: «Ven». Cinco de los hombres se lo han llevado hacia el viejo cuartel que había al lado de la barrera; los otros cinco se han quedado vigilándome. Y yo he notado que algo se rasgaba suavemente en mí.

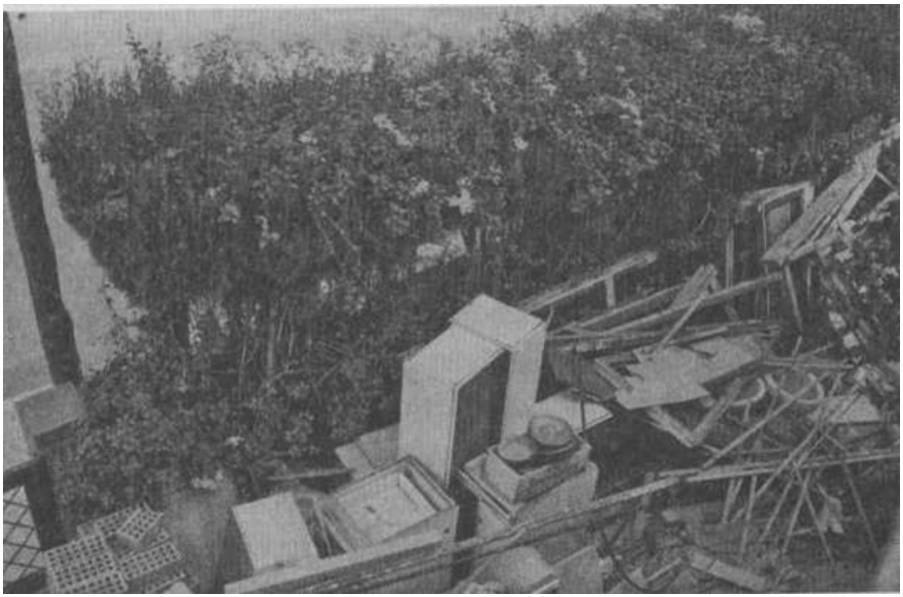
EL INFINITO

La frontera separaba en dos la llanura. Tal como el monte separaba en dos la llanura pero al elevarse la atravesaba y multiplicaba. Tal como los padres separan a los hijos; y si no tienes hermanos, te separan a ti. Mientras creces te trocean y luego, cuando has crecido, tienes que ir recuperando una pérdida que no es tuya. Lo único bueno de la infancia es que se acaba. También había algo que se alzaba entre mis padres, y con los años fue cogiendo peso y se hizo más difícil de salvar. También estaban las uralitas que separaban las parcelas de la calle. Y la puerta de amaranto de los vecinos de la casa azul, donde solo algunos podían leer: «Aquí no entraréis nunca». Y el torrente que dividía el campo, y en el que la vaca mojaba las pezuñas. Los animales del bosque se remojaban en él, pero nuestro perro siempre le tuvo miedo al agua agitada del torrente y se lo quedaba mirando de lejos, con las orejas gachas y la cola enroscada entre las patas. Allí se acababa el mundo para él. También estaba el coche y el tiempo dilatado que separaba a Boris al volante de mi padre al volante. Y estaba, por supuesto, el espacio que se abría entre su asiento y el mío. También hay partículas que no son visibles, como las células deformadas que separaban a Vita de su hermana, pero que juntas construían una cara rara que sí podía verse y un cerebro que funcionaba de un modo distinto a los demás. Y lo que pasó, las decisiones que la gente tomó, también invisibles, y que separaron de pronto y para siempre a los que nos quedamos de los que huyeron.

EL MAR

Qué había pasado en el cuartel durante esos minutos tan largos es algo que no supe preguntarle. Tampoco supe qué decirle de los mapas y de las anotaciones y de su convicción tan fría. Había una especie de silencio delgado, y todo lo que pudiera pasarnos dentro del coche parecía inocuo. Una película separaba el dentro del fuera, como si mi madre tuviera un aura protectora que se extendiera formando una esfera impermeable a nuestro alrededor. Y, con todo, claro, asumir mi impotencia y mi pericia para quedarme en silencio ante aquello que no entiendo. De cuchichear cuando debería gritar. Era como si aquello fuesen olas, una tras otra, sí: pero es que yo era entero todo el océano.

LOS SUEÑOS



La barrera ha caído con un golpe seco. Hemos dejado atrás una frontera que no sabíamos que existía. A este lado, la tierra es árida y no hay vegetación: dunas de piedras gigantescas como cortes de roca madre arrojados al azar. Por el retrovisor, la alambrada se ha ido haciendo pequeña y, por primera vez, hemos podido verla en toda su extensión, alargándose hacia el infinito, y con los metros se eleva todavía más, convertida en barrotes altísimos de acero oxidado, como los árboles aquellos. Al atravesar la primera roca enorme —me ha parecido tan grande como el monte de casa—, decenas de personas se agolpan como un rosario de hormigas reordenando el nido, en tiendas y chabolas de plástico. Desde la valla no las habíamos visto. Al oír el motor rascando la chapa, nos han mirado de pronto: sus ojos sobre nosotros. Se parecen entre sí, de algún modo. Los unen la fatiga y la ilusión a partes iguales, la suciedad del polvo mezclada con la piel tostada por el sol —la piel escamada que los ata, reptiles, al desierto—. Han corrido hacia la carretera y se han plantado delante del coche. El más pequeño es un niño con ojos claros y una cicatriz que le cruza la cara.

no olvides que
la lengua en la que siempre te he hablado no es la mía
la lengua en la que te escribo ahora no es la mía

la mía es la lengua del otro
la lengua grande, la que tu llamas enemiga
la olvidé
de la lengua que me hablaban en la cuna
apenas recuerdo nada
dejaron de decirme «esta palabra no»
para decirme «esta palabra ¿qué?»
rápidamente olvidamos el lugar del que venimos
nací, me marché y amé
no sabía, entonces, que me equivocaba
y así han pasado los años
la nieve el sol más nieve más sol

hijo no olvides nunca una lengua
aunque esa lengua que hablas no sea la mía
aunque esa lengua que hablas no quiera la mía
he hecho un hijo con una lengua que no es la mía

lo sabes, lo hemos visto juntos
en el bosque en el jardín en estas calles:
mueren igual un zorro un lobo un pez un hombre
mueren igual un hombre y otro hombre
decir que no a una lengua es decir que no a un hombre
decir que no a un hombre después es decir que no a la vida

Nos han pedido que bajemos del coche. Desde la frontera, los soldados habrán visto cómo nos llevaban detrás de una de las rocas para enseñarnos sus tiendas. Habrán oído, a lo lejos, el eco de la mujer que nos ha dicho que cuando el Señor creó el mundo le sobraron unas cuantas piezas y las tiró allí, que por eso existen esos barrancos y esas balas inmensas en medio de la nada. Quizá, si estaban atentos, habrán percibido cómo yo respiraba más deprisa al ver a toda esa gente y sus frágiles casas y el hecho de que, al mismo tiempo, nos dijeran que hacía días, meses y años que esperaban para cruzar la frontera, que lo habían intentado otras veces: y algunos enseñaban los muñones, con dignidad y coraje, y otros nos mostraban los ojos huecos, y el niño pequeño se ha acariciado la cicatriz con la mano entera. Y, muy bajito, mi latido, otra vez: descubrir que se habla mi lengua pequeña, deshecha, tan lejos de casa; no entender cómo han podido sobrevivir, ellos, en un lugar donde nadie la habla; donde si la hablan no son nadie.

EL CIELO

Con mi madre me rondaba la pregunta de si era posible enfadarse con un muerto. No estar enfadado, sino enfadarse. O que de pronto te puedan las ganas de decirle que se equivoca. O de llamarlo mentiroso. No tenía la sensación de descubrir nada, a lo largo del camino: contemplaba. Y los estímulos me iban viniendo así, como olas. Y, del mismo modo que la marea arrastra los escollos hacia la costa, también había recordatorios: los hombres y las mujeres apiñados junto a la frontera, y el hecho de que se parecieran entre sí unos cuerpos distintos, me llevaban de vuelta a los cabezas rapadas. Y a mi madre. Que con su espécimen particular había recuperado su lengua y seguro que la hablaban fluidamente cuando yo no los veía; seguro que, cuando ella se equivocaba, él la corregía sonriendo, acariciándole la mano, y a ella le parecía refinado y agradable, y se ponía roja. Y la tristeza de un muerto, mamá, ya no es tristeza sino para los demás —un dardo para los vivos puede ser su pena—. Con aquella gente allí, esperando la vida detrás de una roca, me la sudaba la lengua en que me había criado o se había escondido para hacerme crecer. Que, más allá de cómo mueren las personas, lo que me importa a mí es quién se ha muerto y quién ya no habla.

Una mujer. Vieja. Quiere volver a casa. Al lugar donde dejó al perro atado con una correa muy larga para que pudiera comer del bosque. Un chico. Hace años que investiga dónde se esconde la puerta trasera de la Fábrica y quiere entrar para ir a buscarla. Boris lo escucha con más atención que al resto. Un hombre. Con gafas de sol, chupado hasta la muerte y con el bigote rasurado. Nunca ha estado en las Rocosas ni en los alrededores, siempre ha vivido bajo el imperio de la norma. Ríe cada vez que repite «el imperio de la norma». Dice que huye de los crímenes que ha cometido y que, si tarda mucho más, lo encontrarán. Un hombre. Se gana la vida buscando metales. Ahora busca a su hija desaparecida y cree que puede estar dentro. Un joven. Blanco como una película de nata. Dice que entrar es su manera de ajustar cuentas con sus padres. Una mujer. Con un pañuelo en la cabeza como el de Vita. Está convencida de que volverá, porque cuenta que hay una ley antigua que, aunque dicte que la alambrada no se puede traspasar, también dice que puedes ser enterrado en el interior. Antes o después la cruzará, repite, aunque sea muerta. Y otro chico más. Con los hombros anchos. Nos cuenta que cavan túneles y pasadizos subterráneos para cruzar la frontera. Y yo me imagino las raíces gruesas de los árboles altísimos que hay antes de la valla. La reja imposible de reventar que deben de tramar bajo tierra.

LA FRONTERA

Un eco: a mi madre me unían las mismas cosas que me separaban de ella. Quizá porque habíamos acumulado durante años deseos similares, pero también porque más tarde descubrí que no era casual, nuestra obsesión compartida, y su herencia también había consistido en abrir los cajones del hijo y dejar en ellos los miedos, las frustraciones y las penas, pero sobre todo los deseos, también revestidos de impedimentos. Como el que podríamos habernos confesado cuando ya estábamos solos, pero nunca revelamos; ese deseo: quién pudiera tener otro nombre y amar otro distinto, siempre el mismo, y trabajar solo lo estrictamente justo y necesario, y que en casa te esperase un perro y un huerto, y recorrer los caminos con el coche humeando, o una moto, qué más da; y dormir con el calor familiar de otra persona, y despertar con el mal aliento familiar del otro, y concentrar todo el sexo del mundo en unos minutos ante los ojos del animal, babeando; y luego salir y mirar al cielo, y mirar la tierra, y sonreír al horizonte como quien sabe que tiene el trabajo hecho. Sacarlo a pasear, a ese amor de feria, y exhibirlo por las calles de una ciudad ni demasiado grande ni demasiado pequeña, e intercambiar sonrisas con conocidos y miradas piadosas con desconocidos; y volver a casa y acabar el día con otro polvo mientras la noche allana el paisaje. Pero es que entre el deseo y la realidad se esconde enroscada la histeria, y hay que saber controlarla para no convertir el cuerpo en una fiesta inhabitable. Suerte, de hecho, que no llegamos a verbalizar nuestro deseo, porque era un secreto que no se podía decir. Y que, si se hubiese dicho, nos habría dado asco, casi como si nos deseáramos el uno al otro. Cuando hemos vuelto al coche, y lo hemos arrancado, se han despedido de nosotros diciendo adiós con la mano: topos moviendo los brazos en una coreografía insólita.

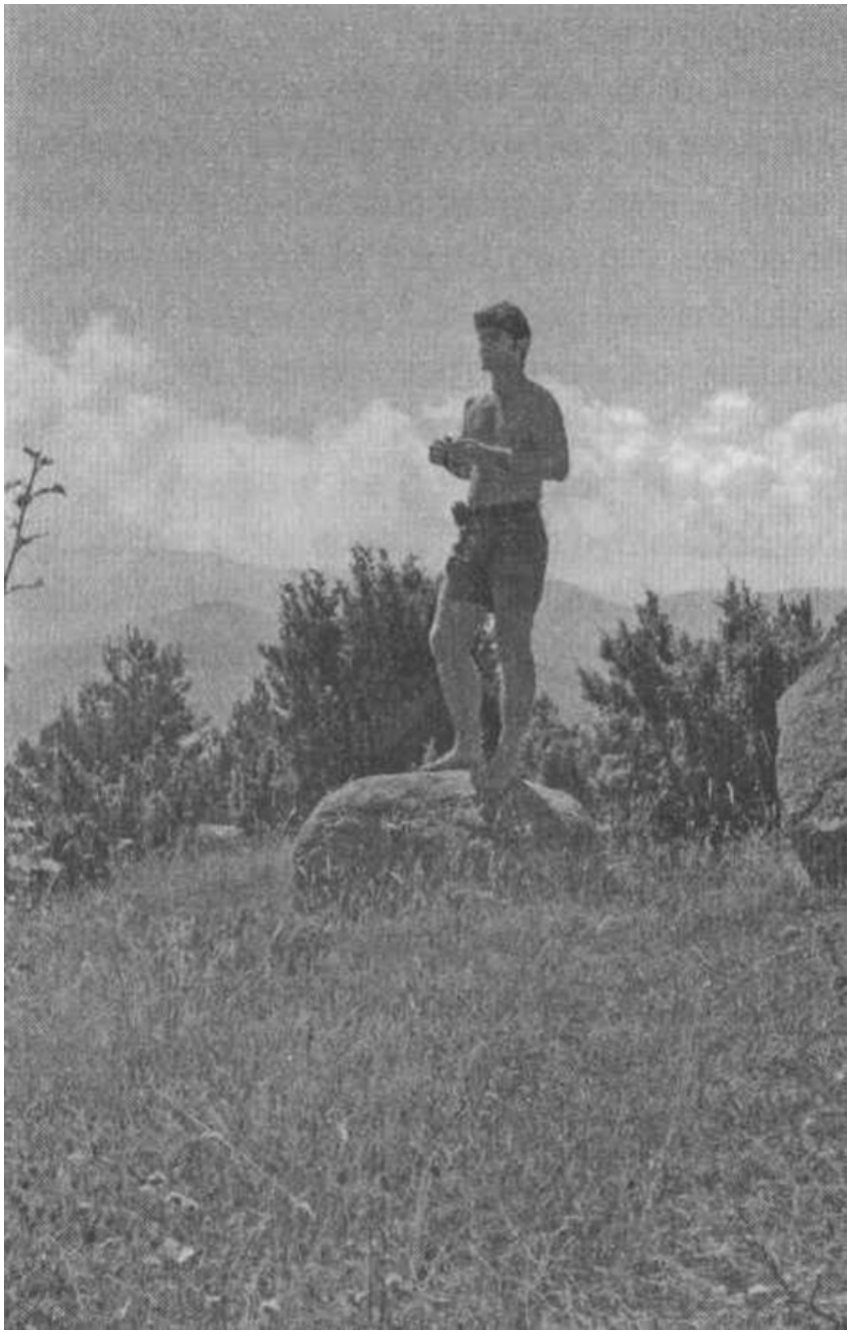
EL OLVIDO

Le había dicho a Boris que cerrara los ojos e imaginara cómo querría que fuese la vida si pudiera decidirlo. Le había dicho, al pasar bajo el techo de los árboles: «No cierres los ojos, que vas conduciendo, pero piensa como si lo hicieras». Fingió que los cerraba, entornándolos hasta que una línea de blanco separaba sus párpados. No habló. Después me dijo: «No me viene ninguna idea». Supongo que solo podía imaginar algunos detalles, como yo: que mi madre estuviera viva, poder volver a casa en cualquier momento, que esto de estar los dos juntos no se acabara nunca. Y poco más. Yo también lo intentaba. Cerraba los párpados con fuerza, concentraba la fuerza en las sienes y las cervicales me tensaban la piel: no podía imaginar nada. No tenía ni idea de qué mundo quería, y contestar a la pregunta me resultaba imposible. Solo el mantra que nos repetíamos al principio pero que habíamos dejado de decir en un momento indeterminado del trayecto. Iba de no sé qué cerca del mar, de comprar un trozo de tierra y cavar un huerto, y criar animales. Poder bañarnos y secarnos el agua con el movimiento del aire.

Detenemos el coche cuando el cielo se ennegrece, en un recodo de la carretera que forma una entrada suave disimulada entre las zarzas. Al frenar, hemos oído el caudal de un río que se revuelve con furor. Suena como un grifo abierto. Boris ha bajado la ventanilla y ha sacado los pies, apoyando la cabeza en el respaldo del asiento. Yo he pasado atrás para ver a mi madre. Cuando la he cogido por el pecho, le he buscado con las manos el latido del corazón por inercia: su cuerpo se me deshacía entre las manos como si removiera el sotobosque húmedo de la montaña. De seda. Me cuesta reconocerla. Así acostada, me hace pensar en las semanas después de que se muriese mi padre, enrocada en la cama. Yo le llevaba comida y, como no quería verme, se la dejaba junto a la puerta. Horas más tarde la recogía, fregaba el plato y por la noche volvía a subírselo lleno. Durante unos meses dejé de existir para ella. Luego ocupé un nuevo lugar en el orden de la casa: encarnaba la ausencia de mi padre, llenaba su puesto. También porque la sostenía a ella, ahora. Y me abandonaba a lo que no entendía: lo que más daño me hacía era no poder desprenderme de ella, porque una mezcla de culpa y amor me retenía a su lado. Amando a mi propio enemigo: como ahora, que tirarla río abajo me parece un despropósito, pero más allá del cuerpo mi madre es ya un impedimento.

Bajamos al río. Reluce como el lomo de una salamandra. La parte más cercana a nosotros es caudalosa, pero luego se remansa y queda una zona tranquila, casi estancada. Nos hemos quitado la ropa. He descubierto en el cuerpo de Boris una nueva ligereza, con la carne más pegada a los huesos; los días de viaje lo han vaciado —¿cuánto tiempo hace que dejamos atrás la casa?—, tiene los brazos más largos, no con la fuerza con que cogió el volante el primer día. El agua está helada. Él se ha zambullido en dos segundos. Yo he avanzado despacio, intentando no perder el equilibrio sobre las piedras viscosas. Cuando el agua me ha cubierto y he podido mover los brazos y las piernas, y adentrarme en el río, me he sentido milagrosamente ágil. No hay corriente. He cogido a Boris, que intentaba mantenerse inmóvil, sin nadar. Se ha dejado tocar: el agua lo ha apagado. En algunas partes de su cuerpo las manos resbalan y en otras cuesta que se deslicen porque el agua reboza una película rasposa entre nosotros. Nos hemos sumergido. Abajo, la protección que no tenemos fuera, donde la felicidad del número más grande no nos incluye y nuestra lengua es un aguijón como el de esos pájaros que empollan los huevos de otra madre y más tarde se comen a las crías recién nacidas. En el agua he percibido un silencio único. Y, aquí abajo, el equilibrio que hemos conseguido Boris y yo se afianza, menos frágil, menos provisional. Luego nos hemos ido a dormir —a veces parece que durmamos para que el tiempo pase más deprisa, para que los años corran entre el ojo y el párpado, sin sueños—. Y Boris, así, con los ojos cerrados y la mejilla deshaciéndose contra el cristal, me ha parecido por primera vez desarmado.

EL EQUILIBRIO



EL SACRIFICIO

Y el momento en que arrastrar su cuerpo no me decía nada. Podría aguantarlo entre las manos si fuera el cuerpo de un gato muerto, un gatito ronco y sucio, con las patas tiesas y rectas como columnas: lo cargaría sin ningún impedimento, por la carretera y el barro, y por donde hiciera falta. Pensaría que había sido bastante fácil: «Sí». Sentiría un descanso profundo, una ligereza, el orden en la lluvia, los árboles y la noche respirando a la vez. Esto que pasa es bueno, repetiría. No habría lazos accidentales, y tampoco estaría solo: mi padre en su sitio, el abuelo en su sitio, mi madre en su sitio. El sendero enfangado de casa, la montaña, los lobos, el cielo, el jardín. En su sitio. Y el gato en mis brazos. Todo dependería de mí y yo, al mismo tiempo, dependería de todas esas cosas. Nada me preocuparía, e iría a todas partes con el cuerpo seco y tenso del animalito colgando inerte, salpicado de barro, calentándome y enfriándome el pecho. Como una ofrenda.

Al despertarnos me he descubierto las piernas fuertes y la piel que me reviste los brazos cambiada, pero la espalda me dolía de dormir en el coche. Antes de seguir adelante, he ido a arropar a mi madre y a taparle la cara. El abuelo siempre decía, cuando nacía un cerdo o una gallina, que nacer es como coger una flor, porque desde que la arrancas ya se está muriendo, aunque parezca llena de vida. Lo que no decía es lo aparatosa que es la flor cuando ya se ha muerto, ni cómo, después de marchitarse, se pudre rápidamente hasta convertirse en abono. Amar, en cambio, decía, era contemplar la flor sin cogerla, sin arrancarle las raíces: mirarla y adentrarse en ella sin tocarla. Yo lo escuchaba y repetía lo que decía dentro de mi cerebro. Pero qué iba a decir él de las flores, si se había pasado media vida pensando que molestaba. Yo entonces no veía los ríos de hormigas que subían y bajaban por los tallos como si fuesen avenidas cargando el pulgón, y lo dejaban en los capullos y los brotes más tiernos; y el pulgón les chupaba la sangre, y las pocas flores que se abrían lo hacían ya mustias, aunque estuvieran vivas; las hormigas seguían subiendo y bajando, y cuando los diminutos insectos estaban llenos de savia, se los llevaban rama abajo para comérselos jugosos de néctar en sus túneles. He mirado los ojos de mi madre, le he tapado la cara.

Contra todo, me repito: «Equivocarse es el portal del descubrimiento». Y sé que no es verdad cuando, desde el asiento del copiloto, miro a Boris para pedirle que demos media vuelta y volvamos a casa; pero no se lo digo, y él sigue con la mano en el cambio de marchas, sin moverse, como si algo lo molestase, con un rasgo de impaciencia en su gesto tan quieto y mudo, pese a saber que hay alguna palabra que decido callar. De vez en cuando me acuerdo del cabeza rapada: la huella que dejó en casa. Como si siempre hubiese sabido sin lugar a dudas que, tarde o temprano, le ganaría. Me adentro en su mirada, esa mañana que ahora me queda tan lejos, y a través de sus ojos observo el bosque de un modo nuevo, como si de pronto lo hubiese entendido todo. Avanzar también es siempre un abandono. Miro a Boris, que hace crujir los huesos del cuello girándolo a uno y otro lado. Y sigue conduciendo.

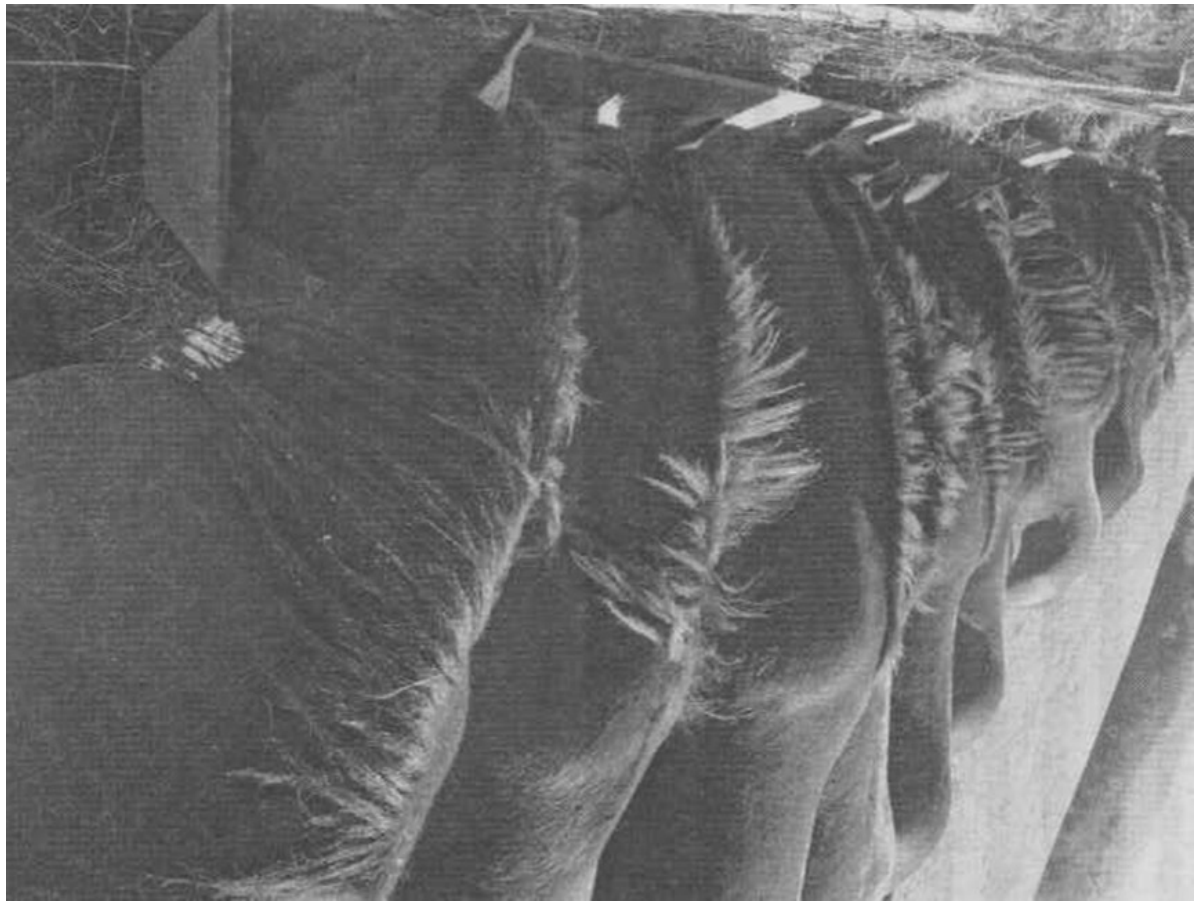
Otro túnel. Tan largo que, al salir, no sabemos qué hora es: si esta luz naranja que se multiplica en el resplandor del chasis es la puesta de sol o el alba de otro día.

EL SILENCIO

«¿Sigues pensando que esta carretera no tiene final? ¿Que el mundo es inmenso? ¿Que cuando prendimos fuego a la casa no afectó a las de al lado, ni al bosque y los animales? ¿Que podemos seguir así, uno al lado del otro, hacia delante, admirando el paisaje y nuestra absurda compañía? ¿Que aún no ha llegado el momento de que cada cual vuelva a ocupar el lugar que históricamente le corresponde? ¿Que cada cual vuelva a aprender todo lo que ha olvidado al lado del otro? ¿Sigues pensando que no imagino cómo sería vivir sin esta devoción, sin este

Es un *camping* como los que habíamos visto en las fotos, cuando nos decían en clase: «Esto es un *camping*», y nos enseñaban una ilustración para que nos hiciéramos una idea. Como cuando nos decían: «Esto es un hospital», «Esto es una ciudad mediana», «Esto es un rascacielos». «Esto es un *camping*». Y a un niño se le escapaba en la otra lengua, la que no era la nuestra, y la maestra le decía que no con ojos de vidrio, que esa palabra no quería decir nada y que debía borrarla de la cabeza, mientras le frotaba la frente con las manos delante de los demás niños. Pero en el letrero de madera de la entrada habían grabado con carbón el dibujo de un pez con largos bigotes y la cola ancha, y debajo del nombre CAMPING habían escrito, con la misma caligrafía torpe, PISCIFACTORÍA. Hemos entrado empujando el coche y hemos tomado el camino del medio. No hay parcelas, ni arbustos que las separen, ni tan siquiera un barracón que se parezca a una recepción. Hemos dejado el coche a la sombra de un árbol. Se arrastra un viento caliente, que remueve el calor por todas partes y levanta el polvo del suelo; la arena me rasca la garganta y una sensación de suciedad se me agarra a las piernas. Desde donde nos hemos parado, se ven un par de caravanas viejas y amarillentas, una tienda de campaña con tantos plásticos envolviéndola que, aun de lejos, se nota que alguien la habita desde hace años.

LA ESCUELA



LOS SINÓNIMOS

En la carretera habíamos visto un cartel que ponía DORMIR Y COMER, y una flecha recta que indicaba la dirección. Entre las dos palabras, la silueta de un pez. Esas palabras sencillas las entendíamos. Muchas palabras sueltas, sin que se unieran para construir una frase, las podíamos entender. Y cuando la oíamos hablar, la lengua nos resultaba extrañamente familiar: quizá por eso nos dolía más, porque las raíces antiguas nos unían, lo quisiéramos o no, y eso implicaba que, en lo más esencial y primitivo, no existía la posibilidad de no ayudarnos. Y el daño era doble. Ignoramos el cartel y seguimos adelante hasta que la luz nos cubrió de nuevo. El paisaje, intermitente, cambiaba tan abruptamente que no podíamos acostumbrarnos a unos árboles, un suelo o un color del cielo: también eran las horas, y nuestra manera de ir dejando atrás kilómetros y kilómetros sin bajar del coche, y reconociendo desde la ventanilla otro mundo, con otras normas.

LA SALIDA

En el momento en que el coche dejó de rodar, tal vez un gesto de cansancio en la cara de Boris me señaló que ni el rumbo ni la travesía eran compartidos, tan cerca el uno del otro. ¿De dónde salía aquella prisa? ¿De dónde, aquella sensación constante de que llegábamos tarde a todas partes y no había sino escollos que nos impedían avanzar como él quería? Me molestaba, al mismo tiempo, que viviera mi forma de acercarme a él como una atadura que no lo dejaba partir. Y no era eso. Pero fue después, sin duda, fue después cuando me lo dijo de la forma más clara con que Boris sabía hablarme. Justo acabábamos de cruzar la oscuridad del túnel larguísimo y nos estábamos acostumbrando de nuevo a la luz. Oímos el sonido de una última exhalación —un poco más profunda y larga que una respiración normal— y el coche fue aminorando la marcha poco a poco; y yo, un poco más contento, porque creía que Boris se había calmado, por fin.

En el *camping*, el polvo depura el entorno de un color amarillo y antiguo. A mano derecha, donde hemos dejado el coche, hay unas estructuras de fibra de vidrio enormes. Por cómo se mueve el polvo sobre ellas, más lento e imantándose hacia dentro, he supuesto que están llenas de agua. En las paredes translúcidas aparecen manchas intermitentes —el latido de una oscuridad—. Se oyen golpes, como los de un picador contra un trozo de carne de ternera.

LA CUEVA

Fue entonces, sin duda, fue entonces, mientras empujábamos el coche carretera arriba, en el momento en que resbalé y me caí al suelo, y un trocito de rodilla se me quedó entre la grava del asfalto; fue entonces cuando se rompió la membrana —plástica y finísima como una ampolla— que separa el amor de la venganza. Boris tenía cara de animal, como la de mi padre ciertas mañanas, y mientras yo me retorcía de dolor él gritaba que por qué no podía entender de una vez por todas el motivo por el que se había ido de casa. No era por mí: «¡No es por ti, sino por mis padres!». Y aquella lentitud lo mataba por dentro y por fuera. Empujamos el coche en silencio. Callar: su castigo. Y la dureza en la mirada, como la de los hombres que cogían fruta. Mientras tanto me preguntaba si Boris, enfadado, había dicho cosas que no pensaba, o bien había dicho verdades que de otro modo no habría dicho. La sangre me resbalaba por la rodilla. Me flaqueaban las piernas. Ya no reencontraba la fuerza de mis brazos ágiles ni el frescor del agua fría pinchándome los músculos. Era el sol, y el calor, y también el dolor agudo que siente cualquier persona cuando está al lado de alguien a quien quiere pero no puede hablarle, en ese instante en que, de pronto, el otro se convierte en un desconocido. En un peligro.

un hombre ocupa el espacio de otro hombre
alguien ocupará mi lugar
alguien comerá a la mesa
alguien gastará mis sábanas gastadas
alguien arrastrará las puertas los pomos las ventanas
alguien ocupará esta casa
para deshacerse de ella, para habitarla, para destruirla

conocí a tu padre: una idea
hicimos una casa esta
yo huía de los otros, de los míos
él huía de sí mismo
huir verbo que no acaba
nos encontramos hicimos una casa
y después un hijo
abría la boca y no podía hablar
te miraba a los ojos y no podía hablar

de arriba abajo, el vientre entero
la cicatriz de una lengua la mía
dos pérdidas y un rastro
tú y mi lengua
delante del espejo la mano bajo la tela

los que hablan tu lengua pueden hacerte daño
los que hablan tu lengua pueden querer hacerte daño
no olvides nunca una lengua
porque cada lengua te cubre las espaldas
de una mantra distinta
pero cada lengua res también el filo de un cuchillo
en la garganta
y en el cuello no quedan cicatrices solo el corte
la sangre que mana

siempre habrá alguien que vendrá después de nosotros
siempre habrá un hombre para ocupar
el lugar de otro hombre

cuando llegue, que no pueda aprovechar nada
que solo queden los escombros calcinados
y el jardín seco
las cosas son de quien las hace vivir

No es que tengamos nada que montar. Aprovechamos que hemos tenido que parar para ducharnos, comer caliente, estirar las piernas y descansar a la sombra. Hemos dejado abiertas las cuatro puertas del coche para que se ventile. Mientras Boris extendía un plástico en el suelo y descargaba lo que llevábamos, he destapado a mi madre. No es ella, chupada desde los órganos, con un cúmulo de materia que va desapareciendo. A lo lejos se oye una conversación de voces graves. También la he visto más vieja: tiene la cara del abuelo. He vuelto a taparla. Me he acercado a los depósitos azulados de fibra de vidrio y, a medida que me aproximaba, los golpes han sonado más fuertes y más sordos. Gotas de agua me han salpicado la cara y deshecho el polvo, que me ha resbalado por las mejillas. Como las paredes gruesas me llegan al pecho, he podido apoyar las manos en el borde para mirar hacia dentro: peces colosales que se mueven sin cesar; se frotan las escamas viscosas entre sí y apenas tienen sitio para cambiar de posición. Muchos sacan la cola hacia fuera, o bien les sale una aleta, luchando por respirar un poco, o por escurrirse entre los lomos resbaladizos de sus hermanos y mover el cuerpo, cavar un poco hondo, cambiar ligeramente la perspectiva carnosa del otro.

EL OTRO

Desde las piscinas de los peces, la conversación se oye más fuerte. Me he acercado. Escondido detrás de un árbol, he visto a un grupo de hombres y mujeres en círculo. Algunos de los hombres tienen la piel más oscura, pero las mujeres son pálidas, con esa carne que se quema rápidamente en cuanto le da un poco el sol. Hablan a gritos. Entiendo algunas de sus frases, porque los hay que hablan en mi lengua, o en las dos a la vez, cogiendo palabras de una y otra indistintamente. Esta mezcla me ha hecho reír, como si hubiese interferencias en la cabeza y, en vez de pensar las palabras, salieran por la boca sin que se hubieran masticado antes. También por las botellas vacías que se acumulan junto al fuego. También, quizá, por el aislamiento en este lugar tan solitario. A mí eso también me pasaba antes, que cuando hacía tiempo que no veía caras nuevas hablaba más fuerte con los que me acompañaban. A uno de ellos, grueso como un redondo de pollo, lo llaman «Cafelito». Dicen: «Cafelito esto, Cafelito lo otro». Lo llamarán así, claro está, por su piel canela; y en diminutivo porque es pequeño: como un redondo de pollo.

LA INFANCIA

Subí a la pasarela que había entre los dos bloques más grandes. A uno y otro lado quedaban los rectángulos estirados llenos de agua. En los tanques de la izquierda había unas manchas negras pequeñas y alargadas que se movían nerviosamente en círculos. Metí la mano y saqué un puñado: eran pececillos diminutos que habrían nacido horas antes, que se retorcían y escurrían como si llevaran escrita en la genética la manera de removerse unos sobre otros. A un lado del lomo les colgaba una bolsita delgada. Pensé que debía de ser una placenta que los alimentaba mientras tenían la boca tan pequeña. Los ojos, dos puntos negros. Movían la cola tan deprisa que no se veía, pero se intuía una sombra deslizándose de un lado al otro.

Cafelito se ha levantado para ir a mear y ha escogido el árbol donde me escondía: me ha mojado los pies mientras yo, arrodillado, miraba sus ojos cerrados y las manos sacudiendo el miembro desnudo y pequeño. Ha abierto los ojos y me ha visto allí, embobado, medio arrepintiéndome de haber seguido los ruidos. Cafelito, con una voz entre estúpida y amable, sorprendentemente aguda, me ha invitado a unirme al grupo. No me ha costado demasiado aceptar, porque esa combinación de gente sentada me ha llamado la atención: me acogían como animalitos en su guarida. Y he agradecido recuperar un rato compartido con otros humanos que están vivos y que hablan.

LA ADOLESCENCIA

De los peces que había dos depósitos más allá, solo me cabía uno en la mano. Eran más grandes, de color gris con rayas negras en el lomo y los ojos grandes. Todo ojos. Cuando entreabrían los opérculos, veía las agallas vacías segando su cuerpo y me daba grima ese corte que se abría y cerraba, cartilaginoso. Respetaban la distancia entre sí, sin tocarse. Y se movían a la vez, como una bandada de pájaros: subían hacia arriba, luego bajaban; corrían hasta la otra punta del bidón y, cuando uno tocaba la pared, daba media vuelta y el resto hacía lo mismo. A algunos les salían unos hilillos marrones ensortijados que paseaban como una cola durante un rato, hasta que se desprendían y seguían flotando en el agua. Uno de los peces todavía era pequeño y llevaba la bolsa pegada al pecho. Cuando intenté cogerlo con las manos, uno de los grandes se lo comió.

Apuran espinas de pescado y las tiran al fuego. Las cabezas y las colas las van apilando en un plato. Dirige la conversación un hombre largo con los huesos estirados al que, cuando habla, se le estanca la saliva en las comisuras de los labios y se le forma una pasta amarillenta y espumosa que escupe a quien tiene cerca. Él, claro está, no se da cuenta. Y solo de verlo he intuido que arrastra el engaño en la boca. La luna se refleja en sus dientes cariados. Comenta lo que dicen los demás, en un último apunte que clausura el tema y empieza otro nuevo; mientras tanto, no ha dejado de acariciar los muslos de la mujer de al lado. Repite su nombre con la boca pegajosa y ella se deja besuquear con besos de rape. Me han ofrecido pescado y me he atiborrado, que es mejor no poder dormir por empacho que por hambre.

LA MADUREZ

En los depósitos que quedaban al principio, vueltos hacia el lugar donde teníamos el coche, estaban los peces enormes. Monstruosos. Tenían los ojos de los muertos y, por bigote, unas antenas gruesas que colgaban hasta el fondo de los bidones abiertos. Sus lomos chirriaban al frotarse, húmedos. Con la cola salpicaban agua hacia fuera y eran ellos los que iban vaciando poco a poco las cisternas, condenándose así a una vida todavía más estrecha y hacinada. Les tiré una piedra. Como si la base se hubiese agujereado y el suelo succionara el líquido, el agua se arremolinó y los peces se lanzaron hacia un único centro. Eran hipnóticos, pura carne. Como toros de agua. Con aquellos ojos ciegos y grandes, que les ocupaban media cara, y las colas fibrosas. Repicaban contra las paredes, quejándose. Pero a la vez sin asomo de dolor. Luego deshicieron la espiral y sacaron la cabeza por fuera del agua, abriendo la boca y mendigando comida al aire: cada boca abría una gruta, y mirarlas me daba miedo.

Y han bailado en torno al fuego, cantando, golpeando las botellas vacías, los hombres tocando a las mujeres, las mujeres dejándose tocar por los hombres, y yo los he mirado sentado. Vivir tiene que ser algo más que esto, he pensado. La llamarada ilumina las caras chupadas de ellos, las caras pálidas de ellas, y seca la saliva del más largo, que se ha convertido en una costra. Cafelito fuma sin parar una especie de cigarrillo grueso que desprende un olor extraño. También mastica unos tronchos verdes que remueve con la lengua. Los hombres se ríen de cómo se le deforma la cara, deshaciéndose lilosa, y se le iluminan los ojos con el color de la sangre. Y más tarde ha vomitado como si vertiera toda el agua de la piscifactoría desde la boca. El hombre largo me ha mirado y me ha dicho: «Mañana te llevaremos a cogerlas».

EL ORO

Vinieron al coche a recogerme. Al despertarnos, Boris me había dicho que no vendría. Sacó los papeles y mapas subrayados de la guantera y se tumbó sobre el plástico que había extendido en el suelo. Le pregunté: «Qué haces» y me dijo: «Nada». Ese tono despectivo, esa superioridad irritante en las palabras. Llegaron el hombre largo y Cafelito. Como había trabajado reparando camiones en la frontera, Cafelito echó un vistazo a nuestro coche: el motor había dicho basta. Podía ayudarnos a convertirlo en una casa, si queríamos. Los seguí hasta la parte externa de la valla, donde ellos tenían el coche aparcado. El hombre largo conducía con una mano. Con la otra iba encendiendo un cigarrillo tras otro. Yo lo veía por el retrovisor central: se lo metía por el corte que tenía en el labio, un agujero que se le abría en la boca cosida a la nariz justo antes de nacer, y luego sacaba el humo por la nariz sin tocar el cigarrillo. Como el agujero que se abría en la boca de los peces más grandes.

LA FÓRMULA

Tenía la sensación de que retrocedíamos, desandando el camino que había recorrido con Boris. Volvíamos hacia el desierto, a una sequedad que yo no soportaba y que, en su momento, se me había hecho larguísima. Me aferraba al tirador de la puerta porque el hombre largo conducía deprisa y el coche no tenía cinturones. Lo aparcaron en medio de la carretera. El hombre largo no lo cerró. Entonces empezaron a explicarme cómo funcionaba aquello. Me dijeron: «Tú no la encuentras, ella te encuentra a ti». Me repitieron: «No la busques, se te aparece». Y echamos a andar. El tiempo desapareció. El aire quemaba tanto que tenía la sensación de que me deshacía y me perdía entre la arena. Había pasado tal vez una hora, o dos horas, o tres horas, cuando Cafelito gritó: «He encontrado una», y la levantó con las manos, como un trofeo. El hombre largo se detuvo, lo miró y siguió caminando. Yo no sabía qué forma debía tener, ni qué color, ni cómo se me podía aparecer. A ratos, Boris me venía a la mente: me repetía que debía confiar en que aquello no se acabaría nunca y que no había hecho más que empezar, lo que estaba por venir. Me repetía: «Hay algo de él en mí, no un recuerdo, sino una presencia real que no morirá». Luego pensaba lo mismo de mi madre. Y los veía allí también, caminando conmigo, sudados como yo, tapados, deambulando en busca de una de aquellas plantas jugosas.

El regreso ha sido lento y rápido a la vez. Las horas se derretían sobre mí. Hemos esperado a que se hiciera de noche, después de todo el día bajo el sol, rechupeteando los trocitos que me quedaban entre los dientes. He intentado alargarlo buscándolos por la boca pacientemente y exprimiéndolos con la lengua contra el paladar para prorrogar ese momento un poco más, por favor, solo un poco más. Ha venido mi padre, y mi madre, y venían juntos, de la mano. Se ha abierto la noche y nosotros tumbados en el suelo, mirando al cielo. Ha venido Boris y me ha enseñado los mapas y me ha explicado que debíamos seguir la carretera fosforescente para llegar a nuestro destino, con los conejos, las plantas y el agua del mar. El hombre largo ha dicho: «Volvamos». Ha venido el abuelo, también, con las muñecas delgadas, como una gota de agua helada en el desierto. Hemos seguido al hombre largo sin hablarnos. Ha venido Vita con los animales y las otras ancianas, cantando. Y la hermana de la cara rara. El frío me hacía temblar a esa hora. No me sentía el cuerpo y caminaba solo, sin que tuviera que pedírselo. Caminaba sin más. Han venido Yo y su hermano, y tenían las manos finas, sin cicatrices. Los deseos habían crecido, se habían hinchado hasta hacerse grandes y, cuando estaban más cerca que nunca, se habían convertido en recuerdos, recuerdos que se escurren como gotas al paso de la lluvia, y los he visto marcharse, a mis padres, a Boris, al abuelo, a Vita, a Yo y a su hermano. Sin embargo, había algún pensamiento que no se había sosegado. Cafelito me ha dicho que podía durar más de un día y poco a poco debería ir a menos. Dormir, comer y mucha agua. En el coche, todavía, la voz de mi padre me ha repetido que controle los vicios y las puertas por las que entra el deseo malgastado. Hemos llegado al *camping* cuando empezaban a oírse los aullidos de los primeros animales que salen a cazar de noche.

EL ROSTRO

La encontré. Es decir, ella me encontró a mí. Era inmensa. Les dije: «¡La he encontrado!». Cafelito se acercó y la miró, y se le iluminaron los ojos, me dijo que aquello era un tesoro, una mina, un filón de oro, me dijo que era un pozo, aquello, un pozo de petróleo, de dinero y de vida. Saltaba y gritaba, y repetía: «¡Una mina de oro, una mina de oro!». Yo estaba contento y no entendía por qué. Pero Cafelito me abrazó y me susurró al oído: «¡Una mina de oro, una mina de oro!». Me ofreció un trozo; tenía que masticar con fuerza y retener la pasta bajo la lengua. Sentarme y esperar.

Nos hemos despedido: ellos han bajado hacia la hoguera que encienden cada noche, y yo he ido hacia el coche. No sabemos nuestros nombres porque asumimos la vida del otro sin tener que preguntarla. Una de esas relaciones periféricas que solo sirven para matar el tiempo, y que con el tiempo te mata la vida, porque aumenta todavía más la soledad y la frustración de sentirla. La noche moteada, salpicada de leche. En el *camping* no hace el frío seco del desierto, que había bajado del cielo repentinamente y había congelado la tierra, y las plantas jugosas y nuestros cuerpos tendidos en el suelo. De hecho, sopla una brisa agradable y, a lo lejos, los tanques de agua resplandecen con la claridad, y es hermoso, porque es como si me acercara de nuevo a la Fábrica cuando se iluminaba de madrugada con una luz que le salía de dentro, como si se hubiese tragado una luciérnaga y, al abrir la boca, proyectase el haz refulgente hacia fuera. Delante de los tanques, solo se ve el perfil del coche. He pensado que el aire fresco le vendría bien a mi madre, pero luego he pensado que no, porque eso de calentarse y enfriarse debe de ser como remover la carne que se pudre.

He abierto la puerta de atrás para ver a mi madre. El bulto parece un manojo de paja seca cubierto con una manta, y se palpa un olor fuerte y tostado. Ha llegado a un límite en que la espera ya no cuenta y me da igual tenerla allí un día más, o dos, o tres. De la rigidez y la frialdad en casa de Vita a esta expresión de ahora, encogida, arrugándose hacia dentro, y con los hongos que le van creciendo en torno a los labios y los ojos, y el color apagado y oscuro de la cara, con la piel reseca y a la vez húmeda, deshecha por los microbios. He cerrado la puerta. Boris debe de estar durmiendo delante o fuera, al otro lado, sobre el plástico. El aire fresco es cada vez más agradable. He oído los gritos de los hombres y el silencio de las mujeres. Y la luz que sale de las paredes plásticas de los bidones, más fuerte. He vuelto a abrir la puerta. He cogido a mi madre por los hombros, presionando las manos contra el vientre. De tan blanda, su carne no parece carne, sino arena. Luego he puesto las manos en plancha bajo su espalda para poder cogerla mejor. Así la he deslizado sobre las esterillas y, poco a poco, la he apoyado sobre mis rodillas y la he dejado tendida en el suelo. He cerrado la puerta.

antes de llegar lo quería todo
llegué y ya no quería NADA
¿cómo sentir entonces que estás viva?

milité verbo que no acaba
luego olvidé el partido por otra vida partir
y la gente no perdona el abandono

olvidé mi nombre
quise a algunos hombres sin saber mi nombre
reivindiqué unas cosas sin saber mi nombre
sin saber su nombre
y un día los abandoné
pero a ellos no podías abandonarlos

la gente no perdona que seas otro ante sus ojos partir
no elegí marcharme me marché
—no es lo mismo
dejar de repetir palabras muertas huir

tu padre delante del bosque
los dos como una cicatriz
conocí a tu padre
lo seguí como un buey que llevan al matadero
me olvidé de mí misma otra vez
puedes olvidarte dos veces, tres, cuatro
¿cinco veces de lo mismo?
él olvidaba de otras formas
solo a veces hablaba del país, de la lengua
nunca le dije de dónde venía nunca me lo preguntó
pero él ¿¿¿¿lo supo siempre???? Sí SÍ

nunca lo hablamos: aprendí b que tenía que aprender
y en la falda de la montaña hicimos una vida
una casa un huerto un hijo
el miedo: ¿¿vendrían a buscarme??
siempre una sospecha silencio

la duda: ¿me encontrarían? siempre una sospecha silencio
si tienes que volver al pasado ya no puedes
elegir libertad ¿qué cosa?

aprendes a cuidar cuando tienes un cuerpo desnudo
ante ti no antes
primero: tu padre
segundo: tú
tercero: la cicatriz la mano bajo la tela la corteza
mientras tanto todas las palabras que había olvidado
sobre mí
como hojas de otoño que esperan caer del árbol
también las palabras nuevas por aprender
puñales sobre mí
hojas afiladas ¿¿secas??

cuidar un cuerpo tu padre perdido en sí mismo
yo buscando en su interior dónde estaba él
mientras tanto: las hojas las palabras no dichas
las palabras no aprendidas
luego tú en mis manos ¿es esto? ¿por qué no llora?
¡llora llora llora! ¡¡llora!!
de fondo: el bosque, la casa silencio
solo alguna mirada apuntándome
si hablaba con desconocidos me decían
«calla, hablas demasiado como ellos»
reconocían el acento,
la manera única de pronunciar las palabras
la confusión en los labios siempre la vergüenza: no saber
y señalaban con el dedo más allá de las Rocosas
me decían «esconde ese acento del infierno»
y yo MÁS silencio silencio
aprendí de nuevo a mirar fingiendo que escuchaba
RECORDAR
en silencio me escondía detrás de las palabras que no decía
aprendí lo que tenía que aprender:
palabras, frases, párrafos, ideas las repetía silencio
seguir aprendiendo a olvidar olvidar,
nunca se aprende lo bastante a olvidar

los años han pasado como motas de polvo
arrastradas por el viento
pasar verbo que no acaba

tu padre murió y de repente el miedo fuera ni miedo ni dudas ningún interrogante

pero el miedo no existe por una cosa existe
siempre, y vuelve vivir con miedo aprender
mi mundo hacía tiempo que se había acabado ¿¿cuándo??
tu padre murió y de pronto un silencio que no era YO
¿de dónde venía? ¿¿cuándo se había acabado ese mundo??
del silencio AHORA ruido
de la fábrica nada, ese lugar un infierno de verdad

más adelante, pasó todo
la luz el olor los agujeros las camionetas
YO como si ya no tuviera miedo volver a partir no
las cosas se acaban cuando dices basta
la ciudad desierta, las casas desiertas, el bosque desierto
luego más ruido que nunca y tú todavía
la cicatriz que se desdibujaba tú
las palabras mezcladas: reaparecían las viejas,
morían las nuevas volver a la cuna: nunca
hablar de nuevo esa lengua,
con la que te dijeron que NO por primera vez
hablar de nuevo ¿¿una esperanza??
pero siempre la esperanza lo primero que hay que perder
por si acaso: no la esperes

el bosque desierto, las casas desiertas, la ciudad desierta
¿quién vendría a buscarme en medio de ese bosque?
¿quién me diría ahora que NO con una lengua
sin una lengua?
más tarde se han ido los tanques
más tarde te has ido tú

hijo, el fuego siempre está dentro:
como si tuviese napalm en el corazón

adiós

Cuando he intentado arrastrarla tirando de sus manos, he oído el ruido de los huesos cuando se desprenden de los cartílagos y las rotaciones se vuelven laxas. Pero no. No, no, no. Me he dicho: «Detente». He temido arrancarle los brazos. Y mi madre, sí, mi madre tiene que seguir entera. He ido hasta el otro lado del coche y he cogido el plástico. Boris no está en él; estará durmiendo en el asiento delantero. La he subido al plástico haciéndola rodar como un tronco y la he envuelto como un fardo. Recuerdo el día que estaba convencido de que me tomaba el pelo cuando, delante del abuelo, dijo de cortarlo a trozos para enterrarlo en el jardín. Y cuando, años antes, reventó la cabeza del cerdo con la pala y lo dejó bien planchado, con una forma que no era ni de cabeza ni de cerdo. Su fuerza, que sacaba del cuerpo huesudo, recogida en un envoltorio de plástico. Lo he cogido por una punta y, de espaldas, lo he llevado hasta los depósitos. He vuelto a abrazarla por detrás y la he subido a la pasarela que se extiende entre los dos bloques de agua. Muerta pesa menos. Y luego he subido yo.

LA CAMA

El frío me enfriaba por dentro hasta que mi sangre se enfrió más todavía y me dormí. Sobre el polvo, bajo el árbol, con el fulgor de las peceras haciendo la noche menos oscura. Y mi madre dentro. Pensar que tenía un destino al que me dirigía, sin saberlo, me resultaba un pensamiento viejo, de niño rico. Tal vez lo que vivía así, como un destino, era más bien la fe de quien no es simplemente la suma de los males que le han causado, sino también, contra todo pronóstico, la fuerza de esconderse detrás de la violencia y mirarla por la rendija de la puerta entreabierta, y de ser el trago amargo de la mala hierba que se infusiona a falta de hinojo, o pasiflora, o romero. Y me dormí en esa noche que todavía no era.

He desenvuelto el cuerpo. Una de las esquinas del plástico ha caído al agua y los peces se le han acercado al instante. Uno de los más grandes, que ha conseguido llegar el primero, lo ha roído, dando golpes con la cola sobre la superficie del agua. He tenido que sacarlo rápidamente porque lo estaba estirando y se llevaba a mi madre. No he sabido cómo despedirme de ella. Me avergonzaba decirle adiós sabiendo que incumplía lo que me había pedido y que yo, desde el principio, me había tomado como una promesa: que la enterrara lejos de casa. Tampoco la estaba incumpliendo. Seguía reprochándole alguna cosa que no alcanzaba a decir, no porque lo reprimiera, sino porque no acababa de saber qué era. Habría gritado con fuerza. Pero Boris se habría despertado y habrían venido Cafelito y sus amigos, y no entenderían nada al verme así, echando un cadáver a los peces. Le he dado dos vueltas y ha caído al agua. Las carpas se han unido como una mancha. Han salido muchas más de abajo. Crecían. Se multiplicaban. Las que estaban más hacia fuera han reptado por encima de los lomos de las demás para llegar al centro. He oído el ruido de muchas bocas tragando a la vez. Las más jóvenes, en otras peceras, han rebotado sacudidas por una fuerza eléctrica. Un minuto después, la mancha se ha disipado y los peces han vuelto a quedarse quietos en su estrecho espacio de vida.

EL REMOLINO

Había en aquello algo que me excedía y me contenía a la vez, que me traspasaba y se quedaba dentro de mí, pero que también se escupía no sé adonde, muy lejos, a un lugar al que no podía llegar con la mirada: ¿cómo perdonarme? La simplicidad de la pregunta me aturdía. Me agotaba y me hacía acostarme amodorrado en el suelo. Boris. Pensaba «Boris». Pero también me encendía, órganos, sangre y linfa en llamas, y no me dejaba desaparecer, mover el cerebro a otra parte. La pregunta me paralizaba. Medio muerto y medio vivo a la vez. Como todo el mundo. Y como Boris: también medio muerto y también medio vivo. Pero yo soy más fuerte que él, pensé. Si nunca hubiese tenido miedo, Boris, si nunca lo hubiese conocido, no habría sabido que hay algo más fuerte que el miedo que me sobrepasa. Boris. Pensaba «Boris». Tampoco me habría quedado esperando esto. Esto, ahora. Aquí. Así. No. No ahora.

Me he despertado. El sol ha salido, y yo tumbado a la espera de no sé qué, supongo que a que Boris saliera del coche y me dijera cómo seguir adelante. No recordaba el día anterior, se replegaba dentro de mí, y era incapaz de unir los retales que lo componían y reconstruirlos en una línea. Me he levantado y he abierto la puerta de atrás. ¿Mi madre no está? Me he notado las piernas enraizadas en el suelo, como las de un animal ancho y pesado. Luego me han venido unas imágenes azuladas, de un azul celeste, un azul marino, un azul eléctrico, con una luz artificial que me enfocaba con una antorcha desde las profundidades del agua. Me ha venido el plástico. Me ha venido la carne a medio deshacerse. Me ha venido el ruido de la grava removiéndose y de mis brazos arrastrando un peso. Me han venido los peces. Me ha venido el agujero negro y ellos zambulléndose todos a una. Lo he recordado. Me ha subido un mareo a los ojos, una acidez garganta arriba, el remolino de las carpas grasientas dándome vueltas en la boca del estómago. He abierto la puerta de delante para despertar a Boris. No hay nadie en el asiento del conductor. Tampoco en el del copiloto. He vomitado, como Cafelito anteayer por la noche, y después me he sentido mejor.

LOS MAPAS

Había sido un viaje hacia abajo, hacia un centro que no sabíamos dónde quedaba. Como si la montaña apuntara al núcleo de la tierra en vez de elevarse hacia el cielo. No habíamos avanzado solos, sino con miles de personas que transitaban con nosotros, desde lugares tan distintos y lejanos, con idiomas tan idénticos y distintos al nuestro, que buscaban, a la vez, el mismo meollo. En el fondo, en algunos momentos, habíamos descubierto un agua que nos sanaba, pero que también nos deshacía las yemas de los dedos y nos volvía blandos, débiles. En el lugar más profundo, más allá del sotobosque, del musgo, de las lombrices, de la tierra húmeda, del humus podrido, de la roca madre, de las minas, de las bolsas de petróleo, del magma sólido y del magma líquido, del centro espeso de la tierra, creía que encontraría una nueva forma de querer: una hoja con los pasos a seguir, con los detalles precisos de la instrucción, sin errores, ni fallos, ni palabras desconocidas. Dejar atrás el mundo de ayer había sido lo más fácil. Y entre tantos peligros, aún quedaba alguna cosa: ¿yo?

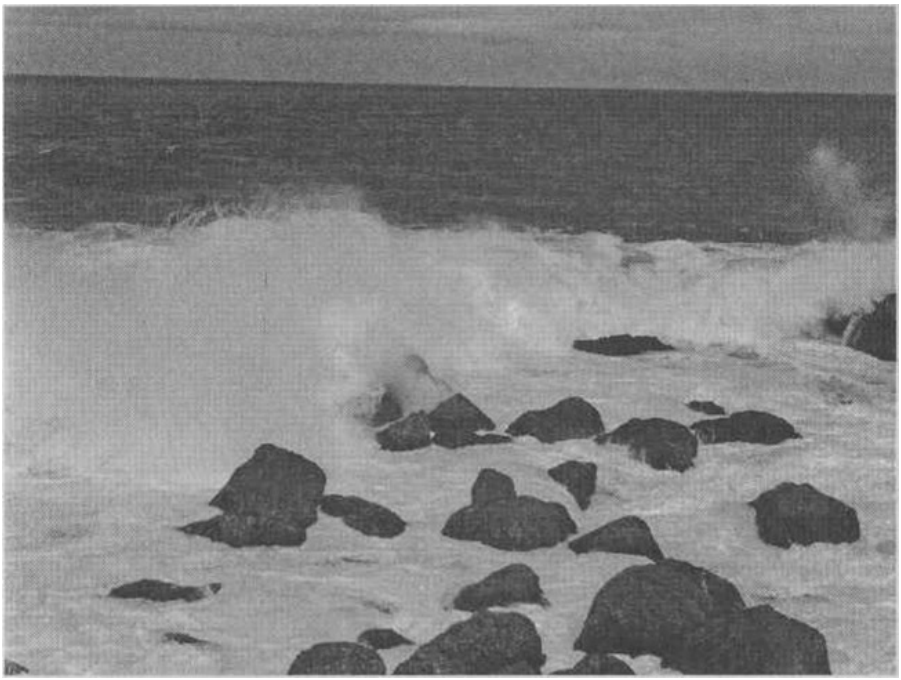
He subido al campamento de Cafelito. Las mujeres no están. Los hombres siguen durmiendo, echados como animales, tocándose. Lo he despertado. Tenía los ojos llenos de legañas húmedas. Se las he frotado mientras se despertaba. Le repetía: «Vamos, Cafelito». Se ha incorporado de rodillas. «¡Vamos, Cafelito!». Le he preguntado: «¿Sabes dónde está Boris?». «¿Quién es Boris?». He insistido: «¿Has visto a un chico salir de aquí, de nuestro coche, irse del *camping*?». He cruzado el descampado buscándolo, y los lavabos, y las duchas, una por una; he vuelto a los depósitos: los peces flotan en calma. Hacia la entrada. Boris. He pensado «Boris». Solo he visto tres coches aparcados y el comienzo de la carretera, abriéndose hacia el desierto. Abajo tampoco hay nada. Me duelen las piernas, los brazos. He imaginado a Boris como un punto negro iluminando el paisaje dorado. Un punto haciéndose cada vez más pequeño sobre la línea que separa la tierra del cielo. He intentado pensar en la última vez que lo había visto, pero no lo he recordado, y solo he podido repetirme que cuando ves a alguien por última vez no sueles saber que será la última vez. Y luego me he acordado: él, tumbado sobre el plástico, con los mapas y los papeles entre las manos, revolviéndolos y tomando notas. No lo entendía. Tampoco sabía con quién enfadarme. Y he sentido un dolor que me quemaba el estómago, como si unas garras invisibles, unos cuchillos, la navajita pequeña y afilada de mi padre, me hurgara entre el ombligo y las costillas, me agujereara, me destripara y se me escondiera dentro del cuerpo.

LA COMPRENSION I

LA COMPRENSIÓN II

LA COMPRENSIÓN III

LA COMPRENSIÓN IV



LA COMPRENSIÓN V

Qué significa el amor
qué significa «sobrevivir».
Un cable de fuego azul amarra nuestros cuerpos
que arden juntos en la nieve No viviremos
para conformarnos con menos Hemos soñado con esto
toda nuestra vida

ADRIENNE RICH

POL GUASCH (Tarragona, 1997) se graduó en Estudios Literarios (Universidad de Barcelona) y tiene un máster en Construcción y Representación de Identidades Culturales (UB) y otro por el Programa de Estudios Independientes del Museu d'Art Contemporani de Barcelona. Forma parte de la productora cultural La Sullivan. Ha sido profesor asociado de Literatura y Crítica de la Cultura en la UB y actualmente investiga sobre teoría y literatura contemporáneas en el King's College de Londres con una beca. Es autor de los libros de poesía *Tanta gana* (Premio Francesc Garriga 2018) y *La part del foc* (Premio López-Picó 2020), y ha recitado sus versos en festivales nacionales e internacionales.

Napalm en el corazón (Premio Llibres Anagrama de Novel·la) es su primera novela.